



**A propósito de las 25 tesis del camarada E. Mandel sobre “*La revolución mundial*”
Contribución a la discusión**

**por
Stéphane Just**

(La correspondance Internationale, diciembre de 1976)

Índice:

Abrir la discusión	2
A propósito de cuatro palabras	3
Un “largo declive” o un movimiento viviente.....	6
La “conciencia de las masas” y las derrotas entre 1923 y 1936.....	9
El prestigio de la revolución al servicio de la contrarrevolución	16
¿Disminución de la conciencia de clase del proletariado o fuerza contrarrevolucionaria de la burocracia del Kremlin?	19
1943 preparó 1953.....	21
¿El capitalismo en general o el imperialismo, estadio superior del capitalismo?	23
De nuevo sobre las fuerzas productivas	26
La acción del proletariado arranca reformas y concesiones	28
La lucha de clases a principio de los años 1960.....	29
Los soviets, los consejos obreros	32
Parlamentarismo, soviets, independencia de clase del proletariado.....	34
Toma del poder, centralismo o “autogestión”	37
Poder político, poder económico del proletariado.....	39
Europa: una unidad orgánica y contradictoria.....	41
Los imperialismos decadentes de Europa	42
Al borde del precipicio.....	44
Necesidad objetiva, necesidad política.....	45
¿Revolución europea o limitada a los países latinos?	47
Lamentables ausencias	50
Crecimiento de las fuerzas productivas en la URSS, en Europa del Este y crecimiento de las contradicciones económicas	52
El crecimiento de las fuerzas productivas en esos países y la revolución política.....	54
Revolución social y revolución política: misma base objetiva	55
La revolución proletaria y la unidad de la nación, del pueblo, del proletariado alemán	56
Actualidad de la revolución política.....	58
¿Es preciso oponer el todo a la parte?	60
Confirmación de una hipótesis teórica	62
La burocracia china, la del Kremlin, la revolución mundial	64
Dialéctica de la revolución, de la contrarrevolución, de la IV Internacional	67

Abrir la discusión

El camarada Ernest Mandel ha escrito 25 Tesis, que ha titulado *La Revolución Mundial*. Han sido publicadas en el número de julio de 1976. Proyecto ambicioso, difícil, pero que el desarrollo de la lucha de clases a escala mundial justifica. En 1968 se abrió un nuevo período de la revolución mundial. Al menos esa es la opinión de la OCI. En cuanto al camarada Ernest Mandel, éste estima que en la Península Ibérica se desarrolla plenamente el nuevo ascenso del proletariado que madura desde 1968, y que se extenderá al menos a Italia y Francia (principio de la Tesis 9). Los marxistas (es decir los trotskistas, aquellos que, en referencia a la fundación de la IV Internacional en 1938, combaten sobre su programa para construir en cada país un partido revolucionario y mundialmente por la IV Internacional) saben que sin teoría no pueden existir partidos revolucionarios. El marxismo es la expresión consciente del proceso inconsciente, decía Trotsky. Pero la teoría y el programa son la expresión consciente del proceso objetivo y no el producto de especulaciones o la expresión de cualquier voluntarismo. La conciencia y, por tanto, el programa del partido que actúa y combate, o de la organización que lo construye, deviene en un determinado punto del proceso histórico de la lucha de clases del proletariado, de la revolución proletaria, el factor determinante de ese proceso.

Es eso, sin duda, lo que quiere decir Ernest Mandel cuando escribe:

“La naturaleza fundamental de la revolución socialista mundial reside en su carácter *proletario y consciente*, siendo la primera propiedad la precondition objetiva de la segunda, y siendo la segunda la expresión subjetiva de la primera. La revolución socialista y la construcción del socialismo constituyen el primer estadio de la historia mundial que no puede lograrse por la sola acción de las fuerzas objetivas.” (principio de la Tesis 1)

No solo es legítimo sino indispensable proceder a un análisis riguroso del período actual, de las grandes líneas de su desarrollo, verificar la actualidad del programa de fundación, *La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional*, que define el método, la estrategia y las tareas fundamentales de la IV Internacional. Sólo a partir de aquí se pueden elaborar una línea estratégica de conjunto y sus aplicaciones concretas.

Por su parte, la OCI ha elaborado elementos de tesis (que adoptó el 17º congreso) sobre el nuevo período de la revolución mundial que se abrió en 1968, caracterizándolo como el de la *inminencia de la revolución*. En su 20º Congreso discutió y votó un texto que analiza el momento del desarrollo de la lucha de clases, momento marcado por la derrota del imperialismo norteamericano en Vietnam, el fracaso de la Santa Alianza contrarrevolucionaria, la victoria de la revolución mundial que constituye la dislocación de los Acuerdos de París por el hundimiento del gobierno y estado compradores de Thieu; el estallido de la revolución portuguesa, las crisis políticas de las burguesías europeas y de las burocracias parasitarias donde domina la burocracia del Kremlin; la marcha hacia la crisis económica y la dislocación del mercado mundial. Evidentemente, esos textos incluyen las perspectivas de la OCI en lo que se refiere a la reconstrucción de la IV Internacional y las tareas que se fija en vistas a esa reconstrucción.

El Comité de Organización por la Reconstrucción de la IV Internacional, en el que participa la OCI, se ha dirigido en numerosas ocasiones al SU de la IV Internacional; le ha propuesto entablar una discusión sobre todos los problemas a que se

enfrentan las organizaciones que se reclaman de la IV Internacional y de su programa, organizaciones cuyo origen se remonta a la fundación en 1938 de la IV Internacional. Las divergencias que hacen que, desde hace 25 años, una profunda escisión divida a esas organizaciones no tienen nada que ver con cuestiones personales. Son profundas y graves. No se trata de acallarlas sino de discutir las.

Claro está que esa discusión no puede ser histórica. Hay que discutir esas divergencias en sus actuales formas, tal y como las concreta la situación. Las organizaciones que se reclaman de la IV Internacional y de su programa, cuyo origen remonta a la fundación de la IV Internacional en 1938, cargan con una pesada responsabilidad: cuando se desarrolla un nuevo período de la revolución mundial, cuando la construcción de partidos revolucionarios en cada país, y la transformación de la IV Internacional en una organización que resuelva la cuestión de la dirección revolucionaria, son las condiciones para la victoria de la revolución proletaria, ¿harán todo lo necesario para que el Comité de Organización, y el SU particularmente, lleguen a formar una sola organización internacional, unificada, cuyos orígenes remontan a 1938, y afirmarse como IV Internacional? Ese es el trabajo del Comité de Organización y de la OCI. Los primeros pasos en esta vía exigen, evidentemente, discutir sobre el fondo de los problemas en cuestión, leal y claramente, de tal forma que el revisionismo no pueda ejercer sus efectos destructores en el seno de semejante organización. Esta es una de las exigencias del combate para la reconstrucción de la IV Internacional, estiman el Comité de Organización y la OCI.

Una de las primeras contribuciones a la discusión será este texto que se propone analizar y discutir las 25 tesis que el camarada Ernest Mandel ha escrito bajo el título de *La revolución mundial*.

A propósito de cuatro palabras

En el punto de partida, las tesis del camarada Ernest Mandel tratan sobre el papel de lo consciente en el proceso de la revolución proletaria. Este punto de partida es comparable al del programa de fundación de la IV Internacional que Trotsky escribió en 1938, cuya primera frase introductoria afirma:

“El rasgo fundamental de la situación política mundial en su conjunto es la crisis histórica de la dirección proletaria.”

Introducción que concluye con esta oración:

“La crisis histórica de la humanidad se reduce a la crisis de su dirección revolucionaria.”

El camarada Ernest Mandel escribe:

“El hecho que las condiciones objetivas para el desarrollo del socialismo a escala mundial existan, por lo menos desde 1914 si no desde 1905, no implica una victoria automática o inevitable del socialismo mundial dado el papel central jugado por el factor subjetivo para el logro de la revolución socialista.” (Tesis 2, frase 1)

Si no se recuerda la primera frase de la primera tesis del camarada Mandel, citada más arriba, se ve que los métodos utilizados al principio del *Programa de Transición* y al principio de las Tesis sobre *La revolución mundial* son comparables. ¿El camarada Ernest Mandel ha procedido de esta forma, deliberadamente, a fin que la exposición de las tesis pueda ser puesta en relación directa con el programa de fundación de la IV Internacional? Tenemos derecho a esperararlo pues es una excelente manera de favorecer la discusión.

Permite notar algunas diferencias. Mandel escribe que la revolución socialista y la construcción del socialismo *exigen un esfuerzo consciente de las masas trabajadoras* (fin de la segunda frase, Tesis 1). Tesis 2, prosigue: *La crisis de la humanidad es la crisis de la dirección revolucionaria (y de la conciencia de clases) del proletariado* (Tercera frase de la Tesis 2)

Acabamos de ver que el *Programa de Transición* solo dice: *La crisis de la humanidad se reduce a la crisis de la dirección revolucionaria del proletariado*.

Las cuatro palabras que Ernest Mandel añade deben tener para él una considerable importancia puesto que estima que debe integrarlas en la oración principal del programa de fundación de la IV Internacional. Mucho más teniendo en cuenta que este concepto recorre como hilo rojo todas sus 25 tesis. Así:

“En última instancia, la estabilización temporal del capitalismo después de 1923, la victoria del estalinismo en Rusia, la emergencia del fascismo en Europa (y del semifascismo en Japón a fines de los años treinta), el largo declive del nivel de conciencia de la clase obrera y el estallido de la Segunda Guerra Mundial acompañada por todos sus horrores (de Auschwitz a Hiroshima) son los resultados de una larga serie de derrotas de la revolución internacional entre 1923 y 1943 (aunque esta serie de fracasos fue, evidentemente interrumpida por ascensos parciales y *geográficamente limitadas*).” (Última frase de la Tesis 4)

Está escrito aquí, sin duda, que *el largo declive del nivel de conciencia del proletariado* es una consecuencia de las derrotas que la revolución internacional sufrió entre 1923 y 1943. Pero no se puede decir lo mismo a propósito de la dirección revolucionaria; la crisis de la dirección revolucionaria ha resultado, en gran medida, de las derrotas que el proletariado sufrió. Esta crisis no es menos determinante. Es la causa primera de la crisis de la humanidad, es decir de las nuevas derrotas del proletariado, del retraso de la victoria de la revolución proletaria mundial. Por otra parte, el camarada Ernest Mandel, al integrar su concepto a la oración fundamental de Trotsky, muestra claramente que él atribuye a su concepto la misma importancia, el mismo papel, que a la oración de Trotsky. El camarada Ernest Mandel muestra en diferentes ocasiones que así es cómo hay que comprenderlo. Su Tesis 11 comienza con esta frase:

“La dificultad subjetiva fundamental para la realización de una revolución socialista victoriosa en Europa Occidental, deduciéndose de todo el pasado histórico del movimiento obrero, reside en las ilusiones reformistas o semireformistas profundas de las amplias masas trabajadoras, en otros términos, en la identificación ampliamente extendida de sus propias libertades democráticas con las instituciones del estado burgués.”

Las ilusiones de las masas no pueden negarse. ¿Pero qué significa esta frase, *el bajo nivel de conciencia de las masas*? ¿Se pueden colocar en el mismo plano ese *bajo nivel* y las *crisis de la dirección revolucionaria*? ¿Vale la pena plantear esas cuestiones? Si es así, habría que concluir que las masas son responsables, inconscientemente por supuesto, en cierta medida objetivamente, de las derrotas de la revolución proletaria en el mundo.

Las ilusiones de las masas no son cosa nueva. Son más o menos grandes, más o menos profundas y durables. Dependen de factores diversos y varían según los países y los momentos, la experiencia histórica, la fuerza y el enraizamiento de las viejas organizaciones, de los viejos partidos obreros. Pero existen en todas las épocas y en todos los países. Hay que tenerlo en cuenta, no se pueden poner en el mismo plano que la *crisis de la dirección revolucionaria a la que se reduce la crisis de la humanidad*.

Veamos concretamente que es esto. ¿Los centenares de millares de trabajadores que marchaban en procesión tras el pope Gapon en ese domingo sangriento de enero de

1905 y que llevaban una súplica al zar, no daban muestras de mortales ilusiones tanto en relación con el zar como en relación con el pope Gapon, en sus métodos y política? ¿No es, como lo escribe el camarada Ernest Mandel, la expresión evidente de *un [muy] bajo nivel de conciencia de las masas*? Considerándolo en cierta forma, es la evidencia. Sin embargo, escribieron la primera página de la revolución rusa de la que 1905 fue el prólogo. Esos mismos hombres, ese mismo proletariado, constituyeron los primeros soviets, a iniciativa de los militantes socialdemócratas (mencheviques y bolcheviques) y de otras organizaciones revolucionarias. Construyeron el primer soviet de Petrogrado. Su movimiento de clase les llevaba, a pesar y a través de sus ilusiones, a poner en pie los organismos de su unidad de clase, su parlamento y su ejecutivo revolucionarios, los órganos de su futuro poder, de la dictadura del proletariado.

¿No estaban inundados por las ilusiones esos soldados, obreros y campesinos que, en febrero de 1917, tras haber derrocado al zar y constituido los soviets, elegían en enorme mayoría a delegados mencheviques y socialistas revolucionarios? Es la evidencia. Sin embargo, la revolución rusa resultó victoriosa. Hasta el día de hoy ha sido la única revolución en la que la dictadura del proletariado, ejercida a través de los soviets, ha sido realizada. ¿Cómo fue posible eso? Plantear la pregunta es responderla. En 1917, por un tiempo y en ese único país, la cuestión de la dirección revolucionaria fue resuelta. El Partido Bolchevique se formó como dirección revolucionaria a través del combate político para responder a las aspiraciones y necesidades de las masas, a pesar de sus ilusiones. Fueron liberadas de la ganga de sus ilusiones por el fuego de los acontecimientos de la revolución y llegaron al más alto punto de conciencia de clase al que, hasta el presente, haya llegado cualquier proletariado en su conjunto, por la acción política del Partido Bolchevique.

Mucho más, abrieron la vía al proletariado mundial: especialmente dando el ejemplo de la forma más elaborada de la dictadura del proletariado, los soviets. Pero no solo eso: su acción dio un potente impulso a la lucha de clases en Europa, a la crisis revolucionaria que resultó de la Primera Guerra Mundial; la revolución rusa dio al proletariado mundial una enseñanza revolucionaria que, sesenta años más tarde, sigue siendo irremplazable.

De esta victoria, de la acción del Partido Bolchevique y de las ulteriores derrotas fue de dónde Trotsky extrajo la lección: “*La crisis de la humanidad se reduce a la crisis de la dirección revolucionaria.*” En 1923 extrajo esta enseñanza de la victoria de la revolución rusa, de la derrota de la revolución alemana, en un opúsculo celebre, *Las lecciones de Octubre*.

La derrota de la revolución alemana, tanto en 1918 como en 1923, no tuvo nada que ver con las ilusiones de las masas, con “*el bajo nivel de la conciencia de clase del proletariado alemán*”. La causa fue la ausencia de la dirección revolucionaria que el partido comunista alemán no supo ser. Por supuesto que, como lo explica Trotsky, una política justa del partido que se sitúe en el terreno de la revolución proletaria no garantiza de golpe la victoria, pero la existencia del partido marxista que aplique una justa política, que se forme como dirección revolucionaria y libere a las masas de sus ilusiones, en el curso de la lucha de clases y de la revolución, es la condición indispensable de la victoria de la revolución.

Esta misma lección se extrae de la revolución húngara de 1919, de las crisis revolucionarias en Austria e Italia, por otra parte, antes de 1923. No son las “*ilusiones parlamentarias, reformistas o semireformistas*” las que han llevado a la revolución o las crisis revolucionarias a la derrota, sino la acción política de la socialdemocracia y la poca madurez política del PC, que no estuvieron a la altura de las tareas de construcción

de la dirección revolucionaria, o de la realización de aquellas tareas que le incumben a una dirección revolucionaria.

Un “largo declive” o un movimiento viviente

El camarada Ernest Mandel precisa: para él “*el largo declive del nivel de conciencia de la clase obrera*” comienza en 1923 y se acentúa a medida que se acumulan las derrotas del proletariado. Esta afirmación nos deja pensativos. ¿En qué es inferior *el nivel de conciencia* del proletariado alemán en 1933 al de 1918 y 1923? En verdad, fue el alto nivel de conciencia del proletariado alemán durante los años que precedieron a 1923 y después, durante los meses que siguieron al acceso al poder de los nazis en enero de 1933, lo que sorprende.

A pesar de la inmensa máquina nazi de represión, la clase obrera siguió manteniéndose tras sus partidos, la socialdemocracia y el PCA, esperando de los dirigentes de esos partidos que guiasen y organizaran el combate contra el nazismo. Aún después de la llegada al poder de Hitler, cuando se desencadenaba la terrible represión y las provocaciones, en las elecciones de marzo de 1933, y por más falsificadas que estuvieran, el proletariado votó masivamente al SD y al PCA.

¿Y hace falta recordar el heroísmo del proletariado de Viena, ya pasado 1933, en febrero de 1934, batiéndose con las armas en la mano contra las tropas de Dolfuss, defendiendo palmo a palmo sus barrios de las afueras de Viena? Solo una gran conciencia de clase podía alimentar ese heroísmo. En fin, el proletariado francés, el proletariado español, ¿han dado pruebas entre 1934 y 1938 de un bajo nivel de conciencia o, por el contrario, de un muy alto nivel de conciencia? Sin recordarlo todo citemos solo: la clase obrera francesa imponiendo el frente único obrero al PS y al PCF en febrero de 1934, así como también a la CGT y a la CGT-U; de la insurrección de Asturias a la revolución española en 1936-1938, el proletariado de España dio pruebas de una fantástica conciencia de clase; incluso en 1935, el proletariado francés demostró cuán elevada era su conciencia de clase y sus ilusiones reformistas o semireformistas frágiles y superables. Incluso en las elecciones de 1936 la clase obrera francesa no votó al Frente Popular sino a sus partidos; el Partido Radical sufrió una dolorosa derrota en la primera vuelta, y solo se salvó del desastre por el desistimiento en la segunda vuelta de los candidatos del PS y del PCF en numerosas circunscripciones; el PS y, sobretodo, el PCF, por el contrario, aumentaron masivamente sus votos y el número de sus elegidos. No había ningún “*declive del nivel de conciencia*” de la clase obrera, ni ninguna “*ilusión parlamentaria*”: el proletariado votó clase contra clase votando a sus partidos. Este voto prolongaba 1934 y las luchas de los años 1935. Precedía a la huelga general espontánea de junio de 1936 de la que dijo Trotsky que era: “*el inicio clásico de las revoluciones*”.

Entre 1923 y 1943, no se puede hablar de un “*largo declive del nivel de conciencia de la clase obrera*”. Situaciones revolucionarias y conciencia de clase de la clase obrera están ligadas de cierta forma si admitimos con Lenin que, entre las condiciones de una situación revolucionaria, hace falta que no se pueda ya vivir como antes, que los de abajo no quieran seguir viviendo como antes; crisis política de la burguesía y voluntad de las masas de no seguir sufriendo están dialécticamente ligadas. No hay situación revolucionaria posible de otra forma. Trotsky explica:

“1. Para analizar una situación desde un punto de vista revolucionario, es necesario distinguir entre las condiciones económicas y sociales de una situación revolucionaria y la situación revolucionaria misma.

2. Las condiciones económicas y sociales de una situación revolucionaria se dan, hablando en general, cuando las fuerzas productivas de un país están en decadencia; cuando disminuye sistemáticamente el peso del país capitalista en el mercado mundial y los ingresos de las clases también se reducen sistemáticamente; cuando el desempleo ya no es simplemente la consecuencia de una fluctuación coyuntural, sino un mal social permanente con tendencia a incrementarse. Estas son las características de la situación de Inglaterra; podemos decir que allí se dan y se profundizan diariamente las condiciones económicas y sociales de una situación revolucionaria. Pero no debemos olvidar que a la situación revolucionaria la definimos políticamente, no sólo sociológicamente, y aquí entra el factor subjetivo, el cual no consiste solamente en el problema del partido del proletariado, sino que es una cuestión de conciencia de todas las clases, por supuesto fundamentalmente del proletariado y su partido.

3. La situación revolucionaria sólo se da cuando las condiciones económicas y sociales que permiten la revolución provocan cambios bruscos en la conciencia de la sociedad y de sus diferentes clases. ¿Qué cambios?

a) Para nuestro análisis tenemos que tener en cuenta las tres clases sociales: la capitalista, la clase media, el proletariado. Son muy diferentes los cambios de mentalidad necesarios en cada una de estas clases.

b) El proletariado británico sabe muy bien, mucho mejor que todos los teóricos, que la situación económica es muy grave. Pero la situación revolucionaria se desarrolla sólo cuando el proletariado comienza a buscar una salida, no sobre los carriles de la vieja sociedad sino por el camino de la insurrección revolucionaria contra el orden existente. Esta es la condición subjetiva más importante de una situación revolucionaria. La intensidad de los sentimientos revolucionarios de las masas es uno de los índices más importantes de la madurez de la situación revolucionaria.

c) Pero la etapa siguiente a la situación revolucionaria es la que permite al proletariado convertirse en la fuerza dominante de la sociedad, y esto depende hasta cierto punto (aunque menos en Inglaterra que en otros países) de las ideas y sentimientos políticos de la clase media, de su desconfianza en todos los partidos tradicionales (incluyendo al Partido Laborista, que es reformista, vale decir conservador) y de que deposite sus esperanzas en un cambio radical, revolucionario de la sociedad (y no en un cambio contrarrevolucionario, o sea, fascista).

d) Los cambios en el estado de ánimo de la clase media y del proletariado corresponden y son paralelos a los cambios en el estado de ánimo de la clase dominante. Cuando ésta ve que es incapaz de salvar su sistema, pierde confianza en sí misma, comienza a desintegrarse, se divide en fracciones y camarillas. (Trotsky, *Qué es una situación revolucionaria*, en *Escritos*, Editorial Pluma, Bogotá, 1977, páginas 510-512; <http://www.ceipleontrotsky.org/Que-es-una-situacion-revolucionaria>)

¿Cómo es posible que tras 1923 haya habido “*un largo declive de la conciencia de la clase obrera*” y que se hayan producido numerosas e importantes situaciones y crisis revolucionarias? El camarada Ernest Mandel tiene el don de las matizaciones, así matiza también su apreciación:

“... (aunque esta serie de fracasos fue, evidentemente, interrumpida por ascensos parciales y geográficamente limitados)”, escribe (los paréntesis son de él).

El camarada Ernest Mandel quiere decir, evidentemente, que “*los ascensos parciales y geográficamente limitados [...] acabaron en fracasos*”. Vista de forma muy general la curva de la revolución entre 1923 y 1943, es descendente evidentemente. Las derrotas del proletariado alemán antes de 1923, su aplastamiento tras 1933, han pesado mucho en la balanza de la lucha de clases en Europa. Pero si la victoria de la revolución alemana habría significado, casi con seguridad, la victoria de la revolución en Europa, la derrota y, finalmente, el aplastamiento del proletariado alemán no fue el último eslabón de la cadena de revoluciones europeas entre 1917 y 1938. La curva de la revolución europea tuvo, tras 1933, importantes segmentos de tendencia alcista: la revolución española, la crisis revolucionaria en Francia. La victoria de la revolución en España, y *a fortiori* en Francia, habría invertido totalmente la tendencia descendente general de la curva, relanzado el desarrollo revolucionario en Europa, incluyendo los países en que el fascismo había aplastado al proletariado, incluyendo la URSS. La revolución en España, la crisis revolucionaria en Francia, no fueron, sobretodo en lo que concierne a la revolución española, “*ascensos parciales y geográficamente limitados*”. En España, la dictadura del proletariado estaba inmediatamente al orden del día, toda la situación europea y mundial dependía de la salida de la revolución española. Al menos esta era la opinión de Trotsky, que concluía su libro *La revolución traicionada* con estas palabras:

“Ahora más que nunca, los destinos de la Revolución de Octubre están ligados a los de Europa y del mundo. Los problemas de la URSS se resuelven en la Península Ibérica, en Francia, en Bélgica. Cuando aparezca este libro, la situación será indudablemente más clara que en estos días de guerra civil en Madrid. Si la burocracia soviética logra, con su política traicionera de los frentes populares, asegurar la victoria de la reacción en Francia y en España (y la Internacional Comunista hace todo lo que puede en este sentido), la URSS se encontrará al borde del abismo y la contrarrevolución burguesa estará más a la orden del día que el levantamiento de los obreros contra la burocracia. Si, por el contrario, a pesar del sabotaje de los reformistas y de los jefes comunistas, el proletariado de Occidente se abre camino hacia el poder, se inaugurará un nuevo capítulo en la historia de la URSS. La primera victoria revolucionaria en Europa, provocará en las masas soviéticas el efecto de una descarga eléctrica, las despertará y levantará su espíritu de independencia, reanimará las tradiciones de 1905 y 1907, debilitará las posiciones de la burocracia y no tendrá menos importancia para la IV Internacional que la que tuvo para la III la victoria de la Revolución de Octubre. El primer estado obrero sólo se salvará para el porvenir del socialismo por este camino.” (Trotsky, *La revolución traicionada*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1977, páginas 270-271; <http://www.ceipleontrotsky.org/XI-A-donde-va-la-URSS>)

La visión lineal que implica la formulación “*declive de la conciencia obrera*” entre 1923 y 1943 está en contradicción con la historia. La conciencia de clase del proletariado no tiene un desarrollo continuo en un sentido u otro, como máximo con oscilaciones más o menos ligeras. Se nutre de las experiencias pasadas, de las relaciones entre el proletariado y sus organizaciones, la naturaleza de esas organizaciones y su política influyen sobre la conciencia de clase del proletariado. Pero en la época del imperialismo, estadio supremo del capitalismo, la conciencia de la clase obrera también es movediza, está sujeta a rápidas y brutales tormentas. Suponer “*un declive de la conciencia de la clase obrera*” casi lineal entre 1923 y 1943 suprime de un trazo de pluma 15 años al menos de un tumultuoso desarrollo de la lucha de clases del proletariado y la continuidad de esta lucha de clases. En cierta medida quiere decir que, a partir de 1923 la revolución no podía vencer en Europa. No: el período

revolucionario abierto con la revolución rusa solo se cerró en 1938 en el momento de la derrota irremediable de la revolución española.

La “conciencia de las masas” y las derrotas entre 1923 y 1936

¿Qué hay que entender por “*consciencia del proletariado*”? ¿Qué la clase obrera llega, y de forma homogénea y espontáneamente, a una clara conciencia de las tareas y necesidades de la revolución proletaria? No, es esencialmente su disposición a entablar el combate de clase hasta el final, hasta el derrocamiento de la antigua sociedad y la instauración de un nuevo poder. La disposición y capacidad del proletariado a hacerlo cambia y se afirma a medida del proceso revolucionario. Si la clase obrera llega a elaborar ella misma, espontáneamente, el programa de la revolución, a realizar sus tareas, la necesidad de un partido revolucionario no existiría.

En ese caso, sería la primera clase en la historia capaz de tal hazaña: todas las clases tienen necesidad de organizaciones, de partidos, que expresen más o menos claramente sus intereses y sus aspiraciones, que son sus órganos políticos específicos.

Tal concepción es espontaneista y atentista. La clase obrera, más que cualquier otra clase en el pasado, en función del lugar que ocupa en el seno de la sociedad burguesa, la situación ante la que se encuentra, necesita de un partido revolucionario que exprese conscientemente el proceso en el que se compromete inconscientemente, semiconscientemente, con, como máximo, una conciencia intuitiva y experimental, la intervención, el compromiso de ese partido modifica el proceso revolucionario y es indispensable para que las masas lo lleven a cabo.

El movimiento (por decirlo así, natural, basado en sus intereses y necesidades, alimentado por su experiencia) del proletariado en la época del imperialismo, le empuja hacia la revolución. La tarea de la vanguardia de las organizaciones que se reclaman de la IV Internacional, de su programa, está claramente trazada.

“La tarea estratégica del próximo período (período prerrevolucionario de agitación, propaganda y organización) consiste en superar la contradicción entre la madurez de las condiciones objetivas de la revolución y la falta de madurez del proletariado y de su vanguardia (confusión y descorazonamiento de la vieja dirección, falta de experiencia de la joven). Es preciso ayudar a la masa, en el proceso de la lucha, a encontrar el puente entre sus reivindicaciones actuales y el programa de la revolución socialista. Este puente debe consistir en un sistema de reivindicaciones transitorias, partiendo de las condiciones actuales y de la conciencia actual de amplias capas de la clase obrera a una sola y misma conclusión: la conquista del poder por el proletariado.” (Trotsky, *Programa de Transición*, Akal, Madrid, 1977, página 15; <http://www.marxists.org/espanol/trotsky/1938/prog-trans.htm>)

Estas líneas fueron escritas en septiembre de 1938, en el momento en que el conjunto del proletariado europeo estaba derrotado, aplastado, en el que la segunda guerra imperialista devenía inevitable. El proletariado es una clase viviente: en 1938, las derrotas agotaron por un tiempo su influjo revolucionario. Trotsky lo tiene en cuenta. Pero incluso bajo esas circunstancias no habla de un “*largo declive de la conciencia de la clase obrera*”, sino solamente de la “*falta de madurez del proletariado y de su vanguardia*”, inmadurez de la que desvela las causas, causas que no son internas al proletariado. Se trata, partiendo de las condiciones materiales de la clase obrera, de las que se deducen sus reivindicaciones, y de su conciencia actual, de llevarlo a “*una sola y misma conclusión: la conquista del poder*”. En el párrafo anterior Trotsky explicaba:

“La orientación de las masas está determinada, por una parte, por las condiciones objetivas del capitalismo en descomposición, y de otra, por la política de traición de las viejas organizaciones obreras. De estos dos factores el factor decisivo, es, por supuesto, el primero; las leyes de la historia son más poderosas que los aparatos burocráticos.” (*Idem supra*, página 15)

La IV Internacional basa su acción en esta apreciación, y expresa conscientemente este movimiento de las masas. La *falta de madurez* del proletariado, la desmoralización que sufre y que sufre su vanguardia no son naturales. Por profundas que seas éstas en un momento dado, solo son pasajeras. No son el producto de no se sabe qué conciencia tomada en sí: resultan de la política contrarrevolucionaria de los partidos obreros y de sus direcciones que defienden el orden y el estado burgueses.

¿Cómo un camarada como Ernest Mandel, tan fino conocedor de los clásicos del marxismo, de Trotsky en particular, no ha integrado en sus Tesis esto que para Trotsky es esencial?:

“En todos los países el proletariado está sobrecogido por una profunda inquietud. Grandes masas de millones de hombres vienen incesantemente al movimiento revolucionario, pero siempre tropiezan en ese camino con el aparato burocrático, conservador de su propia dirección.” (*Idem supra*, página 13)

Trotsky cita, en este mismo pasaje del *Programa de Transición*, los ejemplos de España, Francia, incluso USA. Añade:

“El paso definitivo de la IC hacia el lado del orden burgués, su papel cínicamente contra-revolucionario en el mundo entero, particularmente en España, en Francia, en Estados Unidos y en los otros países democráticos, ha creado extraordinarias dificultades suplementarias al proletariado mundial. Bajo el signo de la revolución de octubre, la política conservadora de los Frentes Populares conduce a la clase obrera a la impotencia y abre el camino al fascismo.” (*Idem supra*, página 14)

“*El bajo nivel de conciencia*” o “*el declive del nivel de conciencia de la clase obrera*”, o aun “*las ilusiones reformistas o semireformistas de las masas*”, no son responsables de las derrotas del proletariado antes de la Segunda Guerra Mundial. Por el contrario, el proletariado ha dado pruebas de encarnizamiento, de una capacidad y voluntad revolucionarias increíbles. Las direcciones reformistas, en un primer tiempo, y, después, estas direcciones y las direcciones estalinistas en conjunto, han desviado los combates del proletariado, roto su punta revolucionaria. Son esas direcciones las que opusieron a las tendencias revolucionarias del proletariado las ilusiones reformistas o semireformistas, las que las propagaron y difundieron. No es necesario un balance del cretinismo parlamentario, desde la SD a la extrema izquierda del PC, para llegar a los Frentes Populares, es bien sabido: la falta de madurez de las masas de que hablaba Trotsky en 1938 proviene de ahí y de ninguna otra parte.

No situar las causas y responsabilidades de las derrotas, colocar en el mismo plano la crisis de la dirección revolucionaria y la “*conciencia de las masas*” (que considerada de esta forma no es otra cosa más que una abstracción sin vida) abre la puerta a peligrosas conclusiones:

Las masas son espontáneamente reformistas

Las masas tienen las direcciones que se merecen;

Las masas tienen la responsabilidad de sus derrotas;

Hay que revolucionarlas ideológicamente o mediante acciones ejemplares, a no ser que ambos medios deban ser utilizados conjuntamente.

Estas conclusiones se deducen unas de otras. Si las masas tienen ilusiones reformistas, entonces resulta que los partidos reformistas y estalinistas (que algunos

llaman reformistas) son partidos que les convienen. Tienen las direcciones que merecen y, en consecuencia, también la responsabilidad de sus derrotas cuya causa primera son sus ilusiones.

El programa de la revolución proletaria se inserta en el proceso de la lucha de clases, expresando las tendencias del movimiento de las masas. Es la expresión consciente. Obligatoriamente embarranca si las masas son espontáneamente “*reformistas o semireformistas*”. Está en contradicción con la espontaneidad, con las tendencias profundas del movimiento de las masas, que se supone deben hacer la revolución. Entonces solo queda o abandonar todas las perspectivas revolucionarias o intentar modificar la conciencia de las masas utilizando los medios ideológicos y las acciones ejemplares, a no ser que se encargue a otras capas sociales más conscientes realizar lo que la ausencia de conciencia del proletariado no le permite realizar: la revolución, el socialismo.

Cómo no citar, llegados a este punto, amplios extractos del artículo de L. Trotsky respondiendo a un folleto que pretendía explicar las causas de la derrota en España:

“Analicemos una a una las alusiones y semiopiniones de nuestro autor. Una política errónea de masas no puede explicarse, según él, más que como la manifestación de un determinado estado de las fuerzas sociales, es decir, la falta de madurez de la clase obrera y la falta de independencia del campesinado. Si le gustan las tautologías, sería difícil encontrarlas más vulgares. ¿Una política errónea de masas se explica por su falta de madurez? ¿Pero qué es la falta de madurez de las masas? Evidentemente es su predisposición a seguir una política errónea. ¿En qué consistía esta política errónea? ¿Quiénes eran los iniciadores? ¿Las masas o los dirigentes? Nuestro autor no dice nada al respecto. Y por esta tautología, traspassa la responsabilidad a las masas. Este clásico truco, utilizado por todos los traidores, los desertores y sus abogados, es especialmente irritante cuando se trata del proletariado español.

La sofística de los traidores

En 1936 (por no remontarnos más lejos) los obreros españoles han rechazado el ataque de los oficiales, que habían puesto a punto su conspiración bajo el ala protectora del Frente Popular. Las masas han improvisado milicias y han levantado comités obreros, ciudadelas de su propia dictadura. Por su parte, las organizaciones dirigentes del proletariado han ayudado a la burguesía a disolver esos comités, a poner fin a los atentados de los obreros contra la propiedad privada y a subordinar las milicias obreras a la dirección de la burguesía y, para colmo, con el POUM participando en el gobierno, tomando así directamente su responsabilidad en el trabajo de la contrarrevolución. ¿Qué significa, en tal caso, la falta de madurez del proletariado? Es evidente que significa simplemente que, aunque las masas hayan adoptado una línea correcta, no han sido capaces de romper la coalición de socialistas, comunistas, anarquistas, y del POUM con la burguesía. Este modelo de sofisma proviene del concepto de una especie de madurez absoluta, es decir, de una condición de perfección de las masas en la cual no tienen ninguna necesidad de una dirección, o mejor aún, son capaces de vencer contra su propia dirección. Pero una madurez tal ni existe ni puede existir ¿Pero por qué los obreros que han mostrado un instinto revolucionario tan seguro, y aptitudes tan superiores en la lucha, irían a someterse a una dirección traidora?, alegan nuestros sabios. Responderemos que no ha habido la más mínima señal de tal sumisión. El camino de lucha seguido por los obreros cortaba en todo momento bajo un

determinado ángulo el de las direcciones y, en los momentos más críticos, este ángulo era de 180°. La dirección entonces, directa o indirectamente, ayudaba a someter a los obreros por la fuerza de las armas. En mayo de 1937, los obreros de Cataluña se sublevaron, no sólo a pesar de sus propias direcciones sino en contra suya. Los dirigentes anarquistas, (burgueses patéticos y despreciables, disfrazados malamente de revolucionarios) han repetido cientos de veces en la prensa que si la CNT hubiese querido tomar el poder en mayo, lo hubiese hecho sin dificultad. Y esta vez, lo que dicen los anarquistas es la pura verdad. La dirección del POUM se colgó literalmente de los faldones de la CNT, y se contentó con cubrir su política de una fraseología diferente. Debido solamente a esto, la burguesía consiguió aplastar la sublevación de mayo de este proletariado falto de madurez. Es necesario no haber comprendido nada de lo que se refiere a las relaciones entre clase y partido, entre las masas y sus dirigentes para repetir la frase hueca según la cual las masas españolas no han hecho nada más que seguir a su dirección. Todo lo que se puede decir sobre esto es que las masas, que han intentado sin cesar abrirse un camino hacia la vía correcta, han descubierto que la construcción, en el fragor mismo del combate, de una nueva dirección que respondiera a las necesidades de la revolución, era una empresa que sobrepasaba sus propias fuerzas. Estamos en presencia de un proceso dinámico en el cual las diferentes etapas de la revolución se suceden rápidamente, en el curso del cual la dirección, es decir distintos sectores de la dirección, desertan y se pasan de un solo golpe al lado del enemigo de clase, y la dirección en que se empeñan nuestros sabios se mantiene puramente estática: ¿por qué la clase obrera en su conjunto ha seguido una mala dirección?

La manera dialéctica de abordar este problema

Existe un viejo dicho que refleja la concepción evolucionista y liberal de la historia: un pueblo tiene el gobierno que se merece. La historia nos demuestra, no obstante, que un solo y mismo pueblo puede tener durante un período relativamente breve, gobiernos muy diferentes (Rusia, Italia, Alemania, España, etc.) y, además, que el orden en que éstos se suceden no tiene siempre el mismo sentido, del despotismo hacia la libertad, como creen los liberales evolucionistas. El secreto de este estado de cosas reside en que un pueblo está compuesto de clases hostiles y que estas mismas clases están formadas por capas diferentes, parcialmente opuestas unas a otras y que tienen diferentes orientaciones. Y además, todos los pueblos sufren la influencia de otros pueblos, compuestos a su vez de clases. Los gobiernos no son la expresión de la madurez siempre creciente de un pueblo, sino el producto de la lucha entre las diferentes clases y las diferentes capas en el interior de una sola y misma clase y, además, de la acción de fuerzas exteriores (alianzas, conflictos, guerras, etc.). Hay que añadir que un gobierno, desde el momento en que se establece, puede durar mucho más tiempo que la relación de fuerzas del cual ha sido producto. Es a partir de estas contradicciones históricas que se producen las revoluciones, los golpes de estado, las contrarrevoluciones. El mismo método dialéctico debe emplearse para tratar la cuestión de la dirección de una clase. Al igual que los liberales, nuestros sabios admiten tácitamente el axioma según el cual cada clase tiene la dirección que merece. En realidad, la dirección no es, en absoluto, el simple reflejo de una clase o el producto de su propia potencia creadora. Una dirección se constituye en el curso de los choques entre las diferentes clases o de las fricciones entre las diversas capas en el seno de una clase determinada. Pero tan pronto como aparece, la dirección se eleva inevitablemente por encima de la

clase y por este hecho se arriesga a sufrir la presión y la influencia de las demás clases. El proletariado puede tolerar durante bastante tiempo a una dirección que ya ha sufrido una total degeneración interna, pero que no ha tenido la ocasión de manifestarlo en el curso de los grandes acontecimientos. Es necesario un gran choque histórico para revelar de forma aguda, la contradicción que existe entre la dirección y la clase. Los choques históricos más potentes son las guerras y las revoluciones. Por esta razón la clase obrera se encuentra a menudo cogida de sorpresa por la guerra y la revolución. Pero incluso cuando la antigua dirección ha revelado su propia corrupción interna, la clase no puede improvisar inmediatamente una nueva dirección, sobre todo si no ha heredado del período precedente los cuadros revolucionarios sólidos, capaces de aprovechar el derrumbamiento del viejo partido dirigente. La interpretación marxista, es decir dialéctica, y no escolástica, de las relaciones entre una clase y su dirección no deja piedra sobre piedra de los sofismas legalistas de nuestro autor.

Cómo se efectuó la maduración de los obreros rusos

Éste concibe la madurez del proletariado como un fenómeno puramente estático. Sin embargo, en el curso de una revolución la conciencia de clase es el proceso más dinámico que puede darse, el que determina directamente el curso de la revolución. ¿Era posible en enero de 1917, o incluso en marzo después del derrocamiento del zarismo, decir si el proletariado ruso había madurado lo suficientemente como para conquistar el poder en el plazo de ocho a nueve meses? La clase obrera era, en ese momento, totalmente heterogénea social y políticamente. Durante los años de guerra, se había renovado en un 30 o 40% a partir de las filas de la pequeña burguesía, a menudo reaccionaria, a expensas de los campesinos atrasados, a expensas de las mujeres y los jóvenes. En marzo de 1917, sólo una insignificante minoría de la clase obrera seguía al partido bolchevique y, además, en su seno reinaba la discordia. Una aplastante mayoría de obreros sostenía a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios es decir a los socialpatriotas conservadores. La situación del ejército y del campesinado era todavía más desfavorable. Hay que añadir además, el bajo nivel cultural del país, la falta de experiencia política de las capas más amplias del proletariado, particularmente en provincias, por no hablar de los campesinos y de los soldados ¿Cuál era el activo del bolchevismo? Al comienzo de la revolución sólo Lenin tenía una concepción revolucionaria clara, elaborada hasta en los más mínimos detalles. Los cuadros rusos del partido estaban desperdigados y bastante desorientados. Pero éste tenía autoridad sobre los obreros avanzados y Lenin tenía una gran autoridad sobre los cuadros del partido. Su concepción política correspondía al desarrollo real de la revolución y la ajustaba a cada nuevo acontecimiento. Estos elementos del activo hicieron maravillas en una situación revolucionaria, es decir en condiciones de una encarnizada lucha de clases. El partido alineó rápidamente su política hasta hacerla responder a la concepción de Lenin, es decir, al auténtico curso de la revolución. Gracias a esto encontró un firme apoyo por parte de decenas de millares de trabajadores avanzados. En pocos meses, basándose en el desarrollo de la revolución, el partido fue capaz de convencer a la mayoría de los trabajadores del acierto de sus consignas. Esta mayoría, organizada en los soviets fue a su vez capaz de atraerse a los obreros y a los campesinos. ¿Cómo podría resumirse este desarrollo dinámico, dialéctico, mediante una fórmula sobre la madurez o inmadurez del proletariado? Un factor colosal de la madurez del proletariado ruso, en febrero de 1917, era Lenin. No había caído del cielo.

Encarnaba la tradición revolucionaria de la clase obrera. Ya que, para que las consignas de Lenin encontrasen el camino de las masas, era necesario que existiesen cuadros, por muy débiles que éstos fueran en principio, era necesario que estos cuadros tuviesen confianza en su dirección, una confianza fundada en la experiencia del pasado. Rechazar estos elementos de sus cálculos, es simplemente ignorar la revolución viva, sustituirla por una abstracción, la relación de fuerzas, ya que el desarrollo de las fuerzas no cesa de modificarse rápidamente bajo el impacto de los cambios de la conciencia del proletariado, de tal manera que las capas avanzadas atraen a las más atrasadas, y la clase adquiere confianza en sus propias fuerzas. El principal elemento, vital, de este proceso es el partido, de la misma forma que el elemento principal y vital del partido es su dirección. El papel y la responsabilidad de la dirección en una época revolucionaria son de una importancia colosal.

La relatividad de la ‘madurez’

La victoria de Octubre constituye un serio testimonio de la madurez del proletariado. Pero es relativa. Algunos años más tarde, es este mismo proletariado el que ha permitido que la revolución fuese estrangulada por una burocratización surgida de sus propias filas. La victoria no es el fruto maduro de la madurez del proletariado. La victoria es una tarea estratégica. Es necesario utilizar las condiciones favorables de una crisis revolucionaria a fin de movilizar a las masas; tomando como punto de partida el nivel determinado de su madurez, es necesario empujarle a ir hacia adelante, enseñarle a darse cuenta que el enemigo no es omnipotente, que está desgarrado por sus contradicciones, que reina el pánico detrás de su imponente fachada. Si el partido bolchevique no hubiese conseguido llevar a buen término ese trabajo, no se podría hablar ni de revolución proletaria. Los soviets hubiesen sido aplastados por la contrarrevolución y los pequeños sabios de todos los países habrían escrito artículos o libros cuyo motivo hubiese sido que sólo visionarios impenitentes podían soñar en Rusia con la dictadura de un proletariado tan débil numéricamente y tan poco maduro.

[...]

El papel de las personalidades

Nuestro autor sustituye el condicionamiento dialéctico del proceso histórico por un determinismo mecánico. De ahí esas burlas fáciles sobre el papel de los individuos buenos o malos. La historia es un proceso de lucha de clases. Pero las clases no miden su peso, ni automática ni simultáneamente. En el proceso de la lucha las clases crean órganos diferentes que juegan un papel importante e independiente y están sujetas a deformaciones. Es esto lo que nos permite, igualmente, comprender el papel de las personalidades en la historia. Por supuesto, existen grandes causas objetivas que han engendrado el régimen autocrático hitleriano, pero sólo pedantes y obtusos profesores del determinismo podrían hoy negar el papel histórico que ha desempeñado el propio Hitler. La llegada de Lenin a Petrogrado, el 3 de abril de 1917, ha hecho girar a tiempo al partido bolchevique y le ha permitido llevar la revolución a la victoria. Nuestros sabios podrían decir, que si Lenin hubiese muerto en el extranjero a principios de 1917, la revolución de Octubre hubiese ocurrido de la misma forma. Pero no es cierto. Lenin constituía uno de los elementos vivos del proceso histórico. Encarnaba la experiencia y la perspicacia de la parte más activa del proletariado. Su aparición en el momento preciso en el terreno de la revolución era necesario a fin de movilizar a la vanguardia y de ofrecerle la posibilidad de conquistar a la

clase obrera y a las masas campesinas. En los momentos cruciales de los giros históricos, la dirección política puede convertirse en un factor tan decisivo como el de un comandante en jefe en los momentos críticos de la guerra. La historia no es un proceso automático. Si no ¿para qué los dirigentes? ¿para qué los partidos? ¿para qué los programas? ¿para qué las luchas teóricas?

El estalinismo en España

¿Pero por qué diablos, hemos oído preguntar a nuestro autor, las masas revolucionarias que han roto con sus antiguos dirigentes, se han agrupado bajo la bandera del PC? La cuestión está mal planteada. Es falso decir que las masas habían roto con sus antiguos dirigentes. Los obreros que habían estado antes ligados a unas determinadas organizaciones han seguido agarrados a ellas, siempre observando y controlando. En general, los obreros no rompen fácilmente con los partidos que les han despertado a la vida consciente. Y mucho menos cuando han sido engañados con el sistema de protección mutua que existía en el interior del Frente Popular: si todo el mundo estaba de acuerdo, es que todo iba bien. Las nuevas masas, recientemente despertadas, se volvían naturalmente hacia la Komintern, el partido que había hecho la única revolución proletaria victoriosa y que, se suponía era capaz de suministrar armas a España. Y además, la Komintern era el más celoso defensor del Frente Popular, y esto inspiraba confianza a las capas de obreros sin experiencia. En el seno del Frente Popular, la Komintern era el más celoso defensor del carácter burgués de la revolución: esto inspiraba confianza a la pequeña burguesía y a una parte de la media. Por eso las masas se alinearon bajo la bandera del PC. Nuestro autor trata esta cuestión como si el proletariado se encontrase en una tienda bien surtida para escoger un par de botas nuevas. Pero ya se sabe que incluso una operación tan sencilla como ésta no se liquida siempre con éxito. Cuando se trata de una nueva dirección, la elección es muy limitada. Sólo poco a poco y sólo sobre la base de su propia experiencia a través de las distintas etapas, las capas más amplias de las masas acaban por convencerse de que la nueva dirección es más firme, más segura, más leal que la antigua. Es cierto que en el curso de una revolución, es decir, cuando los acontecimientos se suceden a un ritmo acelerado, un partido débil puede convertirse en un partido poderoso, con la única condición de que comprenda con lucidez el curso de la revolución y de que posea cuadros probados que no se dejen exaltar por las palabras o aterrorizar por la represión. Pero es necesario que un partido de estas condiciones exista desde mucho antes de la revolución en la medida en que el proceso de formación de cuadros exige plazos considerables y que la revolución no deja tiempo para ello". (Trotsky, *Clase, partido y dirección. ¿Por qué el proletariado español ha sido vencido*, en *Escritos sobre España*, Ruedo Ibérico, Alençon, 1971, páginas 92-199; <http://www.ceipleontrotsky.org/Clase-partido-y-direccion>)

Una nota de P. Broué¹ indica: *Este artículo fue encontrado en la mesa de Trotsky tras su asesinato y publicado en New Internacional en diciembre de 1940*

El hecho de que se trate de un artículo publicado tras la muerte de Trotsky y sobre el que trabajaba en el momento de ser asesinado es emocionante. Lo importante, sin embargo, es que lo escribió al final de todo el primer período de la revolución proletaria, cuando los proletariados de Europa estaban derrotados, aplastados, y la sombra de Hitler cubría Europa, y cuando muy pronto las hordas hitlerianas se pasearían por la URSS (Trotsky lo dudaba menos que nadie) e intentarían destruir las relaciones

¹ A la edición francesa citada por S. Just; *La Révolution espagnole*, Pierre Broué [NdT].

de producción nacidas de la revolución de Octubre, atrincheramiento del proletariado europeo y mundial. Este artículo es, en lo que concierne a las relaciones entre el proletariado y sus direcciones, la última palabra, el aporte esencial de Trotsky y de todos los marxistas, incluyendo a Lenin.

Cuánto contrasta con la opinión según la cual habría “*un largo declive de la conciencia de la clase obrera*”, según la cual las “*ilusiones reformistas o semireformistas de las masas*” serían responsables, más o menos, de las derrotas del proletariado antes de la Segunda Guerra Mundial, habrían sido un obstáculo a la victoria de la revolución proletaria.

Restablecer la fórmula del *Programa de Transición*, sin añadir ni quitar nada, es una exigencia teórica y práctica: “*La crisis histórica de la humanidad se reduce a la crisis de la dirección revolucionaria.*”

Así estaríamos completamente de acuerdo en lo siguiente de la Tesis 2:

“Si esta crisis no es resuelta por la construcción de una alternativa revolucionaria de masas, el declive del capitalismo podría conducir, no a la emergencia del socialismo mundial sino a la barbarie: una destrucción masiva de fuerzas productivas, de seres humanos y de la civilización por la guerra nuclear, regímenes de tipo fascista, la destrucción ecológica, etc.”

Es simplemente necesario precisar que la internacional a construir es justamente la IV Internacional, cuyo programa, elaborado en 1938, es de una ardiente actualidad, su título lo sintetiza: “*La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional.*”

El prestigio de la revolución al servicio de la contrarrevolución

A pesar de las terribles derrotas que el proletariado sufrió antes de 1943, la continuidad de la revolución mundial, la unidad en el tiempo de la lucha de clases, no se rompió.

“La victoria del estalinismo en la Rusia soviética y la consolidación de la dirección burocrática en ese país, a mismo título que la profunda derrota de la segunda revolución china en el campo, traducían el gran movimiento de retroceso del proletariado”, había escrito el camarada Ernest Mandel. (Tesis 5, segunda frase)

¿Qué entender con esta frase? ¿Esto significa que la victoria y la consolidación de la burocracia estalinista durante los años 1924-1930 sellaron la suerte de la revolución proletaria en Europa? Se está a punto de caer en la tentación de creerlo, teniendo en cuenta que esta frase engloba y coloca en el mismo plano “*la derrota de la segunda revolución china en las ciudades*” consumada en 1927-1928. (Y ¿por qué esta reserva “en las ciudades”? ¿la revolución china habría continuado después de 1928 en el campo?) ¿O es necesario comprender que la derrota de la revolución española (que no estaba escrita de antemano a pesar del papel de los partidos estalinistas evocado en la Tesis 6: “*los partidos estalinistas estrangularon y traicionaron la revolución española de 1936*”) concluyó una serie de derrotas que consolidaron a la burocracia estalinista?

Por el contrario, no es dudoso que la derrota “*no fuera completa: el capitalismo no fue restaurado en la Unión Soviética y las masas trabajadoras en China desarrollaron una resistencia amplia y activa frente a la agresión del imperialismo japonés, especialmente en el campo.*”

La guerra de defensa contra el imperialismo alemán, el heroísmo fantástico de las masas de la URSS, en contraste con la incapacidad de la burocracia del Kremlin, han conferido sentido concreto a lo que Trotsky afirma en *La revolución traicionada*:

“Como fuerza política consciente, la burocracia ha traicionado a la revolución pero, por fortuna, la revolución victoriosa no es solamente una bandera, un programa, un conjunto de instituciones políticas; es también un sistema de relaciones sociales. No basta traicionarla, es necesario, además, derrumbarla. Sus dirigentes han traicionado a la Revolución de Octubre pero no la han derrumbado, y la revolución tiene una gran capacidad de resistencia que coincide con las nuevas relaciones de propiedad, con la fuerza viva del proletariado, con la conciencia de sus mejores elementos, con la situación sin salida del capitalismo mundial, con la inevitabilidad de la revolución mundial.” (Trotsky, *La revolución traicionada*, Fontamara, Barcelona, 1977, página 237; <http://www.ceipleontrotsky.org/IX-Que-es-la-URSS>)

El camarada Ernest Mandel, prosigue:

“Esto crea un punto de apoyo objetivo favorable para la nueva oleada de ascenso de la revolución mundial que seguirá a la victoriosa resistencia del estado y de las masas soviéticas y, de otra parte, de las masas chinas. Así resultará fuertemente debilitado el imperialismo en Europa continental así como en Asia y se abrirá la vía del derrocamiento del capitalismo en Europa del Este, Corea del Norte y China después de 1945. La astenia general del capitalismo resultante de la segunda guerra imperialista (a pesar de la potencia económica y militar enorme del imperialismo USA) y el ascenso en numerosos países de una oleada revolucionaria, como también de un movimiento de resulta contra las condiciones de vida insostenibles impuestas por esa guerra, se combinaron con las resistencias arriba mencionadas en la Unión Soviética y China para desembocar en nuevo ascenso de la revolución mundial cuyo punto de partida data de 1943, cuando la dictadura fascista fue derrocada en Italia. Esta nueva oleada revolucionaria se tradujo en una oleada revolucionaria limitada en Europa mientras que en los países coloniales o semicoloniales su duración fue remarcable.”

El apego de las masas a las relaciones de producción nacidas de la revolución de Octubre se tradujo en los campos de batalla; la superioridad de la planificación de los medios de producción, a partir de la propiedad colectiva de esos medios de producción, se manifestó en la capacidad de la economía de la URSS para responder, a pesar de la invasión y las inmensas destrucciones, a las exigencias de armamento de un gran ejército moderno. Las derrotas sufridas bajo estas condiciones por el ejército alemán galvanizaron la energía revolucionaria de las masas: 1943 es, en primer lugar, la victoria de la URSS en Stalingrado. Pero la forma en que mira Trotsky las perspectivas es mucho más amplia que la forma en que el camarada Ernest Mandel describe el giro de 1943 y sus consecuencias. Trotsky liga “*la ineluctabilidad de la revolución mundial*” con “*la situación sin salida del capitalismo mundial*”.

Se trata de poner en claro esta relación dialéctica. En el curso de la Segunda Guerra Mundial, la situación sin salida del capitalismo tomó la forma de una guerra del imperialismo alemán contra la URSS, pero también de una guerra interimperialista indecible: entre la coalición imperialista francoinglesa y el imperialismo alemán en primer lugar, después los imperialismos de menor grandeza belga y holandés fueron rápidamente implicados, y el imperialismo italiano se implicó en la guerra: pronto la casi totalidad de las burguesías europeas tomaron parte, de una forma u otra, en la guerra; por fin, la coalición imperialista angloestadounidense, aliada a la URSS, se enfrentó a la coalición germanoitalojaponesa, e Italia rompió sus alianzas en 1943. La memoria de estos datos es importante para comprender que la derrota de Alemania, Italia y Japón fue el resultado de la conjunción de la resistencia de las masas soviéticas

y de los antagonismos interimperialistas. Aún tiene más importancia para apreciar las conmociones mundiales debidas a la guerra, la potencia y amplitud de la oleada revolucionaria que la guerra, cual seísmo mundial, levantó.

El antiguo orden mundial fue trastocado. Las victorias alemanas en Europa habían dislocado, a veces triturado, destruido, los estados burgueses de numerosos países. Todas las burguesías resultaron más o menos debilitadas, expoliadas, hasta en algunas ocasiones expropiadas, en beneficio del imperialismo alemán. El hundimiento de la máquina de guerra nazi, la destrucción del orden hitleriano en Europa, abrió enormes grietas en el dispositivo político y social del orden burgués en Europa. Los proletarios, estimulados por las victorias del ejército de la URSS, utilizaron esta dislocación del orden burgués europeo. La oleada revolucionaria en Europa fue amplia y pujante y sus consecuencias no dejaron de hacerse notar durante 30 años después: la potencia social y política de los proletarios de Europa creció considerablemente, al mismo tiempo que el capital fue expropiado en Europa del Este; fue uno de los resultados de la oleada revolucionaria que se levantó en 1943.

“*La astenia general del capitalismo y del imperialismo resultante de la Segunda Guerra Mundial*”, he aquí un formula bien moderada y poco apropiada. El modo de producción capitalista, el sistema imperialista, no son abstracciones. Su historia los ha modelado, ha hecho reposar su equilibrio de determinada forma, sobre determinadas bases. Nada puede borrar este hecho: Europa es la cuna del capitalismo y del imperialismo. La Segunda Guerra Mundial completó lo que no hizo más que comenzar la Primera Guerra Mundial: hacer de las potencias imperialistas de Europa potencias tambaleantes, frágiles, seniles, dependientes del imperialismo USA; debilitadas en el interior en relación con su proletariado, que se ha reforzado; obligadas a renunciar al Este de Europa; teniendo que abandonar el control de sus imperios coloniales. No es un elemento secundario que a principios de la guerra el imperialismo alemán batiese a las viejas potencias coloniales francesa, belga, holandesa e inglesa; que enseguida, el imperialismo japonés las expulsase de sus posesiones coloniales de Asia, excepto India, y que, por fin, Japón se hundiese a su vez bajo los golpes del imperialismo USA y tuviese que abandonar China y sus recientes conquistas. ¿No son éstos, cambios gigantesco? Jamás el sistema imperialista mundial ha podido recuperarse. Jamás el imperialismo estadounidense ha estado en condiciones, a pesar de toda su potencia, de coger plenamente el relevo de las viejas potencias imperialistas en el mundo ni de devolverles su antigua juventud. Cuestiones importantes, decisivas, indispensables de tratar en tesis cuyo objeto es, ni más ni menos, que la revolución mundial.

Es un hecho: al final y a continuación de la Segunda Guerra Mundial, la revolución proletaria no resultó victoriosa en Europa: ningún proletariado, ni incluso el de Yugoslavia, tomó el poder; por otra parte, también esto es cierto para China, Corea y actualmente en Vietnam, allí incluso donde el capital ha sido expropiado. Se puede escribir:

“Durante los años 40 y 50, esta conciencia [del proletariado] resultó marcada profundamente por *los efectos a largo plazo de las derrotas anteriores*. El nivel de conciencia de clase [del proletariado] tras 1945 era cualitativamente inferior, comparado con el de la posguerra mundial. Mientras que el estalinismo y el reformismo representarían las *formas* principales de expresión de este bajo nivel de conciencia de clase, la *duración extendida* de la influencia del estalinismo sobre el proletariado en países clave es igualmente el resultado de este bajo nivel de conciencia.” (Tesis 7)

Desconcertante fórmulas: “*el reformismo y el estalinismo representarían las formas principales del bajo nivel de conciencia del proletariado.*”

Es tanto como decir que el proletariado sería espontáneamente reformista o estalinista. No sería la acción del estalinismo y del reformismo lo que obstaculizaría y combatiría la tendencia del proletariado a orientarse hacia las tareas y el programa de la revolución. Nos vemos reenviados a las cuestiones que L. Trotsky trataba en su artículo *Clase, partido y dirección*.

Aquí se desarrolla una peligrosa confusión. La degeneración de la URSS, del partido bolchevique, de la III Internacional, el nacimiento y reforzamiento de la burocracia del Kremlin, la transformación de la IC y de sus partidos en simples instrumentos de esta burocracia, son el producto del aislamiento del proletariado ruso, de las derrotas de la revolución mundial. La socialdemocracia tiene la responsabilidad del aislamiento de la revolución rusa, los PC no supieron, en un primer momento, vencer los obstáculos que aquella levantaba contra la construcción de direcciones revolucionarias. A su vez, la degeneración de la revolución rusa, del Partido Bolchevique, de la IC, levantó nuevos obstáculos ante el proletariado, hizo más difícil la solución de la cuestión de la dirección revolucionaria y reforzó a la socialdemocracia. La burocracia del Kremlin encarna a la reacción burguesa en el seno del estado obrero degenerado. Los PC, en tanto que instrumentos de la burocracia del Kremlin, defienden a escala internacional, y cada uno de ellos en su país, el orden y el estado burgués.

Su influencia sobre las masas no proviene del hecho que estos partidos sean estalinistas sino de que, a los ojos de las masas, la burocracia aparece como la encarnación del estado obrero, la heredera de Octubre de 1917, y de que los PC aparecen como los partidos de la revolución proletaria. Pero el movimiento de las masas, sus aspiraciones, que, al final de cuentas, determinan su conciencia, se dirigen contra la burocracia estalinista, su aparato internacional y su política. Para explicar lo que pasó al final de la guerra, y durante los años de posguerra, hay que retomar el desarrollo concreto de los acontecimientos. La burocracia del Kremlin y su aparato internacional aparecieron ante las masas como los vencedores del opresor de Europa entera, apoyándose en las conquistas de Octubre. El heroísmo de los pueblos soviéticos la aureolaba, le daba un prestigio inconmensurable entre las masas mientras que el proletariado soviético era sangrado otra vez más. Girándose hacia el Kremlin, hacia los PC, las masas aspiraban a la revolución, a derrocar a la burguesía y su estado. El prestigio de la revolución sirvió a las obras de la contrarrevolución.

¿Disminución de la conciencia de clase del proletariado o fuerza contrarrevolucionaria de la burocracia del Kremlin?

El camarada Ernest Mandel dice algunas palabras sobre el papel contrarrevolucionario de los partidos estalinistas y la burocracia del Kremlin.

“Subjetivamente, los efectos de la victoria del estalinismo en la RSS y en la Internacional Comunista deviene un obstáculo mayor para la victoria de la revolución mundial, obstáculo que se mantiene largo tiempo después que la retirada de la revolución mundial llegara a su final.”

Verdaderamente durante mucho tiempo después pues todavía hoy se ejercen. Sin embargo, es difícil quedar satisfecho con las frases siguientes:

“Los partidos estalinistas estrangularon y traicionaron la revolución española de 1936 así como, también, los desarrollos revolucionarios en Grecia, Italia y Francia entre 1943 y 1948. Más aun, los aspectos repugnantes de la dictadura estalinista en la Unión Soviética y en Europa del Este devinieron un obstáculo subjetivo importante para el desarrollo de la conciencia de clase

revolucionaria en los dos sectores más fuertes numéricamente del proletariado mundial, los proletariados estadounidense y soviético.”

O también:

“No se puede interpretar correctamente la historia mundial después de 1945 más que *usando de forma adecuada la dialéctica de los factores objetivos y subjetivos* [...] Añadir que esta reconstrucción [de los capitalismo de Europa del Oeste] fue posible por la traición al ascenso revolucionario de 1943 a 1948 en Europa del Oeste por los partidos estalinistas y socialdemócratas, lo que impidió un final victorioso de la revolución socialista en esta región.” (Tesis 6)

Todo esto es justo pero, sin embargo, parece muy insuficiente. Hay que decir concretamente cómo jugó la “*dialéctica de los factores objetivos y subjetivos*” al final de la guerra y a principios de la posguerra. Por más sorprendente que sea, el camarada Ernest Mandel ha olvidado recordar y analizar los acuerdos de Yalta y Potsdam que sellaron la primera Santa Alianza contrarrevolucionaria contra la revolución en Europa y en el mundo. Esto perjudica a sus Tesis sobre la “*revolución mundial*”.

Al fin de la guerra, la conjunción del hundimiento del sistema imperialista en Europa, la ruina de los estados burgueses, la descomposición económica y la debilidad política extrema de las burguesías europeas, destruyeron el antiguo orden mundial. El imperialismo inglés también estaba muy debilitado y su imperio en vías de dislocación. La debilidad política del imperialismo estadounidense se mide por el hecho que, desde la capitulación de Alemania y Japón, ante la presión de los “boys” y de las masas estadounidenses, tuvo que proceder a una rápida desmovilización. La burocracia del Kremlin salvó al capitalismo de la revolución en Europa y, en consecuencia, al sistema imperialista mundial, al régimen capitalista. Las masas se giraban hacia Moscú, hacia los PC, creían que representaban a Octubre, pero eran la encarnación de la contrarrevolución. En Yalta y Potsdam, el imperialismo estadounidense y la burocracia del Kremlin dividieron Alemania y Europa en dos, en vistas a romper la posibilidad de la revolución en Alemania y la oleada revolucionaria europea. En Yalta y Potsdam, la burocracia del Kremlin se comprometió a participar con todas sus fuerzas en la reconstrucción de los estados burgueses.

Las relaciones entre las clases, y en el interior del proletariado, crearon, al final de la Segunda Guerra Mundial y durante los años siguientes, la ilusión a los ojos de las masas que la burocracia del Kremlin y su aparato internacional representaban la revolución, lo que jugó en dos sentidos complementarios: soldar a una parte del proletariado alrededor de los PC; ofrecer una repugnante imagen de la revolución a los ojos de la otra parte del proletariado.

La ausencia de “*avance victorioso de la revolución socialista*” en Europa debe ser analizada y explicada en términos de relaciones políticas, de fuerzas políticas y no de conciencia del proletariado. No es una especie de debilidad enfermiza del proletariado (para situarse a nivel de la cabeza), menos aun sería una incapacidad física lo que impidió la victoria de la revolución en Europa; son fuerzas sociales y políticas concretas, la alianza del imperialismo y la burocracia del Kremlin, el Kremlin y su aparato internacional, jugando el papel político determinante. Admitir la “*bajada cualitativa de la conciencia de clase del proletariado*” ya lleva a abandonar la lucha por la revolución socialista y a buscar substitutos al proletariado, a buscar otras fuerzas motrices: las burocracias, que dejan de ser contrarrevolucionarias, y menos aun parasitarias, u otras fuerzas...

1943 preparó 1953

La ausencia de avances de la revolución socialista no significa que la oleada revolucionaria en Europa no haya existido y no haya tenido importantes consecuencias.

Sin ninguna duda:

“Las líneas de fuerza del período posterior a la Segunda Guerra Mundial son fundamentalmente diferentes de las que marcaron el posterior a la primera guerra mundial. Hay que captar los aspectos contradictorios”.

Y es decir poco, afirmar que:

“Por una parte, el debilitamiento del capitalismo aumentó y, en tanto que sistema mundial, se encontró en un estadio de decadencia superior al alcanzado en 1917. Esto se reflejó particularmente en el derrocamiento del sistema capitalista en China, Europa del Este, Corea del Norte, Cuba y Vietnam.”

En realidad, se asistió a una verdadera putrefacción del sistema imperialista. La potencia imperialista más grande se vio obligada a hacerse cargo del conjunto de las contradicciones del sistema, que se conjugaron con las suyas y la pudrieron en profundidad. Fue obligada para evitar el hundimiento del modo de producción capitalista en Europa. Pero fuesen los que fuesen los esfuerzos, no logró restablecer un orden imperialista mundial estable como en los tiempos en que los viejos imperialismos europeos se repartían el mundo y lo dominaban. Fue incapaz de impedir que el capital fuera expropiado en Europa del Este, que se desarrollasen y resultasen victoriosas la revolución china y la cubana, la guerra revolucionaria en Vietnam. Su incapacidad no se sitúa en el nivel puramente económico y militar. El camarada Ernest Mandel estima que:

“Si es correcto afirmar que las relaciones de fuerza globales evolucionaron con ventaja para las fuerzas anticapitalistas, esta evolución no entrañó del todo una debilidad económica y militar del imperialismo. Por el contrario, en mayo de 1968 esta potencia era superior a la que tenía en 1933 o 1948, no solo en términos absolutos sino también bajo el ángulo de la centralización mundial.”

Lo que demostraría que el capitalismo y el imperialismo no han sufrido astenia después de la Segunda Guerra Mundial.

Pero ¿hay que admitir que *“el ascenso revolucionario en los países imperialistas, a principios de los años 1940, fue roto rápidamente”*, cuando *“entre 1949 y 1968, éste continuo, generalmente, en los países coloniales y semicoloniales”*? El camarada Ernest Mandel precisa su pensamiento más adelante y habla, colocándolas en el mismo plano, de las *“derrotas de la revolución mundial entre 1923 y 1943, y de la de Europa del Este de 1943 a 1948, el reflujó de las luchas obreras en 1947 provocado por la guerra fría y el macartismo, [que según él] crearon no solo las condiciones subjetivas sino, también, determinadas condiciones objetivas que permitieron un nuevo desarrollo de las fuerzas productivas en el marco del sistema capitalista”*.

No. La debilidad del imperialismo proviene, fundamentalmente, de que ha sido incapaz de dominar las relaciones entre las clases (particularmente en Europa), de que el proletariado no ha sufrido ninguna derrota comparable a las que sufrió entre 1923 y 1943. Ciertamente, la oleada revolucionaria fue contenida en Europa, el proletariado ha sufrido fracasos y derrotas pero no son comparables a las que sufrió entre 1923 y 1943. La oleada revolucionaria en Europa fue contenida pero no fue vana: reforzó considerablemente al proletariado frente a las burguesías decadentes. Además, el verdadero contenido de esta oleada revolucionaria comenzó a expresarse claramente a partir de 1953. Uno de los acontecimientos más importantes de la historia y del desarrollo de la revolución mundial se produjo entonces: en junio de 1953, en Alemania

del Este, se levantó el proletariado contra la burocracia del Kremlin y sus agentes. Dejó escrita la primera página de la revolución política, otras más fueron escritas en 1956 en Polonia y Hungría donde el proletariado constituyó sus soviets para combatir al Kremlin y sus agentes. Al mismo tiempo estallaba en Francia, en agosto de 1963, la huelga general espontánea de 5 millones de trabajadores dependientes del estado. Era el comienzo del proceso que unifica la revolución social y la revolución política en Europa. 1953 y la oleada revolucionaria de los años siguientes en Europa, lejos de reforzar a la burocracia del Kremlin, lejos de demostrar “*la baja calidad de la conciencia de clase del proletariado*”, preparaba la crisis conjunta del imperialismo y la burocracia del Kremlin, un nuevo período de la revolución proletaria en el que se realizaba abiertamente, frente a la revolución, el alineamiento de las fuerzas sociales y políticas de la contrarrevolución bajo todas las formas. Es lastimoso no decir ni una palabra al respecto en unas tesis consagradas a la revolución mundial. La lucha de clases nunca ha tenido un desarrollo lineal. Siempre presenta una línea sinuosa, con bruscos puntos de ascenso y de descenso. Tras 1943, los proletarios de Europa sufrieron fracasos e incluso derrotas. Pero la orientación de la curva no es en absoluto la de los años 1923-1943. Por el contrario, es remarcable constatar que cada gran lucha de clases del proletariado ha planteado, más o menos abiertamente, la cuestión del gobierno, del poder, del estado.

No por azar el año siguiente (1954) fue el de Dien Bien Phu, el de la derrota del imperialismo francés en Indochina así como el del comienzo de la guerra revolucionaria contra este mismo imperialismo en Argelia. Es una ilustración de la conexión, de las relaciones recíprocas que existen entre la lucha de clases en los países avanzados y la lucha de los pueblos contra el imperialismo. Unas tesis consagradas a la “*revolución mundial*” deberían señalar, partiendo de aquí, que la revolución en los países coloniales y semicoloniales es una parte componente de la revolución proletaria mundial, como lo muestra la teoría de la revolución permanente.

1953 es también el año del fracaso del macartismo en los USA. Las relaciones entre las clases y en el seno de las clases en el mundo y en los USA estaban en contradicción con esta forma de inquisición y de represión policiaca. La institución de una forma de fascismo adaptado a los USA exigiría gigantescos enfrentamientos entre las clases, luchas políticas violentas en el interior de la misma clase dominante, y no se puede realizar en frío, partiendo de las actuales relaciones.

Es invertir los datos reales escribir:

“Ni los efectos económicos y políticos de la revolución colonial, ni las presiones externas de los estados obreros burocráticos han logrado desequilibrar seriamente esta estabilidad que solo puede cuestionarse de manera decisiva desde el interior de los países imperialistas por sus mismos proletariados [...] Las concepciones “*tercermundistas*” de Fanon como las de Lin Piao según las cuales una victoria generalizada de la revolución colonial era una precondition probable y necesaria para un nuevo levantamiento del proletariado de los países imperialistas.”

La revolución en los países coloniales y semicoloniales, participa de una lucha de clases que ha desequilibrado definitivamente el sistema imperialista mundial. En el corazón de las viejas metrópolis imperialistas, se plantean de forma recurrente los problemas del poder, de la revolución, el imperialismo estadounidense no ha logrado reunir en los mismos Estados Unidos las condiciones políticas que son necesarias para que ejerza plenamente, sin error ni debilidad, su papel de gendarme contrarrevolucionario. Más aun, la burocracia del Kremlin, el elemento político más fuerte del orden contrarrevolucionario mundial de posguerra, se ha demostrado incapaz

de evitar la revolución china. Rápidamente, se ha visto enfrentada con la revolución política.

En cuanto a la presión externa, se ejerce proviniendo del imperialismo sobre los estados obreros burocratizados y no a la inversa. Pero muy felizmente, la presión no se ejerce solo desde el imperialismo, se ejerce por parte del proletariado mundial contra las burocracias parasitarias, de entre las cuales el Kremlin, y por parte del proletariado de la URSS, de los países de Europa del Este, China, en respuesta a la del imperialismo.

El camarada Ernest Mandel no hace referencia a Yalta y Potsdam, a la irremediable crisis del sistema imperialista en sus viejos bastiones de origen, a la nueva disposición y nuevas relaciones entre las clases a escala mundial. No habla del giro de la lucha de clases mundial que constituye la emergencia de la revolución política en 1953, cuando la actualidad de la revolución social en Europa se traducía en la huelga general francesa de agosto de 1953, de la unidad entre la lucha de clases en las metrópolis imperialistas y la revolución en los países coloniales, en los que los años 1953-1954-1955 han suministrado un evidente ejemplo. Rompe así la unidad en el tiempo y el espacio del desarrollo de la revolución mundial y, simplemente, de la lucha de clases mundial. Recordemos el pasaje de la Tesis 7 citado más arriba: “*el nivel de conciencia de la clase obrera era cualitativamente inferior, etc*”.

¿El capitalismo en general o el imperialismo, estadio superior del capitalismo?

Antes de seguir es indispensable volver a la Tesis 3 y precisarla:

“Materialmente, la más gran realización del capitalismo fue la socialización objetiva y la división internacional del trabajo en el plano universal, aunque sobre bases muy desiguales. Esta internacionalización de las fuerzas productivas crea la base material de la globalización de la economía, de la política, de la lucha de clases y de la guerra en la época del imperialismo. La revolución mundial y el socialismo mundial reposan sobre esta base material, incluso si su crecimiento refleja el desarrollo desigual y combinado, que es la forma que toma el proceso de globalización bajo el capitalismo. En su totalidad, la teoría de la revolución permanente, avance del trotskismo, no es otra cosa más que la expresión consciente de este proceso.”

El término globalización no es muy acertado y puede ser fuente de confusión. La economía mundial se presenta así como un conjunto orgánico y contradictorio. Igualmente, la lucha de clases no se deduce mecánicamente de su base económica, tiene sus leyes propias como lo demuestra el análisis hecho más arriba. Son simples precisiones que no pueden ser objeto de divergencias.

Mucho más importante es la ausencia de referencias a la época actual en tanto que la del “*imperialismo, estadio superior del capitalismo*”, y sobretodo de análisis del contenido de esta caracterización. El capitalismo no ha establecido hoy “*la socialización objetiva y la división internacional del trabajo en el plano universal, aunque sobre bases muy desiguales*”. Ya en el *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels caracterizaban el modo de producción capitalista:

“Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. [...] En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la

producción intelectual. (Marx y Engels, *El Manifiesto Comunista*, en *Obras escogidas*, Tomo I, Ayuso, Madrid, 1975, página 23; <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm>)

La teoría de la revolución permanente es, en efecto, la expresión consciente del proceso de la revolución mundial. Trotsky se expresa así: es “*el carácter, el nexo interno y los métodos de la revolución internacional en general*” (Tesis 1 de *¿Qué es la revolución permanente? Tesis fundamentales.*)

Aún es preciso explicar por qué la revolución mundial y el socialismo están al orden del día.

“*La socialización objetiva y la división internacional del trabajo en el plano universal, aunque sobre bases desiguales, solo hace posible la revolución mundial y el socialismo. Pero ¿qué es lo que la hace necesaria? ¿Qué es lo que hace que, sin la victoria de la revolución, se caería en la barbarie? La respuesta es simple:*

Las fuerzas productivas se ahogan en el marco de las relaciones de la propiedad privada de los medios de producción y de las fronteras nacionales.”

De aquí la actualidad, la ardiente necesidad de la revolución mundial. Es sorprendente leer: “*su objetivo [el de los bolcheviques] era desencadenar la revolución mundial*”. Un perfume de idealismo, incluso de voluntarismo, emana de esta frase. El objetivo de los bolcheviques no era “*desencadenar la revolución mundial*”; la revolución mundial resulta del impasse histórico del modo de producción capitalista, y de las relaciones entre las clases en el estadio del imperialismo. Más sorprendente aún es la siguiente frase: “*Pero no lograron realizar su proyecto*” (tercera y cuarta frase de la Tesis 4). La revolución mundial comenzó en 1917 en Rusia. Se desarrolló en Alemania, Austria, Hungría e Italia antes de 1923. Se extendió a China. Estuvo al orden del día en Inglaterra, y de nuevo en Alemania hasta 1933. Abrazó España desde 1932 a 1938. Golpeó a las puertas de Francia entre 1934 y 1938. Situaciones revolucionarias, crisis revolucionarias y revoluciones son la forma viviente del desarrollo de la revolución mundial. Los bolcheviques no lograron construir la Internacional Comunista, no lograron que se construyesen en algunos países decisivos, Alemania por ejemplo, auténticos partidos comunistas, no lograron resolver a escala de Europa la cuestión de la dirección revolucionaria. De nuevo no vemos reenviados a este problema. La revolución mundial no es un proyecto, su necesidad se deduce de los datos objetivos. El impasse del modo de producción capitalista nutre las contradicciones entre las clases, las tensa, las lleva hasta su punto de ruptura. De ahí nacen y renacen sin cesar las condiciones de la revolución mundial. En función de ello es por lo que, en última instancia, es posible la solución de la cuestión de la dirección revolucionaria. La fórmula del *Programa de Transición*: “*las leyes de la lucha de clases son más fuertes que los aparatos burocráticos*” expresa este movimiento, esta relación.

Este movimiento, esta correlación, esta relación, no se deducen de la Tesis 3 pues es insuficiente para basar la necesidad de la revolución mundial, lo que es lastimoso para unas tesis cuyo título es la “*revolución mundial*”. Lo más simple es, sin dudas, retomar el análisis de Lenin del imperialismo, estadio supremo del capitalismo, del capitalismo en putrefacción, reacción en toda la línea, recordar lo que basa objetivamente el *Programa de Transición* y, por tanto, la necesidad de la revolución proletaria.

“Las condiciones económicas para la revolución proletaria han alcanzado ya el más alto grado de madurez posible bajo el régimen capitalista. Las fuerzas productivas de la humanidad han dejado de crecer.” (Trotsky, *Programa de*

Transición, Akal, Madrid, 1977, página 11;
<http://www.marxists.org/espanol/trotsky/1938/prog-trans.htm>)

Cierto, se trata de considerar las definiciones y análisis de Lenin y Trotsky de una forma dialéctica, como lo hicieron ellos mismos. Lenin escribía:

“En lo que se refiere a la rapidez del desarrollo económico de Alemania, el autor de las investigaciones sobre los grandes bancos alemanes, Riesser, dice: “El progreso, no muy lento, de la época precedente (1848-1870) se halla en relación con la rapidez del desarrollo de toda la economía en Alemania y particularmente de sus bancos en la época actual (1870-1905), aproximadamente como la rapidez de movimiento de un coche de posta de los viejos buenos tiempos se halla relacionado con la rapidez del automóvil moderno, el cual lleva una marcha tal, que resulta un peligro tanto para el tranquilo transeúnte, como para las personas que van en el automóvil” A su vez, ese capital financiero que ha crecido con una rapidez tan extraordinaria, precisamente porque ha crecido de este modo, no tiene ningún inconveniente en pasar a una posesión más pacífica de las colonias que deben ser arrebatadas, no sólo por medios pacíficos, a las naciones más ricas. Y en los Estados Unidos, el desarrollo económico durante estos últimos decenios ha sido aún más rápido que en Alemania, y, precisamente, *gracias* a esta circunstancia, los rasgos parasitarios del capitalismo norteamericano contemporáneo se han manifestado con particular relieve.” (Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, en *Obras escogidas* en tres volúmenes, Volumen I Progreso, Moscú, 1970, página 795; <http://www.marx2mao.com/M2M%28SP%29/Lenin%28SP%29/IMP16s.html#s10>)

Trotsky escribía:

“El capitalismo imperialista no es capaz ya de desarrollar las fuerzas productivas de la humanidad, y por esta razón, no puede dar a los obreros ni concesiones materiales ni reformas sociales efectivas. Todo esto es exacto. Pero todo esto no es exacto más que a escala de toda una época. Existen ramas de la industria que después de la guerra se han desarrollado con una fuerza prodigiosa (la del automóvil, la aviación, electricidad, radio) pese al hecho de que el nivel general de la producción no se eleve o se eleve muy poco, por encima del nivel de antes o de durante la guerra. Esta economía podrida tiene además sus flujos y reflujos. Los obreros no terminan casi nunca con su lucha, que a veces sale victoriosa. Es exacto que el capitalismo quita a los obreros con la mano derecha lo que les da con la izquierda. Por eso el aumento de los precios anuló las grandes conquistas de la época León Blum*. Pero este resultado, determinado por la intervención de diferentes factores, empuja a su vez a los obreros a continuar en el camino de la lucha. Es precisamente esta dialéctica poderosa de nuestra época la que abre una perspectiva revolucionaria.

Un líder sindical que se deje guiar exclusivamente por la tendencia general del capitalismo a pudrirse para renunciar a toda lucha económica y parcial, será, en efecto, a pesar de sus concepciones "revolucionarias", un agente de la reacción. Un líder sindicalista marxista debe no sólo considerar las tendencias generales del capitalismo, sino analizar también los factores específicos de la situación, la coyuntura, las condiciones locales y también el elemento psicológico, para proponer una actitud de lucha, de expectativa o de retroceso.

Es sólo sobre la base de esta actividad práctica íntimamente ligada a la experiencia de la gran masa, como el líder sindical puede poner al desnudo las

tendencias generales del capitalismo putrefacto y educar a los obreros para la revolución.” (Trotsky, *Los ultraizquierdistas en general y los incurables en particular (algunas consideraciones teóricas)* en *Escritos sobre España*, Ruedo Ibérico, Alençon, 1971, páginas 163-164)

Se trata, pues, de saber que lo que el *Programa de Transición, la agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional* definía era la tendencia fundamental del modo de producción capitalista en la época de la decadencia del imperialismo. La relación dialéctica entre este análisis y una justa forma de plantear la cuestión de la dirección revolucionaria es evidente.

De nuevo sobre las fuerzas productivas

“Solo en los años 60 reapareció en esos países una nueva generación de revolucionarios proletarios que constituye los medios de la nueva vanguardia. La envergadura de esta vanguardia es el resultado combinado de procesos sociales fundamentales en los países imperialistas (crecimiento de las fuerzas productivas que implica un crecimiento del número, nivel cultural y cualificaciones del proletariado; una profundización de la crisis de las relaciones de producción capitalista; una toma de conciencia acrecida de esta crisis por parte del proletariado, con tentativas instintivas o semiconscientes de introducir la confiscación de los medios de producción en el desarrollo de las luchas), efectos subjetivos consecutivos a las revoluciones cubana y vietnamita y de la intensificación de la crisis internacional del estalinismo. Actuando en un contexto de combatividad y de conciencia de clase reforzadas, esta nueva generación obtiene, en fin, éxitos cada vez mayores en la construcción de nuevas organizaciones leninistas, los núcleos determinantes de los partidos revolucionarios de masas del futuro que conducirán el proletariado occidental a la conquista del poder.” (Tesis 7)

El pensamiento del camarada Ernest Mandel se deduce claramente. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, según él, al contrario de las apreciaciones de Lenin y Trotsky, el imperialismo habría sido capaz de desarrollar potentemente las fuerzas productivas, y ello lleva a un proletariado regenerado, más cultivado, más cualificado. Los resortes del crecimiento de las fuerzas productivas habrían sido según él:

“El drástico aumento de la tasa de explotación de la clase obrera [que] determinó una elevación de la tasa del beneficio medio que impulsó una aceleración a largo plazo de la acumulación del capital en el marco de una revolución tecnológica estimulada, esta misma, por los masivos gastos en armamento y una rampante inflación. Ello permitió al imperialismo garantizar determinadas reformas y hacer concesiones a la vez a la clase obrera en los países imperialistas y a la burguesía de los países coloniales (lo que aseguró la transición del estatus colonial al estatus neocolonial), lo que permitió estabilizar relativamente el sistema durante dos décadas.”

Hay que descartar cualquier interpretación estrecha de la apreciación sobre la que se basan el movimiento, el método, todo el programa de fundación de la IV Internacional, “*la agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional*”.

Las citas de más arriba, extraídas del *Imperialismo, estadio superior del capitalismo* y del artículo de Trotsky, dan testimonio del método que utilizaban para analizar el desarrollo del modo de producción capitalista, la flexibilidad que estimaban de que era capaz. Sea dicho de pasada, su método era opuesto, era fundamentalmente diferente, al que los dirigentes de la IV Internacional, el SI, utilizaron en 1944-1948,

método que les hizo negar cualquier posibilidad de una reconstrucción del capitalismo en Europa. De 1943 a 1948, en numerosos textos, los dirigentes del SI afirmaban entonces que el sistema imperialista era incapaz de reestructurarse, que la producción en los países capitalistas de Europa solo podía quedarse por debajo del nivel de 1938. En 1943-1948, consideraban incluso que la democracia burguesa no podía revivir largo tiempo en Europa; a corto plazo, según ellos, el dilema era revolución proletaria victoriosa o fascismo. El método de Lenin y Trotsky era dialéctico, el del SI era mecánico. No hay que mantener el método del SI invirtiendo, simplemente, los términos de los datos, por tanto los resultados. Así se llegaría a la conclusión que el modo de producción capitalista ha sido capaz durante estos treinta últimos años de dar un fantástico impulso al crecimiento de las fuerzas productivas. Si tal era el caso, habría que ser riguroso; la base objetiva del *Programa de Transición* habría desaparecido; al mismo tiempo, el *Programa* y la IV Internacional (el partido es el programa, LT) flotarían en el aire.

Lenin se expresa así:

“Y en los Estados Unidos, el desarrollo económico durante estos últimos decenios ha sido aún más rápido que en Alemania, y, precisamente, *gracias* [resaltado por Lenin] a esta circunstancia, los rasgos parasitarios del capitalismo norteamericano contemporáneo se han manifestado con particular relieve.”

Lenin no utiliza los términos *crecimiento de las fuerzas productivas*, sino *desarrollo económico* que implica y exige, en la época del capitalismo, el parasitismo, la podredumbre del conjunto del sistema.

Trotsky, en cuanto a él, insiste:

“El capitalismo imperialista no es capaz ya de desarrollar las fuerzas productivas de la humanidad, y por esta razón, no puede dar a los obreros ni concesiones materiales ni reformas sociales efectivas. Todo esto es exacto. Pero todo esto no es exacto más que a escala de toda una época.”

El camarada Ernest Mandel tiene razón sobre el siguiente punto:

“El drástico aumento de la tasa de explotación de la clase obrera determinó una elevación de la tasa de beneficio medio”.

Sin embargo, a pesar de la exigencia de una masiva renovación del capital fijo en Europa, Japón y los USA, al final de la Segunda Guerra Mundial, muy pronto la economía capitalista se vio ahogada.

En 1948-1949, aparece de nuevo en los USA y Europa el espectro de la crisis económica. El relé de la economía capitalista ha sido el rearme de los USA. La inyección continua, con una acentuación en los momentos difíciles de depresión, de enormes gastos militares oficiales o enmascarados ha sido indispensable para el mantenimiento del conjunto del sistema.

Han sido utilizadas muchas otras formas de parasitismo. Esa fue la condición de la revolución tecnológica, de la masiva renovación del capital fijo, del crecimiento económico, como dice Lenin, de una aceleración a largo plazo de la acumulación del capital. Esta acumulación no ha sido estimulada sino condicionada por los masivos gastos de armamento y una inflación rampante. A pesar de ser real en gran parte, por otra parte está compuesta por capital ficticio, de lo que da testimonio la inflación rampante. Lejos de estabilizar relativamente el sistema durante dos décadas, lo ha podrido, descompuesto en sus profundidades, carcomido, corroído el bastión del sistema imperialista, hasta sus fundamentos y su corazón. Ni los viejos capitalismo europeos ni, incluso, el capitalismo japonés, ninguno de ellos ha recuperado su salud; están tan profundamente descompuestos, son de una fragilidad de cristal. Es una confirmación sin apelación de lo que Lenin y Trotsky escribían:

“El desarrollo económico en los USA (en Europa, en Japón), en la medida en que es rápido resalta los rasgos parasitarios [...]

A escala de una época entera, el capitalismo no ha sido capaz de desarrollar las fuerzas productivas.”

En este punto, sería necesario un estudio mostrando cómo el imperialismo descompone los avances anteriores de la humanidad, el arte, la cultura pero también cómo descualifica inmensas masas de trabajadores, transforma técnicos y científicos en robots. El capital no se interesa ni en las ciencias ni en las técnicas más que en función del beneficio. En la época del imperialismo, estadio supremo del capitalismo, éste tiene necesidad, para que funcione la economía, de inmensos gastos militares y parasitarios. Todas las relaciones burguesas están impregnadas de esta podredumbre del modo de producción capitalista y, por tanto, están en putrefacción. Esta exigencia condiciona entonces todo lo demás. Es un hecho: el hambre se extiende, un tercio de la humanidad está amenazada, millones de hombres mueren de hambre cada año. Millones de hombres están bajo el umbral de la pobreza en los países capitalistas avanzados. Las metrópolis imperialistas están pobladas por millones de asalariados importados de los países subdesarrollados. Sobreexplotados, sin cualificaciones, sus condiciones de vida y de trabajo son a menudo espantosas. La mayoría de los casos, no saben ni leer ni escribir y algunas veces son incapaces de hablar la lengua del país. El número de asalariados aumenta en los países capitalistas avanzados pero el de los trabajadores productivos tiene más tendencia a retroceder. Son algunas de las manifestaciones crónicas del proceso de putrefacción del modo de producción capitalista, y ello en pleno período de prosperidad.

La perspectiva, es la caída al abismo: la dislocación del mercado mundial, de la división internacional del trabajo; el castillo de naipes de las construcciones europeas se hundirá de un solo golpe. La crisis de 1929 aparecerá como si hubiera sido un simple juego de niños, comparada con la que se prepara. A no ser que la revolución proletaria resulte victoriosa, el futuro solo es una serie de catástrofes sociales sin ejemplo. He aquí lo que ha germinado y se ha desarrollado desde hace diversas décadas, en el vientre de la inmundicia inmundicia: el imperialismo. Verdaderamente, Trotsky tenía razón: “*A escala de una época, el capitalismo ya no es capaz de desarrollar las fuerzas productivas.*”

La acción del proletariado arranca reformas y concesiones

Pero el imperialismo:

¿“...[ha] garantizado determinadas reformas, hecho concesiones a la vez a la clase obrera en los países imperialistas y a la burguesía de los países coloniales [...] lo que permitió estabilizar relativamente el sistema durante dos décadas”?

Esta oración debe ser invertida. La lucha de clases de los proletariados de los países capitalistas avanzados, como la lucha de los pueblos coloniales y semicoloniales, desde fines de la Segunda Guerra Mundial, la inestabilidad de las relaciones sociales y políticas, la amenaza recurrente de la revolución, han obligado al imperialismo a ceder al proletariado importantes reformas sociales y concesiones y a apoyarse sobre las burguesías de los países coloniales y semicoloniales. Por supuesto que aún es necesario que tenga los medios. Las terribles derrotas del proletariado hasta 1943 permitieron un envilecimiento del valor de la fuerza de trabajo. Hasta alrededor de mitad de los años 1950, esto le ha dado al capital los medios para retroceder bajo la acción del proletariado que reconquistaba, en este dominio, el terreno perdido. La producción y

realización de la plusvalía en las condiciones señaladas más arriba, el crecimiento de la productividad del trabajo, le permitieron todavía nuevas concesiones. Pero se trataba del producto de una constante inestabilidad social y política del sistema en su conjunto, correspondiente a la inestabilidad económica fundamental.

El ejemplo europeo es demostrativo. El capital estadounidense, el estado burgués estadounidense, concedieron hasta mitad de los años cincuenta enormes préstamos, créditos, a menudo a fondo perdido a los diferentes países capitalistas de Europa; era imprescindible para la reconstrucción, el impulso del capitalismo en esos países. El imperialismo USA no ha podido, ni podía, transformar a las burguesías europeas en burguesías compradoras. Intentó devolverles vigor y salud (no sin provecho, sin duda alguna, para el capitalismo estadounidense y dictando sus condiciones políticas). ¿Por qué? El camarada Ernest Mandel tiene razón cuando escribe:

“Afirmar que la reconstrucción del capitalismo en Europa del Oeste tras la Segunda Guerra Mundial, fue impuesto a los USA por la potencia de la Unión Soviética, traduce como mínimo un análisis incompleto si no completamente incorrecto.”

Sin embargo, afirmar:

“Hay que añadir que esta reconstrucción fue posible gracias a la traición al ascenso revolucionario de 1943 a 1948 en Europa del Oeste, traición de los partidos estalinistas y socialdemócratas.”

Es justo pero incompleto. Es justo pues esta *“traición impidió un alcance victorioso de la revolución socialista en esta región”*. (Y no el bajo nivel de la conciencia de clase del proletariado). Es incompleto pues, para poder contener al proletariado hizo falta la acción política de la burocracia del Kremlin, de los PC y de los PS, de las burocracias sindicales y la ayuda económica de los USA. Por miedo a la revolución proletaria en Europa, el imperialismo estadounidense volvió a poner en pie a las burguesías europeas y a su economía. La fuerza del proletariado, la recurrente amenaza de la revolución, protegió a la clase obrera, como clase, de una profunda degradación. Ha sido el proletariado, sus luchas, quien arrancó reformas sociales y concesiones, las que, a su vez, lo han reforzado social y políticamente.

Pero esas reformas sociales, esas concesiones, arrancadas al capital, le devienen a éste cada vez más insoportables a medida que la crisis crónica del sistema imperialista tiende a convertirse en una crisis aguda, amenazando con dislocar las relaciones económicas y todas las relaciones burguesas. Francia, desde hace casi dos décadas, ha sido un lugar privilegiado para las tentativas de la burguesía y de su estado para reducir y destruir las conquistas anteriores de la clase obrera, de las masas explotadas, de la juventud, y ello en todos los dominios, sanidad, Seguridad Social, educación, formación profesional, etc.

La lucha de clases a principio de los años 1960

Retomemos la parte que concluye la Tesis 7 citada más arriba. El principio de los años 1960 estuvo muy marcado por un cierto reflujo del proletariado en Europa, consecutivo al aplastamiento de la revolución húngara de los consejos y a la llegada al poder del general De Gaulle en Francia. De Gaulle intentó domesticar al proletariado francés, integrar a los sindicatos en el estado. Su objetivo final era constituir el estado corporativo, destruir, por tanto, las organizaciones obreras.

En Alemania, en Inglaterra y en otros lugares de Europa, el triunfo de esta política fue descontado. Hubiese permitido a la burguesía de esos países de Europa

entablar la misma batalla contra el proletariado de sus países. Los proyectos no faltaron. El imperialismo estadounidense, a principio de los años sesenta, fomentó en América Latina, África e Indonesia, numerosos golpes de estado que llevaron a veces a terribles y sangrientas purgas, como en Indonesia. Aumentado sin cesar su intervención contrarrevolucionaria en Vietnam, desplegó allí una parte de su potencia militar. Los 500.000 hombres que envió a Vietnam eran la vanguardia de una eventual guerra contrarrevolucionaria contra China, de la que la del Vietnam habría sido el preludio. El cerco económico, político y militar de China prosiguió y la burocracia del Kremlin aportó su plena ayuda al imperialismo USA: ruptura de la ayuda económica, denuncia del belicismo de China, apoyo a India durante la guerra entre ésta y China, ruido de armas en las fronteras chinas. Durante algunos años, el curso de la lucha de clases mundial pareció incierto. Sin embargo, las relaciones entre las clases no discurrían en un único sentido.

El proletariado, las masas oprimidas, apoyadas en sus adquisiciones, combatían. En América Latina, la revolución cubana lanzaba los primeros golpes potentes sobre el imperialismo estadounidense, sobre el continente americano. En diciembre de 1960 y enero de 1961 se producía la huelga general belga. Planteaba la cuestión del poder. En marzo-abril de 1963, los mineros franceses imponían a los dirigentes una huelga general de cinco semanas e infligían a De Gaulle una primera y dura derrota política respondiendo con un no a su orden de movilización; De Gaulle quiso una prueba de fuera, para descargar un golpe aplastante sobre el proletariado francés, y la perdió. En 1964, potentes movimientos huelguísticos se desarrollaban en Alemania del Oeste. En Grecia, se urdía una situación revolucionaria. En España, la clase obrera retomaba el combate. Pronto la burguesía tuvo que recurrir a la socialdemocracia para gobernar en Alemania y en Inglaterra el Labour Party volvía al poder. El pueblo vietnamita resistía heroicamente (mostrando una resolución y espíritu de sacrificio que solo puede dar una guerra revolucionaria) a la invasión y al desencadenamiento de la fuerza militar del imperialismo USA. La clase obrera estadounidense no aceptaba correr con los gastos de una guerra ajena.

Parecía que en la URSS y en Europa del Este el aplastamiento de la revolución húngara había restablecido sobre sólidas bases el orden burocrático. No era más que una apariencia. Las contradicciones económicas crecientes, la caída de Kruschev, daban testimonio de una crisis profunda e irresoluble de la burocracia del Kremlin y de las burocracias satélites, cuyo origen era la resistencia de las masas, aunque solo fuera pasiva. En China, la burocracia se desgarraba, el ala de Mao llamaba a una movilización controlada, limitada, deformada, de las masas. La revolución política se perfilaba tras la revolución cultural, poniendo en riesgo de desbordamiento y ahogamiento a la burocracia china, incluyendo al ala maoísta.

El último párrafo de la tesis 7 es una extraña mezcla. Se puede leer: el *“crecimiento de las fuerzas productivas, implicando un crecimiento del número, nivel y calificaciones del proletariado”*. ¿No es más que un punto de vista tomado prestado de los sociólogos pequeño burgueses y burgueses?

El número de asalariados ha crecido; esto no coincide necesariamente con el crecimiento del número de trabajadores productivos ni de su calificación. El enorme crecimiento del proletariado en la URSS, Europa del Este, China, el imponente desarrollo del nivel cultural, refuerzan tanto en número como en cultura al proletariado mundial. En cuanto a los proletarios de los países capitalistas, lo que aumenta su peso son las posiciones sociales y políticas que ocupan. El refuerzo, la desigual potencia hasta ese momento del proletariado mundial no deben nada a una especie de

regeneración que se deduciría de una nueva juventud del capitalismo, que le habría permitido desarrollar de nuevos las fuerzas productivas.

El camarada Ernest Mandel habla de “*una profundización de la crisis de las relaciones de producción capitalistas*”. Si no se trata de una simple frase de estilo, hay que convenir que la profundización de la crisis de las relaciones de producción capitalistas es la consecuencia de su parasitismo, de su putrefacción, lo que no concuerda con la oración “*crecimiento de las fuerzas productivas*”.

El camarada Ernest Mandel utiliza otras fórmulas como ésta: “*una toma de conciencia acrecida de esta crisis por parte del proletariado, con tentativas instintivas o semiconscientes de introducir la confiscación de los medios de producción en el desarrollo de las luchas*”.

Bien, pero toda lucha de clases del proletariado, desde el momento en que toma un carácter revolucionario, ¿no plantea la cuestión del poder político, del gobierno, del estado, de su naturaleza social?

El *Programa de Transición* ¿no expresa conscientemente ese movimiento inconsciente, intuitivo, semiconsciente del proletariado? ¿No es la expresión más elevada de la necesidad de la “*toma de los medios de producción*”? Una vez más, la expropiación del capital depende de la toma del poder político por el proletariado. El programa de fundación de la IV Internacional, “*la agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional*”, especifica que todas las reivindicaciones e iniciativas de las masas convergen hacia un mismo punto: la toma del poder político. El camarada Ernest Mandel omite referirse a ese punto, a la cuestión del poder. ¿Con qué rasero mide la “*conciencia de clase del proletariado*”?

Así, durante los años 1960,

“... reapareció [...] una nueva generación de revolucionarios proletarios [...] La envergadura de esta vanguardia es el resultado combinado de procesos sociales fundamentales en los países imperialistas (crecimiento de las fuerzas productivas que implica un crecimiento del número, nivel cultural y cualificaciones del proletariado; una profundización de la crisis de las relaciones de producción capitalista; una toma de conciencia acrecida de esta crisis por parte del proletariado, con tentativas instintivas o semiconscientes de introducir la confiscación de los medios de producción en el desarrollo de las luchas), efectos subjetivos consecutivos a las revoluciones cubana y vietnamita y de la intensificación de la crisis internacional del estalinismo”

Sabemos que las nuevas generaciones juegan siempre un papel determinante en los momentos en que se prepara un período revolucionario. El *Programa de Transición* lo dice expresamente:

“Cuando un programa o una organización se aviejan, también envejece con ellos la generación que les sirvió de soporte. Son los jóvenes, libres de responsabilidades por el pasado, quienes se encargan de regenera al movimiento. La IV Internacional dedica especial atención a la joven generación proletaria. Toda su política se dirige a hacer que los jóvenes confíen en sus propias fuerzas y en el futuro. Tan sólo el fresco entusiasmo y el espíritu agresivo de la juventud pueden garantizar los primeros éxitos en el combate; y sólo esos éxitos pueden volver a atraer a los mejores elementos de la generación madura al camino de la revolución. Así ha sido siempre y así será.” (Trotsky, *Programa de Transición*, Akal, Madrid, 1977, página 58; http://www.marxistarkiv.se/espanol/clasicos/trotsky/programa_de_transicion.pdf

)

¿Esta vanguardia no se desgajaría en razón de los desarrollos anteriores de la lucha de clases que, desde 1953, puso conjuntamente al orden del día las revoluciones social y política? ¿No es un reflejo en el plano político de la respuesta que el proletariado se esfuerza en dar, más o menos inconscientemente, semiinconscientemente, a la crisis conjunta del imperialismo y la burocracia del Kremlin? Así, esta vanguardia tomaría su lugar en la lucha de clases y podría ser verdaderamente una vanguardia que jugase ese papel en el proceso de la revolución mundial. Las fórmulas evasivas: “*procesos sociales fundamentales en los países imperialistas, crisis internacional del estalinismo*”, de la que ni define los fundamentos ni en qué consiste, no permiten concluir. Por el contrario, de la que hace referencia al “*crecimiento de las fuerzas productivas, implicando un crecimiento del número, nivel y calificaciones del proletariado*” de los países capitalistas, por ausencia de referencia a ese punto, a la cuestión del poder político, se podría deducir que se trata de otra cosa.

Los soviets, los consejos obreros

Después de haber repetido al comienzo de la tesis 9 sensiblemente la misma cosa, el camarada Ernest Mandel nos libra a uno de sus profundos pensamientos:

“La combinación de esos factores, estimulados por el refuerzo de la vanguardia revolucionaria, confirió a las luchas obreras una impetuosidad antiburocrática y anticapitalista acrecida, cuya fuente material proviene de la *necesidad objetiva* y de la *capacidad del proletariado para centralizar democráticamente (es decir para planificar) la autogestión de la sociedad y de la economía*. Por esta razón fundamental, la próxima oleada de la revolución socialista se desarrollará con un nivel cuantitativamente superior de la fuerza y de la conciencia del proletariado al de durante la oleada de 1917-1923, sin comparar con la que siguió a la Segunda Guerra Mundial.”

(de la que Mandel ya ha dicho que fue cualitativamente inferior a la de los años 1917-1918). No es poca cosa. Pero ¿qué significa “*centralizar democráticamente (es decir planificar) la autogestión de la sociedad y la economía*.”? Hasta ahora los marxistas escribían, decían, que el proletariado, cuando toma el poder y expropia al capital, gestiona la sociedad y la economía. ¿Es un superlativo pero que, en el fondo, vendría a decir la misma cosa? Ciertamente no. Es alguna cosa nueva y fundamentalmente nueva pues de ella se deduce “*una necesidad objetiva*”, y que “*por esta razón fundamental, la próxima oleada de la revolución se desarrolla a nivel cualitativamente superior de la fuerza y conciencia de la clase del proletariado que durante la oleada de 1917-1923.*” Busquemos de qué se trata.

El camarada Ernest Mandel consagra sus tesis 10, 11, 12, 13, 14 y 15: a afirmar la necesidad de los soviets, de los consejos obreros, primero en tanto que embriones del poder proletario, organismos de doble poder, la exigencia de su funcionamiento democrático antes, durante y después de la toma del poder, a la necesidad que incluyan a las organizaciones sindicales y políticas de masas, a la de la pluralidad de partidos. Estas partes de las tesis plantean abundantemente la cuestión del estado obrero, de la destrucción del estado burgués, de la dictadura del proletariado. El camarada Ernest Mandel da muestras de tan gran voluntad democrática que escribe:

“Toda alternativa, toda variante del sistema de partido único, ya se trate de la más moderada como de la que estuvo vigente entre 1921 y 1923 en la Unión Soviética, alimenta inevitablemente la pasividad en aumento de las masas como, también, una gran restricción de la democracia obrera (hasta en el interior mismo del partido revolucionario), y provoca un recurso acrecido a la dirección

y norma administrativas, en otras palabras, el crecimiento de la burocracia y de su poder. (Esto no quiere decir que el sistema de partido único en el período 1921-1923 en la Unión Soviética fuera la causa fundamental de la pasividad de los trabajadores. Esta pasividad era el resultado ante todo de sacrificios y esfuerzos enormes consentidos por el proletariado durante la guerra civil. Pero se vio acentuada y mantenida por la incapacidad para volver a la democracia soviética a continuación.)”

Esa no fue la “*causa fundamental*” pero una causa de todos modos: dejemos al camarada Ernest Mandel la responsabilidad de esta opinión.

De todas formas esto no es nuevo. Los soviets aparecieron por primera vez en 1905 en Rusia. Surgieron de nuevo en 1917. Los consejos obreros surgieron en 1918 en Alemania. Durante todas las grandes explosiones revolucionarias entre 1917 y 1938, surgieron los soviets, los consejos obreros, bajo una u otra forma, de manera más o menos desarrollada, de la URSS de 1917 a la España de 1936. Durante la oleada revolucionaria de posguerra, las formas soviéticas que surgieron fueron mucho más embrionarias, aunque existiesen. A partir de 1953, resurgieron en Alemania del Este, en Polonia en 1956 y, sobretodo, con una formidable amplitud en Hungría durante la revolución de los consejos. Durante la huelga y movimientos de los obreros de los astilleros polacos del Báltico en 1970-1971 surgió y dirigió el combate una verdadera organización centralizada de los consejos obreros, y en numerosas empresas de Polonia se formaron igualmente consejos obreros. Así, no por azar, en los países en los que el capital ha sido expropiado, desde que las masas vuelven a lanzarse abiertamente al combate contra las burocracias parasitarias, la tendencia es al surgimiento de formas de organización de tipo soviético. Las formas soviéticas más o menos netamente desarrolladas han aparecido durante estos últimos años: en Bolivia bajo la forma de la Asamblea Popular, en Chile bajo la de los cordones, en Portugal bajo la de comisiones obreras elegidas y hasta en Irán para resistir al ejército jordano. Es una confirmación de lo que Lenin escribía en las primeras líneas de *La enfermedad infantil del comunismo*:

“Pero en este momento histórico se trata precisamente de que el ejemplo ruso muestra *a todos* los países algo, y algo muy sustancial, de su futuro próximo e inevitable. Los obreros avanzados de todos los países hace ya tiempo que lo han comprendido y, más que comprenderlo, lo han percibido, lo han sentido con su instinto revolucionario de clase. De aquí la significación internacional (en el sentido estrecho de la palabra) del Poder soviético y de los fundamentos de la teoría y de la táctica bolchevique.” (Lenin, *La enfermedad infantil del ‘izquierdismo’ en el comunismo*, en *Obras Escogidas*, en tres volúmenes, Volumen 3, página 351; <http://www.marx2mao.com/M2M%28SP%29/Lenin%28SP%29/LWC20s.html>)

En este sentido, el camarada Ernest Mandel tiene toda la razón en insistir sobre la importancia de los soviets, de los consejos obreros, de la democracia obrera. Sin embargo, una vez más aún, no hay nada de nuevo, el programa de fundación de la IV Internacional insiste sobre este punto en numerosas partes. Solo puede concluirse que la omisión del final de la tesis 7, en cuanto a la necesidad de la toma del poder, está pensada. Esto no es cierto y la claridad no siempre está presente en cuanto al sentido y contenido de la parte de la tesis 9 citada más arriba. ¿Qué hay de fundamentalmente nuevo que justifique, concrete, lo que está escrito?

Parlamentarismo, soviets, independencia de clase del proletariado

Puede que sea, sin embargo, posible discernirlo. El camarada Ernest Mandel escribe en un rodeo de una tesis:

“... Las ilusiones reformistas o semireformistas de amplias masas trabajadoras, en otras palabras: la identificación ampliamente expandida de sus propias libertades democráticas con las instituciones del estado burgués democrático. Cuanto más tiempo tarde en romperse esta identificación (las tentativas burguesas para superar el debilitamiento cualitativo del aparato de estado represivo, que son una característica de los principios de toda crisis revolucionaria, por una campaña de restauración de la integridad de las instituciones del estado burgués bajo la máscara de la voluntad popular y del respeto al sufragio universal), más tiempo serán acogidas con éxito por la mayoría de los trabajadores. Y uno de los elementos esenciales para entender esta identificación es que los *mismos* trabajadores *hagan la experiencia* de formas superiores de libertad democrática en una gran escala.” (Tesis 11).

He aquí una curiosa forma de proceder. Que la democracia soviética sea superior desde el punto de vista de la democracia del parlamentarismo burgués, que la democracia proletaria sea cuantitativamente diferente de la democracia burguesa más avanzada y que la una no sea la simple prolongación de la otra es evidente, y no parece merecer discusión por parte de los marxistas.

Pero no existe una competencia democrática entre la forma democrática del estado burgués y la democracia soviética. La forma de dominación parlamentaria democrática se ha correspondido con una etapa política determinada del desarrollo capitalista.

Hoy en día está históricamente superada, en quiebra. Es una de las manifestaciones de la putrefacción del modo de producción capitalista. Solo el proletariado puede tomar a su cargo la defensa de las libertades democráticas, como de todas las otras reivindicaciones y exigencias progresivas. Pero como el ave fénix renace de sus cenizas, una forma parlamentaria democrática puede resurgir en el momento en que estalla la crisis revolucionaria en un país. La potencia del proletariado, sus relaciones entre las clases, pueden obligar a la burguesía a recurrir a ella. Puede prolongarse allí dónde la potencia de la clase obrera impide cuestionarla, o también allí donde las tradiciones nacionales se prolongan más allá de su plazo histórico. Al principio de este texto, se ha hecho una citación de un artículo de Trotsky, cita que sitúa las condiciones del estallido de la revolución proletaria. Pero también nos podemos referir a Lenin:

“A un marxista no le cabe duda de que la revolución es imposible sin una situación revolucionaria; además, no toda situación revolucionaria desemboca en una revolución. ¿Cuales son, en términos generales, los síntomas distintivos de una situación revolucionaria? Seguramente no incurrimos en error si señalamos estos tres síntomas principales: 1) La imposibilidad para las clases dominantes de mantener inmutable su dominación; tal o cual crisis de las alturas, una crisis en la política de la clase dominante que abre una grieta por la que irrumpen el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que estalle la revolución no suele bastar con que los de abajo no quieran, sino que hace falta, además, que los de arriba no puedan seguir viviendo como hasta entonces. 2) Una agravación, fuera de lo común, de la miseria y de los sufrimientos de las clases oprimidas. 3) Una intensificación considerable, por estas causas, de la actividad de las masas, que en tiempos de paz se dejan expoliar tranquilamente, pero que en épocas turbulentas son empujadas, tanto por toda la situación de

crisis, *como por los mismos “de arriba”*, a una acción histórica independiente. Sin estos cambios objetivos, no solo independientes de la voluntad de los distintos grupos y partidos, sino también de la voluntad de las diferentes clases, la revolución es, por regla general, imposible. El conjunto de estos cambios objetivos es precisamente lo que se denomina situación revolucionaria.” (Lenin, *La bancarrota de la II Internacional*, en *Obras Escogidas* en 12 volúmenes, volumen V, página 226; <http://marxists.org/espanol/lenin/obras/oe12/lenin-obrasescogidas05-12.pdf>)

Sin crisis política del sistema de dominación de clase de la burguesía, no hay crisis revolucionaria posible, lo que significa que allí donde la forma de dominación de clase de la burguesía es el parlamentarismo democrático burgués, éste ya no es adecuado para esta dominación de clase.

En realidad, las libertades democráticas, incluso limitadas y aplicadas en el marco de una democracia parlamentaria, le son cuestionadas al proletariado y a las masas explotadas porque la burguesía se ve obligada a atacar las condiciones de existencia de las masas y éstas rechazan el ataque. La acción política para preparar a las masas para la toma del poder debe desarrollarse en todos los terrenos, incluyendo el parlamentario. La quiebra del parlamentarismo debe demostrarse igualmente en el terreno del parlamentarismo. Los ejemplos en que esta necesidad se hace notar son innumerables, desde la revolución alemana de 1918 hasta la revolución portuguesa de 1974. En 1919, los izquierdistas contribuyeron a la derrota de la revolución alemana oponiéndose, en nombre de los consejos, a la elección de la Asamblea Nacional. Los artículos de Rosa Luxemburg que plantean la cuestión *Asamblea Nacional o Consejos Obreros* se encuentran entre los más clarificadores en lo que concierne a las relaciones entre el parlamentarismo burgués, la utilización contrarrevolucionaria que se puede hacer de él y los consejos obreros. Sin embargo, Rosa Luxemburg estaba a favor de la participación en las elecciones a la Asamblea Nacional en 1919. Otro ejemplo demostrativo muy reciente, Portugal: los marxistas no plantearon la consigna de Constituyente, pero en la Constituyente, los partidos obreros (el PSP y el PCP) disponían de la mayoría absoluta; oponer la Asamblea Constituyente a las comisiones obreras elegidas, a las formas presoviéticas que existían de forma embrionaria era una aberración política, y un obstáculo levantado contra el desarrollo y la centralización de las formas presoviéticas.

El camarada Ernest Mandel no establece netamente el punto del que deben partir los militantes y organizaciones que se reclaman de la IV Internacional. De ello resulta mucha confusión. El punto de partida debe ser: la independencia y unidad de clase del proletariado. El parlamento burgués puede ser muy bien el terreno de la colaboración de clases como, también, el lugar en que se expresa la ruptura de los partidos obreros y de las organizaciones y partidos burgueses. Inversamente, las formas soviéticas no tienen virtudes mágicas que evitarían que sean utilizadas en beneficio de una política de subordinación del proletariado a la burguesía. A las tesis del camarada Ernest Mandel les falta ni más ni menos que lo esencial: la política que pueda llevar al proletariado a la conquista del poder político partiendo de la lucha, en todos los terrenos políticos, de clase contra clase. En verdad, la prolijidad de las tesis en lo que concierne a los soviets, la democracia soviética, etc., niega el punto esencial: el del *Programa de Transición* que lleva al proletariado a la toma del poder político; la cuestión decisiva del combate por el gobierno obrero y campesino. Todas las enseñanzas de Lenin y Trotsky, que no eran nada más que la expresión consciente del movimiento del proletariado dirigiéndose hacia la toma del poder, desaparecen. En este sentido, es obligado constatar que, a pesar de la apariencia, el camarada Ernest Mandel no plantea en seis tesis sucesivas la

cuestión de la lucha por el poder político del proletariado como tampoco lo hace en la parte citada de la tesis 9. Escribir:

“Al integrar la liberación económica y el poder de decisión de los trabajadores, la democracia proletaria posee un contenido y calidad diferentes de las formas fundamentalmente diferentes de la democracia burguesa.”

No sirve de gran cosa. Nos hace falta saber cómo utilizar la democracia burguesa para llegar al poder de la clase obrera, al gobierno obrero y campesino, a la dictadura del proletariado, a la democracia obrera, cuando aquella resurge, renace o permanece. Hay que ser más concreto aún. En los primeros estadios de la crisis revolucionaria, la gran masa del proletariado, de la juventud, de las masas explotadas, se gira hacia los partidos tradicionales, socialdemócratas y estalinistas. Les encarga realizar sus aspiraciones, satisfacer sus reivindicaciones, sus necesidades, utilizando a la vez todos los canales de la democracia burguesa, cuando ésta existe o renace, y constituyendo eventualmente organismos de carácter soviético o presoviético. Los partidos obreros tradicionales utilizan tan bien la cobertura parlamentaria como el marco de los organismos de tipos soviético para practicar una política de defensa del estado y el orden burgués. Muy a menudo esta política lleva un nombre: frente popular. Algunas veces llega hasta la participación en gobiernos junto a no solamente organizaciones y partidos burgueses sino de esa esencia del estado burgués que es el cuerpo de oficiales, en Portugal por ejemplo. ¿Hay que denunciar el parlamentarismo burgués, en sí, abstractamente, o utilizar todo aquello que permita, en la situación política concreta, dirigir a los partidos socialdemócratas y estalinistas la reivindicación que procede del movimiento de las masas: romped con la burguesía, formad un gobierno de los partidos obreros, sin ministros representantes de las organizaciones y partidos burgueses, apoyaos en el proletariado, en las masas explotadas? ¿No es así como se puede denunciar al parlamentarismo burgués e impulsar potentemente el desarrollo de formas soviéticas y su centralización? Como mínimo, las circunstancias pueden permitir a veces utilizar a una mayoría parlamentaria de los partidos obreros en provecho de esta política. Así, en Portugal, el PSP y el PCP tenían la mayoría parlamentaria absoluta; ¿había que plantear la consigna de gobierno PCP-PSP responsable ante la Constituyente y dar, así, una perspectiva gubernamental, precisa a las masas y servirse de este modo de una palanca en vistas a desarrollar y centralizar los organismos de carácter soviético y presoviético? ¿O había que oponer formalmente los soviets a la Constituyente y reclamar su disolución? La política de defensa de la burguesía, de defensa del estado, exigía que las organizaciones y partidos que los defiendían (partidos burgueses pero también PSP, PCP, izquierdistas, MFA) no respetasen la voluntad de las masas expresada por la vía de elecciones de tipo parlamentario, que despojasen de todo poder a la Asamblea Constituyente. Así llevarían adelante el combate contra las masas, contra su organización sobre su propio plan de clases.

El camarada Ernest Mandel piensa que el

“nuevo ascenso del proletariado europeo, que maduró desde 1968, y que se desarrolla plenamente ahora en la península ibérica se extiende al menos a Italia y Francia.”

Admitamos. Pero en los cuatro países en cuestión, Portugal, España, Italia y Francia, existen relaciones políticas concretas. Hay que discutir sobre ellas, y mucho más si se piensa que es en esos países donde la revolución ha estallado o va a estallar rápidamente, que son, en cierta medida, los lugares privilegiados de la revolución mundial en el momento actual.

La situación en Portugal acaba de ser mencionada. En lo que concierne a España, Italia y Francia, actualmente los partidos socialdemócratas y estalinistas cierran el paso

a la revolución proletaria practicando una política precisa de subordinación de la clase obrera al orden político burgués actual. Preparan, caso de crisis revolucionaria, el frente popular, la formación de gobiernos de frente popular.

En Francia, la “Unión de la Izquierda”, sin límites a la derecha, prefigura el frente popular. Anuncia lo que será la política de los partidos socialdemócratas y estalinistas en España e Italia cuando se hundan las formas políticas burguesas actuales. Más generalmente, la política de los frentes populares y los gobiernos del mismo nombre son, como está escrito en el *Programa de Transición*, el último recurso de la burguesía junto al fascismo.

Es una cuestión que concierne a la política revolucionaria a escala internacional. ¿Qué política oponerle? ¿Generalidades sobre los soviets?

¿Por qué, ya que se está en ello, no utilizar la consigna “soviets en todas partes”, “el poder para un gobierno de los soviets”, a la forma en que los estalinistas las utilizaban hacia 1930? En las tesis sobre la “revolución mundial”, no puede uno engañarse ni a propósito de los frentes populares ni sobre la política que hay que oponerles. La única política consistente es la que opone al frente popular (y a sus derivados) el frente único de clase, un programa concreto de reivindicaciones económicas, sociales y políticas; la exigencia de la ruptura de los partidos obreros con los partidos burgueses; un gobierno de los partidos obreros sin ministros de las organizaciones y partidos burgueses; hacia el gobierno obrero y campesino. No sólo una mayoría parlamentaria de los partidos obreros, que es una posibilidad para mañana en España, Italia y Francia, no entorpece esa política sino que la refuerza, y los trotskistas deben estar a favor, sin subordinar su política a la obtención de semejantes mayorías parlamentarias. Es la vía para que se constituyan y centralicen organismos de tipo soviético, para que gobiernos soviéticos tomen el poder. Pues, al fin y al cabo, ¿qué son los soviets?: la organización permanente del frente único obrero. La superioridad y necesidad de los soviets, de los consejos obreros, se impone a las masas a partir de las tareas políticas que la revolución impone y que aquellas tienen que realizar, y no comparando abstractamente las virtudes del parlamentarismo, de la democracia burguesa, y la del sistema soviético. Parlamento y ejecutivo del proletariado, organismos de la democracia obrera, los soviets son considerados indispensables por las masas porque les son indispensables para realizar sus tareas políticas.

Toma del poder, centralismo o “autogestión”

El camarada Ernest Mandel no hace ninguna referencia a esta política. Entonces, ¿de qué habla cuando escribe:

“que los trabajadores hagan ellos mismos la experiencia de formas superiores de libertades democráticas a gran escala”?

¿No se tratará de “experiencias ejemplares del género Lip, queridas en Francia por la CFDT y del PSU, de la gestión “ejemplar” de tales o tales otras empresas; en alguna medida de “contra-sociedades” en el seno de la sociedad burguesa, tan queridas a los izquierdistas y utopistas? Más adelante puede leerse:

“Aquellos que extiende y “perfecciona” realmente la democracia de los consejos obreros, son los “hogares de democracia proletaria en el seno de la democracia burguesa”, en el seno de la cual la clase obrera opone su actividad y sus organizaciones propias a los órganos de estado de la democracia burguesa.”
(Tesis 11)

He aquí una gran equivocación. El “*desarrollo de las fuerzas productivas*”, el alto nivel “*cultural y de calificación*” que el proletariado habría alcanzado, ¿abrirían

vías completamente nuevas a la revolución? ¿No se tratará de esas famosas “reivindicaciones cualitativas” opuestas a las “reivindicaciones cuantitativas” de donde se desgajarían “un nivel de fuerza y de conciencia de clase del proletariado cuantitativamente superiores a las de la oleada de 1917-1923”? La referencia a la “autogestión” se deja suponer

Estos sofismas, contribución de la CFDT, del PSU, del ala izquierda de la jerarquía católica que lleva a Cristo a la izquierda, a la “emancipación del proletariado”, son radicalmente opuestos al método del programa de fundación de la IV Internacional. A este propósito, el *Programa de Transición* es de una claridad remarcable:

“A partir del momento de la aparición del comité de fábrica, se establece de hecho una dualidad de poder. Por su esencia ella tiene algo de transitorio porque encierra en sí dos regímenes inconciliables: el régimen capitalista y el régimen proletario.” (Trotsky, *Programa de Transición*, Akal, Madrid, 1977, página 21; <http://www.marxists.org/espanol/trotsky/1938/prog-trans.htm>)

Como todas las reivindicaciones del *Programa de Transición*, el control obrero lleva rápidamente a una sola y misma conclusión: la necesidad de tomar el poder político.

¿Qué quieren decir al respecto estos extractos de la Tesis 15?

“Toda tentativa para reemplazar la autogestión obrera de la economía y la sociedad por el poder central de un partido único conduce, ineluctablemente, a dos males de la centralización burocrática o del “socialismo de mercado” que llevan, a su vez, al máximo atolladero, a la ineficacia, al desorden y a la supervivencia de hábitos y motivaciones que tienen su origen en la sociedad burguesa. Solo la autogestión planificada, es decir el poder de los soviets, puede asegurar un crecimiento óptimo y el proyecto leninista de la dictadura del proletariado en tanto que “estado que comienza a extinguirse desde su origen”

De nuevo una extraña mezcla. “*El poder central de un partido único*” oculta el verdadero problema: partido único o no, ¿es necesario que el poder del proletariado se centralice? La “autogestión” de cada fábrica, de cada rama de la economía, significa la dislocación de la planificación. Por otra parte, es obligatoriamente antidemocrática. Librados a su empresa, a una rama de la producción, los trabajadores son objeto de fuerzas ciegas que no pueden dominar, que los dominan y aplastan. Solo la detentación del poder político y su ejercicio central les permitirán dominar la “*gestión de la sociedad y de la economía*”. Entonces, pero solo entonces, las masas proletarias pueden controlar la elaboración y aplicación a nivel de su empresa, de sus ramas respectivas de producción. Esto no es una simpleza: las exigencias generales de la sociedad y la economía entran muy a menudo en contradicción con los intereses particulares de tal o tal otro grupo social, de tal o tal otro sector de la sociedad, incluyendo a sectores proletarios; la planificación no excluye el juego de las leyes del mercado sino que exige su utilización conjuntamente con el plan: las normas burguesas de reparto seguirán durante mucho tiempo en vigor antes de morir por sí mismas. La “autogestión” liberaría todas esas contradicciones dislocantes. La defensa de los intereses de los trabajadores, de tales o tales otras categorías, de tales o tales sectores, incluso contra el estado obrero, exige la independencia de los sindicatos. A la inversa, la planificación del conjunto de la economía, la posibilidad de utilizar las leyes que se manifiestan en el mercado, las normas de reparto burguesas, exigen un poder político de decisión centralizado. A este propósito, cuando escribía *El estado y la revolución*, Lenin atacaba violentamente a Kautsky con estas palabras:

“El oportunista se ha desacostumbrado hasta tal punto de pensar en revolucionario y de reflexionar acerca de la revolución, que atribuye a Marx el

“federalismo”, confundiéndole con el fundador del anarquismo, Proudhon. Y Kautsky y Plejánov, que quieren pasar por marxistas ortodoxos y defender la doctrina del marxismo revolucionario, ¡guardan silencio acerca de esto! Nos encontramos aquí con una de las raíces de ese extraordinario bastardeamiento de las ideas acerca de la diferencia entre marxismo y anarquismo, que es característico tanto de los kautskianos como de los oportunistas y del que habremos de hablar todavía más. En los citados pasajes de Marx sobre la experiencia de la Comuna, no hay ni rastro de federalismo. Marx coincide con Proudhon precisamente en algo que no ve el oportunista Bernstein. Marx discrepa de Proudhon precisamente en aquello en que Bernstein ve una afinidad.

Marx coincide con Proudhon en que ambos abogan por la “destrucción” de la máquina moderna del Estado. Esta coincidencia del marxismo con el anarquismo (tanto con el de Proudhon como con el de Bakunin) no quieren verla ni los oportunistas ni los kautskianos, pues ambos han desertado del marxismo en este punto. Marx discrepa de Proudhon y de Bakunin precisamente en la cuestión del federalismo (para no hablar siquiera de la dictadura del proletariado). El federalismo es una derivación de principio de las concepciones pequeño burguesas del anarquismo.

Marx es centralista. En los pasajes suyos citados más arriba, no se contiene la menor desviación del centralismo. ¡Sólo quienes se hallen poseídos de la “fe supersticiosa” del filisteo en el Estado pueden confundir la destrucción de la máquina del Estado burgués con la destrucción del centralismo!

Y bien, si el proletariado y los campesinos pobres toman en sus manos el Poder del Estado, se organizan de un modo absolutamente libre en comunas y unifican la acción de todas las comunas para dirigir los golpes contra el capital, para aplastar la resistencia de los capitalistas, para entregar a toda la nación, a toda la sociedad, la propiedad privada sobre los ferrocarriles, las fábricas, la tierra, etc., ¿acaso esto no será el centralismo? ¿Acaso esto no será el más consecuente centralismo democrático, y además un centralismo proletario?” (Lenin, *El estado y la revolución*, en *Obras escogidas* en 3 volúmenes, volumen 2, Moscú, 1970, página 335; <http://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/estyrev/hoja4.htm>)

Los soviets, los consejos obreros, nacionalmente centralizados, organizan al proletariado como clase, a sus diferentes componentes y expresiones políticas. Por mediación de sus partidos, el proletariado detenta y perfecciona el poder político, los soviets son el parlamento y el ejecutivo del poder proletariado. La “autogestión”, inspirada en Proudhon, le hace abandonar al proletariado la figura por la sombra, lo desase del poder político, lo disloca y divide contra sí mismo.

Poder político, poder económico del proletariado

El camarada Ernest Mandel inventa fórmulas cabalísticas a fin de maridar el fuego y el agua, de seducir al diablo y manejarlo a su antojo. La “*autogestión obrera de la sociedad y la economía*”: o es una fórmula vacía o es una adhesión camuflada a la tesis de los izquierdistas, de la CFDT, del PSU pescadas en las aguas del anarquismo, del proudhonismo. Un pequeño miembro de frase de la tesis 16 es muy inquietante:

“[...] el sistema yugoslavo de “autogestión”, híbrido, imperfecto pero, sin embargo, más progresista”.

La marca de progresista se le da, así, a la “autogestión” en Yugoslavia. Jamás, en Yugoslavia, el proletariado como tal ni ha tomado ni ejercido el poder. ¿Y qué

ejemplo más fulgurante existe de de la dislocación de la clase obrera, de su retroceso, que el de la “autogestión” yugoslava? La “autogestión” ha dado un pujante impulso al desarrollo de las desigualdades sociales y nacionales. Ha cuestionado la planificación. Una vez más, el ejemplo yugoslavo demuestra que la detención del poder político es esencial para que las masas gestionen la sociedad y la economía.

La “autogestión” ha sido uno de los medios utilizados para cerrarle a las masas la vía de la lucha por el poder político. En un país que no cuenta más que algunos millones de habitantes, la autogestión ha ocasionado más de un millón de parados. Más de 500.000 de ellos han debido expatriarse para encontrar trabajo. El capital ha sido expropiado en Yugoslavia, y sin embargo ese país exporta y vende la fuerza de trabajo de la misma manera que los países atrasados sometidos al imperialismo. Milagro de la “autogestión”. Este miembro de la frase es aún más peligros cuando uno recuerda que en Hungría y Polonia, en 1956, los consejos obreros fueron relegados a tareas de “autogestión” de las empresas y que, con esta excusa, les fue prohibido el acceso al poder y el ejercicio de la acción política. Este fue el primer acto de su liquidación. Al mismo tiempo, estamos en el centro de los problemas de la revolución política contra la burocracia, problemas que se ligan a los de la revolución social contra la burguesía.

La fuerza de las burocracias parasitarias y contrarrevolucionarias proviene del monopolio del poder político. Mantener ese monopolio es una condición absoluta de su permanencia en el poder, permanencia de la que dependen sus privilegios sociales. La teoría demuestra (y la experiencia lo corrobora) que llevar la lucha contra la burocracia del Kremlin significa defender las libertades políticas, la libertad en el arte, literatura, ciencias, en todos los dominios de la actividad humana. Toda la actividad de defensa de las burocracias parasitarias descansa en la dislocación y desintegración política del proletariado como clase. La cuestión directa, inmediata (de la que todo dependen en la URSS, en Europa del Este y en China) es el poder político (¿quién tiene el poder, quién dirige el estado?). El no-sentido de la “autogestión” desvía a las masas de este combate, la lucha contra la burocracia. No tiene nada que ver con el control obrero sobre la producción, sobre la elaboración y realización del plan, pero intenta limitar la mirada de los trabajadores al horizonte limitado de sus empresas, en el mejor de los casos al de sus ramas de producción.

“La elaboración de un plan económico, así sea el más elemental, desde el punto de vista de los intereses de los trabajadores y no de los explotadores, es inconcebible sin control obrero, sin que la mirada de los obreros penetre a través de los resortes aparentes y ocultos de la economía capitalista. Los comités de las diversas empresas deben elegir, en reuniones oportunas, comités de trusts, de ramas de la industria, de regiones económicas, en fin, de toda la industria nacional, en conjunto. En esa forma, el control obrero pasará a ser la escuela de la economía planificada. Por la experiencia del control, el proletariado se preparará para dirigir directamente la industria nacionalizada cuando la hora haya sonado.” (Trotsky, *Programa de Transición*, Akal, Madrid, 1977, páginas 23-24; <http://www.marxists.org/espanol/trotsky/1938/prog-trans.htm>)

La marcha concreta hacia la revolución política, su desarrollo, al igual que el de la revolución social, puede ser tal que antes de apoderarse del poder político los obreros controlen una empresa, una rama de la economía. Avanzar no es practicar la “autogestión”, es actuar de tal forma que lo más rápidamente posible se reúnan conferencias de trusts, de ramas de industria, de regiones económicas, en fin de la industria nacional en su conjunto. Centralismo y no particularismo (“federalismo” habría escrito Lenin). Por supuesto que interferirán innumerables elementos. Esta bella lógica corre mucho el riesgo de no ser rigurosa y formalmente respetada. Pero todo el

movimiento del proletariado, establezca el control obrero sobre la producción o parta o tenga como objetivo otras reivindicaciones, conduce a una sola y misma conclusión: la toma y el ejercicio del poder centralizado. Por otra parte, sin centralismo, la democracia proletaria no existe. En Europa del Este, en la URSS, en China, la elaboración y aplicación del plan con la participación activa de las masas es una candente necesidad. Esta necesidad dicta: hay que expulsar del poder político a las burocracias parasitarias, tomar el poder político y ejercerlo; los medios del ejercicio y del poder son los soviets, los comités de obreros nacionalmente centralizados.

Europa: una unidad orgánica y contradictoria

De las tesis del camarada Ernest Mandel surge otra dificultad: su visión particular de la actualidad y unidad de la revolución europea. Según él, la revolución está al orden del día “*en la península ibérica, Italia, España*”. En suma, se trataría no de la revolución europea sino de la revolución en los países latinos de Europa. Hace mucho tiempo que Marx explicó que el contenido de la revolución proletaria es internacional pero su forma nacional. León Trotsky escribía:

“La idea de las peculiaridades nacionales como simple "complemento" del tipo general, formulada por Stalin, se halla en flagrante contradicción (y lógica) con la concepción (mejor dicho, con la incompreensión) estalinista de la ley del desarrollo no uniforme del capitalismo. Es, como se sabe, una ley que el propio Stalin proclamó fundamental, primordial y universal. Guiado por esa ley, que él convierte en una abstracción, intenta descubrir todos los enigmas de la existencia. Y, cosa curiosa, no se da cuenta de que *aquellas peculiaridades nacionales son precisamente el producto más general, y aquel en que, por decirlo así, se resume todo, del desarrollo histórico desigual.*” (Trotsky, *La revolución permanente*, Ruedo Ibérico, Alençon, 1972, página 4; <http://www.1j4.org/trotsky/revperm/rp0.htm>)

No hay duda alguna que la maduración de las condiciones económicas, sociales y políticas que, entrelazándose, llevan a la crisis revolucionaria, a la apertura de la revolución, difieren de un país a otro en Europa. Un rápido examen confirma que la crisis revolucionaria aflora en España, Italia y Francia mientras que la revolución proletaria comenzó en Portugal el 25 de abril de 1974. El golpe de estado militar pretendía modificar el régimen carcomido heredado de Salazar. El movimiento de las masas destruyó y dislocó el estado burgués. A esta lista habría que añadir a Grecia seguramente, donde existe una situación prerrevolucionaria. En Inglaterra, en Alemania Federal, en Escandinavia, por citar solo países en los que el modo de producción capitalista sobrevive, la crisis revolucionaria parece más alejada. Entre los países en los que las condiciones de una crisis revolucionaria están más maduras, conviene también distinguir importantes diferencias. En España y Francia, la crisis revolucionaria está seguramente próxima. El hundimiento o el derrocamiento del sistema político actual son inevitables. Tanto el franquismo como la V República son regimenes políticos moribundos. El ejemplo de Portugal es significativo: las masas han utilizado la brecha que el golpe de estado ha abierto; han desmantelado el estado burgués; la revolución comenzaba. Menos enmendable son tanto el franquismo como el bonapartismo bastardo en Francia. Estos regimenes políticos han modelado el estado burgués, y se confunden con él hasta cierto punto. Son completamente inadaptables de ahora en adelante a las relaciones entre las clases y en el interior de la burguesía. Las masas están en movimiento. La salida próxima, es la crisis revolucionaria.

En Italia, la crisis económica está mucho más avanzada que en Francia, pero el régimen político es una forma de parlamentarismo que permite más flexibilidad a las relaciones entre las clases y en el interior de la burguesía. Así, el PCI puede sostener abiertamente al gobierno de Andreotti. La explosión revolucionaria se retrasa en esa medida.

Pero el análisis de las potencialidades, de las originalidades nacionales, solo tiene sentido, solo es posible si se las integra en un conjunto más vasto del que estas son las partes orgánicas. Las naciones europeas son las partes orgánicas del conjunto orgánico (desgarrado por contradicciones) que la historia ha engendrado y elaborado: Europa. Milenios de historia de la humanidad, del desarrollo de la civilización, han hecho de Europa una unidad particular, ella misma parte de un conjunto más vasto, el mundo, pero distinto. Europa no es solo una determinación geográfica sino un conjunto de relaciones económicas, políticas, culturales. La gestación de Europa no ha llegado todavía a su final pero existen ya todos los órganos. El capital es incapaz de “dar a luz” una Europa unificada, desembarazada de sus contradicciones, de sus deformaciones. La realización de esta tarea le incumbe a la revolución proletaria. Por ello se puede y debe distinguir la revolución europea, como parte de la revolución mundial pero particular, igualmente que en Europa cada revolución tiene su propia identidad y su propia especificidad.

La larga decadencia de las potencias imperialistas europeas está ligada a la impotencia del régimen capitalista para resolver las contradicciones europeas, para superar la estrechez de las fronteras nacionales, sobre este continente. Los lazos tejidos durante el crecimiento del modo de producción capitalista con el conjunto del mundo han hecho, al final, más crucial la cuestión de la unificación de Europa. En dos ocasiones, el imperialismo más potente del continente europeo ha intentado, por medio de la guerra, realizar bajo su bota la unificación de Europa. Era la condición para el refuerzo y crecimiento de sus posiciones mundiales. Dos veces ha fracasado. De todas formas, la victoria del imperialismo alemán habría significado la opresión y no la unificación de Europa.

El imperialismo inglés impulsó en Europa y en el mundo el desarrollo del capitalismo. Durante mucho tiempo fue el más potente de los imperialismos. Durante la Primera Guerra Mundial, junto al imperialismo francés y con la ayuda del imperialismo USA, impidió que el imperialismo alemán dominase Europa; durante la Segunda Guerra Mundial, lo hizo al lado y, finalmente, tras el imperialismo USA y gracias a la acción militar decisiva de la URSS. El imperialismo inglés y el imperialismo francés dominaron Europa, la dividieron y jugaron con esas divisiones. Su base muy estrecha en Europa no les permitió unificarla. Les siguió su irremediable hundimiento que comenzó a fines del último siglo.

Los imperialismos decadentes de Europa

Extraña situación la del capitalismo en la Europa de hoy. La larga decadencia del imperialismo británico ha llegado al suelo de una transformación cualitativa. La crisis de la libra da testimonio del punto a que ha llegado esta decadencia. Ciertamente, desde la Primera Guerra Mundial, el imperialismo inglés ha cedido a los USA el lugar de la potencia imperialista más grande. Después de la Segunda Guerra Mundial, ya no ha sido más que una potencia de segundo orden. Su imperio se dislocó. Sin embargo, el presente contiene al pasado y reposa sobre él. El lugar ocupado, el papel jugado por el imperialismo inglés en el desarrollo del modo de producción capitalista, le confieren un lugar y una importancia mundiales, que no se miden por su potencia actual. Sigue

siendo una de las piezas maestras, uno de los órganos indispensables del sistema. Todas las relaciones burguesas, los “valores” burgueses, se verán afectados, en los USA en particular pero más directamente aún en Europa, en caso de hundimiento del capitalismo inglés. La decadencia del capitalismo inglés es una de las expresiones más avanzadas de la decadencia general del modo de producción capitalista. Ilustra y concreta más particularmente la del capitalismo europeo. Las grandes potencias capitalistas están atenazadas entre insuperables contradicciones que las atenazan. Ayudan sin embargo y prestan asistencia al imperialismo inglés hasta extremos límite porque saben las consecuencias que el hundimiento del capital inglés tendría en razón de sus propias contradicciones.

El caso del imperialismo alemán no es idéntico, pero se inscribe en el proceso de degeneración del modo de producción capitalista en Europa. Es otro caso particular. Superficialmente, parece que, habiendo reconquistado el primer lugar en Europa y uno de los primeros en el mundo, es fuerte y estable. Concede importantes créditos a las otras potencias capitalistas de Europa e, igualmente, a los países de Europa del Este y de la URSS. Extiende sus redes comerciales y financieras a través del mundo. Incluso ha aportado una considerable contribución al mantenimiento del dólar. Es una de las locomotoras del capitalismo Europeo. Pero esta locomotora se ahoga rápidamente.

El capitalismo alemán siempre ha tenido algo de monstruoso. Después de las dos guerras mundiales, de la última en particular, aún devino más monstruoso. Habiendo accedido tarde a estar entre las grandes potencias imperialistas, no obtuvo más una pequeña porción en el reparto del mundo entre las grandes potencias antes de la Primera Guerra Mundial. Su base siempre ha sido demasiado estrecha en relación con su potencia, con su fuerza de expansión. Dominar Europa, hacer de ella su zona económica, es una necesidad orgánica del capitalismo alemán. En dos ocasiones ha fracasado. Su derrota de 1945, la partición de Alemania, la pérdida de Silesia y Prusia Oriental, agravaron terriblemente sus taras hereditarias. La partición de Europa en dos modos de producción antagónicos le supone una mutilación en mayor grado que a cualquier otro capitalismo europeo. El impulso que dio el imperialismo estadounidense en la reconstrucción del capitalismo en Europa ayudó potentemente al capitalismo alemán. Está ligado muy estrechamente al capitalismo norteamericano. La bajada del valor de la fuerza de trabajo, casi al nivel de su mantenimiento psicológico, en Alemania después de la guerra, le permitió al capitalismo alemán realizar enormes superbeneficios. Le dio una capacidad competitiva fantástica en el mercado mundial y le permitió realizar inversiones considerables, dotarse de medios de producción que le aseguran un alto grado de productividad. La constitución del Mercado Común Europeo ha facilitado la penetración de las mercancías y capitales alemanes en Europa del Oeste. Todo ello no ha hecho más que enmascarar y, finalmente, reforzar sus debilidades congénitas catastróficas, que una crisis económica internacional profunda revelará brutalmente. Al capitalismo USA desfalleciente le toca una tarea por encima de los medios del capital alemán: devenir el banquero de Europa, ser el motor que mueve la máquina económica.

No es necesario hacer largos comentarios en lo que concierne al imperialismo francés. Su decadencia ha sido mucho más rápida que la del imperialismo inglés. La victoria de 1918 le dio una posición europea desproporcionada a su fuerza y sus recursos, ya mermados por la guerra. Solo dispone de bellos restos. La Segunda Guerra Mundial acabó aquello que la primera había comenzado. El capitalismo francés, exsangüe, trabado a su imperio, era absolutamente incapaz de ocupar en Europa el lugar que Alemania dejaba momentáneamente vacío. Las inyecciones de créditos norteamericanos le permitieron sobrevivir y aferrarse al boom de las décadas de

postguerra. La liquidación del imperio estuvo acompañada de una más profunda inserción del capital financiero francés, que el estado ayudaba, en la división internacional europea e internacional. La acumulación del capital a escala internacional benefició al capitalismo francés, pero lejos de aumentar su peso relativo en el mundo y Europa, se redujo por el contrario. En Francia, el parasitismo ha alcanzado un nivel impresionante. La estructura social de Francia se ha modificado de forma importante pero el capitalismo no ha logrado superar sus debilidades congénitas. Por el contrario, se han visto agravadas. El capitalismo francés es uno de los eslabones más débiles del capitalismo en Europa, puede que tras el capitalismo italiano.

El crecimiento económico en Italia no ha podido hacer de ese país un país capitalista potente. Más que ningún otro, el capitalismo italiano no ha superado sus taras hereditarias. El pujante crecimiento de algunas industrias en el Norte le debe mucho a la posibilidad de disponer de una mano de obra numerosa y barata proveniente del sur, mano de obra que se mantiene también atrasada. Aunque la estructura social y económica de Italia es más deforme y desequilibrada aún que en el pasado. La crisis financiera y económica actual no hace más que anunciar hacia qué abismo marcha el capitalismo italiano.

Pero, ¡que no se ha dicho y escrito, no solo a propósito de los milagros económicos alemán e italiano sino también del español! La relativa industrialización de España tiene una gran importancia para la lucha de clases. No está menos subordinada al capital financiero de las grandes potencias europeas y al de los USA.

Al borde del precipicio

La ayuda económica estadounidense y el potente impulso económico venido de los USA, cuyos gastos militares y el parasitismo han devenido muy rápidamente su motor, las inversiones USA en Europa, todo ello salvó tras la guerra al capital europeo del desastre. El grado de podredumbre de la economía y la sociedad estadounidense proviene en parte de aquí.

Los USA impulsieron la constitución del Mercado Común europeo a las potencias capitalistas de Europa reticentes. La CEE ha permitido multiplicar los intercambios entre los países que participan en él, reducir los créditos estadounidenses, reemplazarlos por crecientes inversiones USA y rentabilizarlas.

Pero cada vez más, el capital estadounidense debe ahora cargar en hombros de los capitalismo europeos y japonés las contradicciones que lo atosigan y abruma. El 15 de agosto de 1971, Nixon anunció el gran fracaso de la política que quería seguir: suspendió la libre convertibilidad del dólar (ulteriormente fue devaluado en dos ocasiones). Nixon declaró que las potencias europeas y el Japón debían soportar ahora su parte del fardo común. Afirmó que los USA ya no continuarían luchando en el mercado mundial “*con un brazo atado a la espalda*”. Declaró a su manera que Estados Unidos se veía obligado a reducir Europa a la menor porción. La presión estadounidense sobre Europa ha aumentado, pues, fuertemente: los USA no son ajenos, por ejemplo, al alza de los precios del petróleo. Esta presión no ha llegado, sin embargo, hasta el punto en que aplastaría al capitalismo de Europa o Japón. Mucho más, para mantener los intercambios internacionales, refrenar y hacer retroceder la crisis económica amenazante, los USA, los imperialismos europeos y Japón, han firmado acuerdo tras acuerdo, rápidamente cuestionado, inestable cada uno de ellos, seguidos de otros acuerdos también tan inestables y cuestionados. Utilizando el FMI, a golpe de créditos, con la ayuda de los gastos militares crecientes en los USA, de una inflación internacional sin precedentes, han alimentado la máquina económica. Al fin de cuentas,

minan más aún los fundamentos del régimen capitalista y preparan una caída sin precedentes.

Los efectos de esta catástrofe serán devastadores para los países capitalistas de Europa. El Mercado Común ha contribuido a la multiplicación de los intercambios europeos. Resalta la necesidad histórica de la unificación económica de Europa. Y demuestra que el capital es incapaz de lograrla. La integración a un nivel de la producción entre los miembros del mercado Común se ha quedado en el estado de los proyectos convertidos en humo. El capital financiero de cada país defiende sus posiciones, intenta conquistar otras nuevas, cobijándose y utilizando su estado y su gobierno burgués. Acaba de constituirse un reagrupamiento de siderurgias bajo el control, impulso y dirección del capital financiero alemán que fija abiertamente como su objetivo aplastar, desde el interior del Mercado Común, a los otros agrupamientos siderúrgicos de la CEE., para combatir mejor en el mercado mundial. Es un ejemplo mucho más significativo si se tiene en cuenta que la Comunidad Europea del Carbón y del Acero existe desde hace más de veinte años. No ha podido integrar a la siderurgia en Europa. Como la coyuntura económica lo exige, la batalla entre los diferentes grupos capitalistas nacionales se torna más feroz. Anuncia la ruptura del Mercado Común. A la relativa libre circulación de las mercancías y capitales en el interior de las barreras del mercado Común, le sucederán la resurgencia de las barreras nacionales, la guerra económica y financiera. La entrada de Gran Bretaña en la CEE indica qué vías busca abrirse el capital inglés. Solo añade fragilidad al Mercado Común Europeo. Conscientes de la gravedad excepcional que la dislocación del Mercado Común tendría para el régimen capitalista, los gobiernos burgueses se esfuerzan en diferir los plazos, como difieren los de la dislocación del mercado mundial y de la división internacional del trabajo.

El Mercado Común europeo no impide, sino más bien lo contrario, que cada país capitalista de Europa desarrolle sus propias relaciones con el mercado mundial. Cada grupo del capital financiero intenta adquirir la base lo más amplia posible en Europa, reforzarse así para responder mejor a la competencia en el mercado mundial, aumentar su capacidad para penetrarlo y reforzarse en él. En el mercado mundial, los diferentes grupos capitalistas se reencuentran en competencia con sus compañeros y rivales del Mercado Común. Los capitalismo europeos, conjuntamente con el capitalismo de los USA y Japón, presionan sobre la URSS y los países de Europa del Este a fin que se abran la puerta de estos países a la libre penetración de las mercancías y capitales. Al mismo tiempo, cada país capitalista de Europa intenta que las puertas de esos mercados potenciales se abran preferentemente para ellos más que para sus rivales. La posición que ocupan en el interior del Mercado Común ayuda considerablemente a la realización de esta política. En ese dominio también el capital alemán ocupa el primer lugar para lo mejor... y para lo peor.

Necesidad objetiva, necesidad política

¿Cómo es posible que en unas tesis sobre la revolución mundial no se haga este análisis? Peor, se puede leer con sorpresa:

“La extensión internacional de la revolución socialista europea será muy probablemente determinada por la dinámica de la lucha de clases internacional y por los efectos producidos por la tentativa del capital internacional para aplastar el primero o los primeros estados obreros en Europa Occidental. Teniendo en cuenta la actual relación de fuerzas, es probable que esta tentativa tome la forma de un bloqueo económico más que de una intervención militar inmediata. Se

deduce de ello que la consigna de los Estados Unidos Socialistas de Europa tiene una función transitoria inmediata contra esas tentativas: para movilizar al proletariado de los países capitalistas europeos a fin de bloquear esos intentos contrarrevolucionarios y unirse al proceso revolucionario en curso.” (Principio de la Tesis 16)

Que “*La extensión internacional de la revolución socialista europea será muy probablemente determinada por la dinámica de la lucha de clases internacional*”, esto parece bastante “probable”. Lo que sigue ya es menos evidente. La justificación de la consigna de los Estados Unidos Socialistas de Europa no es en absoluto defensiva. Formulada de esta manera, esta consigna pierde todo su contenido. Esta consigna está basada en la realidad objetiva, en la necesidad de unificar Europa respetando las particularidades nacionales, el derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos. Solo la revolución proletaria logrará ese objetivo. Esta consigna deduce y expresa conscientemente la unidad de la lucha de clases del proletariado en Europa, porque tiene ese fundamento objetivo, y por la misma razón le abre la vía. Expresa la dinámica de la lucha de clases del proletariado de Europa. De otra forma, debería ser rechazada. No es una consigna de presión, una forma de chantaje de los proletarios de uno o varios países en los que se haya tomado el poder sobre las burguesías de los otros países, sino la expresión de una necesidad económica y política que se impone a los proletariados que hayan tomado el poder y a aquellos proletariados que no lo han tomado todavía. Por el momento, ningún proletariado no ha tomado todavía el poder en Europa, y esta consigna, esta perspectiva, son indispensables.

Volvamos a la actual crisis. Es necesario constatar que si la crisis revolucionaria, la apertura de la revolución, parecen más próximas en Francia, España e Italia, mientras que la revolución ya ha comenzado en Portugal, la profundidad de la crisis económica, social y política en esos países proviene de que es parte constituyente de la crisis de todas las relaciones burguesas, más o menos avanzada, pero que opera en todos los países capitalistas europeos. Inglaterra no está solamente minada por la crisis financiera y económica endémica sino también por las relaciones políticas. El gobierno Callaghan no es igual a los gobiernos del Labour Party de postguerra, o incluso a los de Wilson. Tropieza directamente con la resistencia de las masas, en el seno de las TUC y del Labour Party se están produciendo diferenciaciones. La tradicional estabilidad política británica se desgasta rápidamente. La estabilidad política en Alemania es también tan frágil como lo es la situación económica. Depende esencialmente de que se levante la hipoteca del estalinismo sobre el proletariado alemán, sobre Alemania, sobre la nación alemana. En el interior de la SD, se aceleran las diferenciaciones políticas ya en curso. La lucha de clases del proletariado alemán ya ha demostrado que este proletariado está dispuesto para el combate.

La burguesía alemana parece floreciente. Está indeleblemente marcada por sus derrotas, por su miedo a la revolución. El aparato de estado burgués alemán es un aparato de estado remendado, que no lo ha podido ser y que no lo puede, repitamos, más que en función de la división de Alemania y de la hipoteca estalinista sobre Alemania.

La revolución proletaria no se puede parar en las fronteras de Italia, España, Francia y, menos aún, en las fronteras de Portugal. La historia es la historia. Para darse cuenta es suficiente con imaginar el impacto político que la explosión de la crisis revolucionaria, la apertura de la revolución en España, de las masas derrocando y dislocando al aparato de estado franquista, tendría sobre los proletariados de Europa. Todo un pasado de derrotas sería definitivamente liquidado. Recibirían un fantástico impulso la lucha de clases del proletariado francés, del proletariado italiano, un nuevo ascenso de la revolución portuguesa. Todos los proletariados de Europa recibirían un

fantástico impulso. Incluyendo a Europa del Este. La caída de la V República, la apertura de la revolución proletaria en Francia, no tendrían menor repercusión en toda Europa (incluyendo Bélgica). La misma cosa es cierta para la revolución italiana. Muy evidentemente, si se desarrollase la revolución proletaria conjuntamente en España, Portugal, Italia y Francia, todos los proletariados europeos serían propulsados adelante con una potencia jamás igualada. La dimensión europea de la revolución se afirmaría.

Por otra parte, se trata de la crisis de todas las relaciones burguesas. Nadie puede prever si la crisis económica esperará para desencadenarse a que se extienda por Europa la revolución proletaria. La agravación de la situación económica que se produce en Italia, Inglaterra, España y, menos brutalmente por el momento, en Francia, ya es un potente factor de acentuación de la tensión entre las clases. Los proletarios de esos países están impulsados al combate por cómo son las relaciones entre las clases, las relaciones políticas. La dislocación del mercado mundial, de la división internacional, parecen ser un proceso que se desarrolla solo progresivamente, que parece en determinados momentos estar contenido e, incluso, retroceder; puede desarrollarse brutal y rápidamente y llegar al punto en que la cantidad se transforma en calidad. La lucha de clases de los proletariados en Europa, la marcha a la revolución, se acelerarían al mismo tiempo. Pero, en realidad, se trata de un proceso combinado; la agravación de la situación económica impulsa potentemente la lucha de clases del proletariado; desemboca en la crisis revolucionaria en determinados países de Europa, lo que a su vez acelera la crisis económica y lleva a la transformación de la cantidad en calidad; la combinación de crisis políticas y económicas conduce a la revolución europea en toda su amplitud. Es la perspectiva que permite hablar de la revolución europea. La forma defensiva y táctica bajo la que enfoca el camarada Ernest Mandel la consigna de los Estados Unidos Socialistas de Europa cierra esta perspectiva profundamente realista, cortocircuita los procesos revolucionarios.

¿Revolución europea o limitada a los países latinos?

Lo que caracteriza al nuevo período de la revolución mundial queda eliminado. El retroceso histórico permite darse cuenta que todos los elementos de la revolución mundial existen desde 1914 pero con grados de concentración variables. Las desviaciones históricas no son fatales. Son el resultado de las dificultades para resolver la cuestión de la dirección revolucionaria. Objetivamente, la revolución proletaria podía haber sido victoriosa en Europa desde 1918-1923, y en consecuencia en el mundo podía ser victoriosa aún entre 1933-1938, lo podía ser después de 1943; después lo podría haber sido en diversas ocasiones. Pero el nuevo período que se abre en 1968 tiene esto de particular que lo caracteriza: todos los elementos de la revolución proletaria han llegado a un punto de concentración jamás alcanzado precedentemente, en particular en Europa. La conjunción de la lucha de clases de diferentes proletariados deviene directa, inmediata, esto resulta de la situación objetiva y de la fuerza y potencia social y política del proletariado. Ahora bien, el camarada Ernest Mandel despieza la revolución europea: reduce la revolución proletaria en Europa a la revolución en los países latinos de Europa; corta la revolución en el Oeste de la revolución en el Este de Europa; y la revolución europea del proceso de conjunto de la revolución mundial.

La continuación de la tesis 16 afirma:

“Toda propuesta que añade obstáculos políticos o ideológicos en la vía de la extensión inmediata de la revolución (por ejemplo una propuesta de relación inmediata con la Unión Soviética) sería contra-productiva y debe ser evitada.”

En el curso del proceso de consolidación internacional del poder obrero en uno o diversos países europeos, la cuestión de la ayuda al desarrollo de la revolución política en la URSS se planteará ciertamente. Se pueden avanzar reivindicaciones para ayudar al surgimiento de la revolución política. Deberían incluir propuestas para una planificación económica común con los países de Europa Oriental. Pero tales consignas no deberían tomar una importancia central hasta que la revolución política será una perspectiva inmediata. Bajo cualquier otra circunstancia, tal propaganda deberá estar subordinada a las tareas prácticas inmediatas y candentes de protección consolidación de los primeros estados obreros europeos movilizándolo a las masas en otros países europeos y ayudándolas en la vía de la conquista del poder.”

Estas frases confunden. ¿Por dónde comenzar para clarificar las cuestiones concernidas?

El camarada Ernest Mandel se mantiene en aquello que se deduce al principio de su Tesis 16: la revolución proletaria se supone victoriosa en diversos, incluso en un solo país de Europa. Se trata seguro de su victoria pues está escrito: “*primero o primeros estados obreros en Europa Occidental*”, y aun, del “*poder obrero en uno o diversos países europeos*”. Muy verosímilmente, el proletariado tomará el poder en un país de Europa antes de tomarlo en diversos y, finalmente, en el conjunto de los países de Europa. Igual que la crisis revolucionaria, la revolución proletaria se abrirá primero en un país de Europa, enseguida en diversos antes que abrace a Europa en su conjunto. Ya se ha abierto en Portugal. Pero la revolución portuguesa es el comienzo de la revolución proletaria en España, Francia, Italia, puede ser en Grecia, revoluciones que preludiarán a la revolución en los principales países de Europa y le darán un formidable impulso. Cuestión diferente es la de la victoria de la revolución proletaria en uno o diversos países de Europa: la victoria de la revolución en un país de Europa en la actual época exige que la revolución se abra en diversos países de Europa e, incluso verosímilmente, a escala de Europa; con más razón, su victoria en diversos países de Europa. El punto de vista del camarada Mandel acaba estimando que puede existir, finalmente, un período bastante largo de equilibrio en el que el poder burgués se mantendrá relativamente estable en determinados países importantes de Europa mientras que, en otros países, el proletariado tomará y mantendrá el poder. Es ponerle fin a la crisis de las relaciones sociales burguesas tales como existen concretamente y como no dejarán de agravarse durante el período presente, sobretodo cuando se desate la revolución proletaria en diversos países de Europa. Es también ponerle fin a las relaciones políticas concretas que existen entre las clases y en el interior de las clases.

La revolución, la toma del poder por el proletariado no es una abstracción; se trata de una lucha política determinada, concreta. Así, cuando la revolución está en las puertas de, al menos, el conjunto de los países latinos europeos, cuando ha comenzado en Portugal, en ningún país puede la vanguardia revolucionaria plantear directamente o, incluso, a corto plazo su candidatura al poder, a formar un gobierno obrero y campesino. Está obligada a entablar la batalla para ayudar al proletariado a progresar políticamente, hacia la acción que lleve al poder a un gobierno obrero y campesino. Se refuerza a sí misma, en el curso de esta actividad política, hasta devenir un auténtico partido revolucionario, dirigiendo a las masas. Una vez más, el camarada Ernest Mandel ha omitido mencionar esta línea política que concreta el combate por: el frente único de las organizaciones y partidos obreros; un gobierno de los partidos obreros sin ministros representantes de las organizaciones y partidos burgueses; la exigencia que ese gobierno satisfaga, una vez constituido, las reivindicaciones de las masas y se apoye en el proletariado organizado en comités, en soviets; que tome medidas de expropiación del

capital y comience a destruir el aparato del estado burgués, etc... Lo que no se opone sino que, por el contrario, nutre la organización y la acción propias de las masas. La acción política encaminada en ese sentido es indispensable. Puede obligar a los partidos obreros tradicionales a ir mucho más lejos de lo que desearían. Puede, eventualmente, obligarles a formar gobiernos sin ministros burgueses y obligarles, incluso, a realizar determinadas medidas de las que contiene el *Programa de Transición*. Sin embargo, en Europa, los PS y los PC son, y seguirán siendo, partidos obreros burgueses. Defenderán el orden y el estado burgués. Serán el último obstáculo que se levantará contra la toma del poder por el proletariado. La hipótesis teórica del *Programa de Transición* tiene una extraordinaria confirmación en Yugoslavia, China, Vietnam o Cuba: los PC de esos países, y la organización pequeño burguesa de Castro, han ido más lejos de lo que querían en la vía de la ruptura con la burguesía. No se puede excluir que esta hipótesis teórica tenga nuevas aplicaciones en determinados países dependientes del imperialismo. Pero sigue siendo la excepción y no la regla. En las metrópolis imperialistas, allí donde se juega la suerte de la revolución mundial, esos partidos están integrados hasta la raíz en el orden imperialista que las burocracias parasitarias garantizan pues su existencia depende de él.

Ahora bien, la lucha de clases y, por tanto, la contrarrevolución son nacionales en su forma e internacionales en su contenido. Esto no ha sido tan cierto jamás de forma más condensada que durante el actual período. La oleada revolucionaria que se elevó en Italia, a consecuencia de las derrotas inflingidas al imperialismo alemán por la URSS, no llevó en ningún país a la toma del poder por el proletariado, mientras que lanzó golpes extremadamente duros contra el capitalismo en Europa y reforzó considerablemente al proletariado, levantando las condiciones que permitieron que en 1953 apareciera por primera vez, conjuntamente en Europa, la revolución social y la revolución política.

¿Por qué? Porque esta oleada era europea aunque tuviese sus características nacionales propias.

Pero los obstáculos que la han limitado y contenido eran también nacionales en su forma e internacionales en su contenido. Esos obstáculos son los partidos socialdemócratas y, sobretodo, la burocracia del Kremlin y su aparato internacional.

Igual que la burguesía y el proletariado, los partidos socialdemócratas y estalinistas no tienen una existencia simplemente nacional. Solo existen en tanto que partes de conjuntos internacionales. La revolución proletaria no puede estallar en un país hasta que en ese país la crisis general de la burguesía no haya alcanzado un grado extremadamente elevado por razones específicas. Pero la crisis de la burguesía está ligada estrechamente a la de los partidos obreros contrarrevolucionarios, notablemente a la crisis de las burocracias parasitarias, a la del Kremlin principalmente, a la de su aparato internacional (los PC). La victoria de la revolución en un país implica que los aparatos contrarrevolucionarios de esos partidos sean quebrados en el país considerado por la acción de las masas y resquebrajados, en crisis profunda, a escala europea. La victoria de la revolución proletaria en uno o diversos países multiplicará, llevará a su paroxismo, esa crisis. La construcción del partido revolucionario, del partido trotskysta en cada país de Europa, es indispensable para que el proletariado tome el poder. La capacidad del partido revolucionario para dirigir las masas hasta la toma del poder en un país europeo es dependiente y factor de la crisis de los partidos obreros contrarrevolucionarios, no solamente en un país sino a escala internacional, particularmente de los partidos estalinistas.

La coexistencia pacífica entre la revolución proletaria victoriosa en un país de Europa Occidental, o diversos de entre ellos, y las burguesías de los otros países de

Europa es imposible. Lo es mucho más con la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites, los PC. La revolución europea será permanente en sentido pleno del término, hasta su victoria o su derrota final. El combate no se situará entre un grupo de países en los que la revolución es victoriosa y otro grupo de países en los que la burguesía y las burocracias parasitarias mantendrán el poder “pacíficamente” (bloqueo contra bloqueo). La revolución será verdaderamente europea (con múltiples fases en cada país, una larga secuencia de flujo y reflujo) antes que el proletariado tome el poder primero en un país, después en un grupo de países, por fin en el conjunto de Europa. La toma del poder en un país, en diversos países, solo será una fase transitoria: las fuerzas de la revolución y de la contrarrevolución continuarán enfrentándose hasta la victoria o la derrota final de la revolución europea.

Lamentables ausencias

Abordamos así las cuestiones decisivas de la revolución proletaria en Europa: la de la Revolución Política. La opinión del camarada Ernest Mandel es precisa: “*la revolución política no es una perspectiva inmediata*”. Consagra su tesis 10 al informe: razones que, según él, harían que esa revolución no fuera una perspectiva inmediata. Es necesario citar enteramente esta tesis y analizarla.

“Es altamente probable que la victoria de la revolución proletaria en Europa Occidental precederá a la victoria de la revolución política en China y en la URSS. Excepto giros imprevisibles de la situación mundial, tal es la variante sobre la que debemos basarnos. La razón de ello reside en la “necesidad” objetiva o en una “función de la burocracia en los estados obreros burocratizados, ni en una base de amplia masa en el seno de la población laboriosa que habría sido supuestamente adquirida por esas burocracias. Por el contrario, todas las pruebas están ahí para confirmar que la reacción y la oposición al despilfarro, a la opresión, a la indiferencia ante los deseos de los trabajadores de administrar la producción y el estrangulamiento deliberado de los derechos democráticos elementales de las masas están más extendidas que jamás.

Los obstáculos más grandes en la vía de la revolución política son, esencialmente, de naturaleza *subjetiva y política* y no de naturaleza objetiva y social. Son:

a) La extendida convicción en los países de Europa del Este, y entre las nacionalidades oprimidas de la URSS, que toda contestación directa y abierta de la dominación del Kremlin en esos países, que no coincida con una contestación del mismo orden en el mismo corazón de Rusia o que lo suponga rápidamente, será muy rápidamente aplastada como en Hungría en 1956 o en Checoslovaquia en 1968.

b) La falta de conciencia y de perspectivas políticas en el proletariado soviético en ausencia de una alternativa política creíble y realista al capitalismo como a la dominación de la burocracia (la profundidad de la decepción histórica del proletariado ruso).

c) La pérdida de toda continuidad por la oposición marxista-revolucionaria a causa de la destrucción de sus cuadros y de la continuidad de la organización, consecuentemente al terror estalinista, después por la represión “atenuada” bajo Krushev y especialmente bajo Brezhnev.

d) El lento pero regular aumento del nivel de vida de los obreros en la URSS durante los últimos años (interrumpido durante un corto período a

principios de los años sesenta) que ha suministrado la base material para el “deseo de consumir” y para levantar solo reivindicaciones de naturaleza “reformista” ante el gobierno, reflejando este hecho la falta de perspectivas políticas. Es cierto que toda interrupción repetida de este aumento del nivel de vida (resultante, por ejemplo, de una nueva crisis en el aprovisionamiento o la distribución de alimentos) o de cualquier nueva tensión por parte de las nacionalidades oprimidas, podría hacer renacer las luchas de masas explosivas, pero caracterizadas por una dispersión y falta de lazos muy grandes para cuestionar directamente el poder de la burocracia.

La incapacidad de la “nueva” oposición de ir más allá de las aspiraciones de la intelligentsia y de superar los obstáculos que ya se han señalado. Se ha confirmado, de manera embrionaria, por la experiencia limitada de la Primavera de Praga y por el pánico que ésta ha provocado entre los burócratas, que temían que se desatará un movimiento universal a favor de la autogestión y la democracia socialista en Europa del Este y en la Unión Soviética a raíz de la “experiencia checa”. Los efectos de un ejemplo todavía muy avanzado en Europa del Oeste excluyendo la intervención militar del Kremlin serían mucho más profundos, incluso si eran menos rápidos que los de la Primavera de Praga.”

Ni esta tesis ni ninguna parte de los textos hacen referencia a los elementos objetivos que nutren el movimiento del proletariado, la revolución política, y que los llevan a derrocar a la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites. Como máximo, la democracia soviética sería un suplemento positivo a la planificación y desarrollo de las fuerzas productivas.

“El lento pero regular aumento del nivel de vida de los obreros en la URSS durante los últimos años [...] que ha suministrado la base material para el “deseo de consumir” y para levantar solo reivindicaciones de naturaleza “reformista” ante el gobierno, reflejando este hecho la falta de perspectivas políticas”

La contradicción objetiva entre la gestión de la economía por las burocracias parasitarias y el desarrollo de las fuerzas productivas (contradicción mucho más aguda cuanto más se desarrolla) queda completamente anulada. Las contradicciones entre la opresión nacional, el yugo que el Kremlin hace pesar sobre los países de Europa del Este y las nacionalidades de la URSS, el espolio de esos países en función de las necesidades del Kremlin, la división de Europa, de Alemania, y la necesidad de la libre determinación de los pueblos de la URSS y de Europa del Este, de la integración de la economía de esos países en una división internacional correspondiente al desarrollo de las fuerzas productivas, no aparecen. Desaparece en consecuencia la necesidad de superar la estrechez nacional, la necesidad de la unidad de Alemania y de Europa. La urgencia del derrocamiento conjunto de las burocracias parasitarias y de las burguesías europeas está, evidentemente, ausente. Sin embargo, cuanto más crecen las fuerzas productivas más se refuerzan en número y en cultura los proletariados de la URSS y de Europa del Este, más presente deviene la exigencia de derrocar a las burocracias parasitarias y de unificar Europa en el respeto de la unidad e independencia de las naciones, sobre la base de la propiedad colectiva de los medios de producción, y las masas lo siente profundamente. Al mismo tiempo desaparece de las tesis del camarada Ernest Mandel la crisis multiforme que desgarró a la burocracia, la burocracia del Kremlin y cada una de las burocracias parasitarias, que opone a cada una de ellas con las otras. El hecho que el conjunto de esos antagonismos distorsionen todas las relaciones económicas y sociales lleva a la URSS y a los países de Europa del Este a

bruscas catástrofes, este hecho no aparece, o lo hace de forma muy fortuita en la frase siguiente del punto d) de esta tesis.

A lo máximo, según el camarada Ernest Mandel:

“... las luchas de masas explosivas, pero caracterizadas por una dispersión y falta de lazos muy grandes para cuestionar directamente el poder de la burocracia”

He aquí por que, según él, la revolución política no está de actualidad. Seguro que, más o tarde o más pronto,

“[...] una vez rotos los barrotes de esta dictadura, es verosímil que los proletariados soviético, checoslovaco, yugoslavo, polaco, húngaro y de Alemania del Este, se alzarán a nivel de conciencia social y política. Sobre la base de sus ricas experiencias políticas, contribuirán potentemente a la lucha general por un mundo socialista.” (Tesis 21)

Mientras, “sus ricas experiencias políticas” se reducen a la pobreza de un reformismo alimentario. Se comprende pues que las “reivindicaciones que puedan ayudar al surgimiento de la revolución política [...] no deberán tomar una importancia central hasta que la revolución sea una perspectiva central.”

Crecimiento de las fuerzas productivas en la URSS, en Europa del Este y crecimiento de las contradicciones económicas

Las contradicciones entre el crecimiento de las fuerzas productivas en Europa del Este, en la URSS (y en China) y el ejercicio del poder por las burocracias parasitarias, su existencia (principalmente la de la burocracia del Kremlin), aquellas que surgen de la estrechez de las fronteras nacionales, de la división de Europa y Alemania, tienen un carácter objetivo. Alimentan la necesidad de la revolución política y la exigencia de su confluencia con la revolución social en el Oeste de Europa.

Es pues indispensable hablar rápidamente de ello. Al contrario de lo que pasa en el modo de producción capitalista, las fuerzas productivas se han desarrollado en la URSS, Europa del Este y en China. Los formidables gastos en armamento, el parasitismo, son una aplastante carga que agota y deforma la economía de esos países, mientras que son indispensables para el funcionamiento del modo de producción capitalista en la época del imperialismo. La razón es que en Europa del Este, la URSS y China la producción y realización de la plusvalía no son el motor de la producción. El motor de la economía es la satisfacción de las necesidades (que sea en primer lugar de las necesidades de las burocracias es otra cuestión). Sobre la base de la propiedad estatal de los principales medios de producción, la planificación desarrolla las fuerzas productivas, incluso si la burocracia las dirige.

Pero cuanto más se desarrollan las fuerzas productivas, menos capaz es la burocracia de dirigir la economía. Lo que ya analizaba y pronosticaba Trotsky ha quedado ampliamente confirmado: cuanto más compleja y diversificada deviene la economía, más se multiplican y se refinan las necesidades, más crece el nivel de vida y de cultura de amplias masas, menos posible le es a la burocracia planificar armoniosamente la economía, respetar la proporcionalidad de los diferentes sectores, hacer progresar la calidad, y más tropieza la burocracia con la resistencia de las masas, al menos pasiva.

A esta primera causa fundamental se le añaden otras: la burocracia está opuesta por naturaleza a la extensión de la revolución proletaria; la economía de los países de Europa del Este, de la URSS y China, está separada artificialmente de la división internacional del trabajo. La política contrarrevolucionaria de las burocracias

parasitarias, por sus efectos en los países bajo su control, para aquellos que tiene mundialmente, hace de la presión y aislamiento económico de esos países, que el imperialismo ejerce de forma calculada y media, extremadamente duros de soportar. La ruptura es más nítida y dolorosa en Europa entre el Este y el Oeste, y totalmente insoportable entre Alemania del Oeste y la del Este. El restablecimiento de los intercambios económicos, por no hablar de otros (por el instante), es una exigencia siempre más apremiante cuando el crecimiento de las fuerzas productivas no cesa de acentuarse.

La economía de Alemania del Este, de la Europa del Este, cada vez más la de la URSS y, finalmente, la de China, deben ser total y plenamente integradas en la división mundial del trabajo a cualquier precio. ¿Sobre qué base, en el marco de qué modo de producción social? Aquí está la cuestión. Las relaciones de producción son tales que, en la actual etapa, renunciar al monopolio del comercio exterior resulta en dejar invadir Europa del Este, la URSS y China por las mercancías y capitales de las grandes potencias imperialistas; en destruir la planificación; en liquidar la propiedad estatal de los medios de producción; en someter las fuerzas productivas de esos países a las del imperialismo. En la práctica, eso significaría la ruina, la miseria, hambre y muerte para millones de trabajadores, obreros, campesinos e intelectuales de Europa del Este, la URSS y China. (La autogestión en Yugoslavia ya suministra un aviso de qué significaría la penetración del capital en esos países, el libre juego de las leyes que se expresan en el mercado).

La burocracia del Kremlin, las burocracias parasitarias, no tiene elección, cuanto más se refuerza el proletariado, más candentes se tornan los problemas: intentan resolver las contradicciones comprimiéndolas, reforzando su yugo, acreciendo las diferenciaciones sociales, acentuando el espolio, la opresión nacional (la burocracia del Kremlin en la URSS y sobre los países de Europa del Este pero también en China). Es decir, reforzando aún más las causas de esas contradicciones y, por tanto, las mismas. Solo retroceden a causa del temor a provocar explosiones sociales y políticas como las que se produjeron en Europa del Este en 1953.

Las burocracias parasitarias y contrarrevolucionarias sufren y hacen sufrir a los países que controlan toda la enorme presión que el imperialismo ejerce. Solo pueden responder a la carrera de armamentos adentrándose en ella. El coste es espantoso para las economías de sus países. ¡Cuán pesadamente gravita sobre la economía china la producción de armamento atómico y misiles balísticos!

Finalmente, a las burocracias parasitarias no les queda otro remedio más que llamar a las puertas de las grandes potencias imperialistas, obtener de éstas mercancías, medios de producción, patentes, créditos, a cambio de lo cual tienen poco que ofrecer que interese a las potencias capitalistas, si no es oro y apertura de sus fronteras a la penetración capitalista. Incapaz de poner en pie un desarrollo económico planificado armoniosamente de las diferentes ramas de la economía y entre ellas, las burocracias parasitarias pergeñan y desarrollan reformas económicas cuya tendencia es, más o menos, dejar jugar a las leyes del mercado para regular una economía que aquellas son incapaces de dominar. En este aspecto también les frena el saludable miedo a las masas y les obliga a menudo a retroceder.

Cuanto más se acentúan las contradicciones del modo de producción capitalista, más tiene el imperialismo una imperiosa necesidad de levantar los obstáculos que se oponen a la libre penetración de mercancías y capitales en la URSS, Europa del Este y China, y más crece la presión imperialista militar (carrera de armamentos), económica y política sobre las burocracias parasitarias y contrarrevolucionarias. Las burocracias parasitarias están ansiosas por las repercusiones de la crisis financiera sobre la economía

de la URSS, de Europa del Este e, incluso, de China, y de la marcha hacia la crisis en breve de la economía capitalista, talmente hacen depender la economía planificada de la economía capitalista, de su política y gestión. Ya ha pasado el tiempo en que Stalin afirmaba, próximo a su muerte, que ahora habían dos economías mundiales, dos divisiones internacionales del trabajo, que la URSS estaba en condiciones de acabar con las categorías de la economía burguesa e iba a comenzar los grandes trabajos del comunismo, construir agrociudades, modificar la naturaleza, suprimir la división del trabajo entre ciudad y campo, la división entre trabajo manual e intelectual. Están lejos los tiempos en que Kruschev (y algunos otros) estimaban que en los 10 o 15 años próximos (era en 1955-1960) las mercancías de la URSS y de los países de Europa del Este invadirían el mercado mundial y competirían victoriosamente con las de los países capitalistas desarrollados. La unidad contradictoria de la economía mundial se afirma: la dependencia en relación a la economía capitalista de la economía de los países de Europa del Este y de la URSS deviene aplastante.

El crecimiento de las fuerzas productivas en esos países y la revolución política

Pero no se trata solo de puros datos económicos. Bajo esta forma se expresan relaciones sociales y políticas, relaciones de clases. La muerte de Stalin, la emergencia de la revolución política, han hecho aparecer a la luz del día el lugar que la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites y, en última instancia la de China, ocupan en la lucha de clases mundial: formaciones sociales de naturaleza pequeño burguesa, son los agentes de la reacción burguesa en los países en los que el capital ha sido expropiado y que ellas controlan. Después de la guerra, la potencia política de la burocracia del Kremlin y de su aparato internacional, le permitía discutir de potencia a potencia con el imperialismo estadounidense, colocándose al servicio del orden burgués internacional al mismo tiempo. La burocracia no estaba directamente amenazada pues el proletariado de la URSS estaba agotado por la guerra y los proletariados de Europa del Este estrechamente controlados y sometidos. Ella y los PC gozaban de un enorme capital de confianza a los ojos de partes decisivas del proletariado de Europa. Estaba en condiciones de negociar su acción contrarrevolucionaria, de acabar de expropiar al capital en Europa del Este para hacer corresponder las relaciones de producción en la URSS y en esos países. La emergencia de la revolución política ha modificado profundamente las relaciones entre el imperialismo (el estadounidense en particular) y la burocracia del Kremlin y su aparato internacional. De ahora en adelante dicta su voluntad a la burocracia del Kremlin. La revolución política amenaza directamente a la burocracia del Kremlin y a las burocracias satélites; tienen una necesidad absoluta de ayuda económica de los principales países capitalistas. El imperialismo plantea sus condiciones y juzga sobre la necesidad o no de acordársela. Es indispensable ir más lejos.

Las relaciones políticas traducen las relaciones fundamentales económicas y sociales, su modificación y la exigencia de su transformación. La revolución proletaria resulta de la necesidad de acabar con la propiedad privada de los medios de producción y la estrechez de las fronteras nacionales. La revolución proletaria comenzó en 1917 en Rusia. Expropió el capital en el territorio de la URSS. A consecuencia de la oleada revolucionaria que se desató al final de la Segunda Guerra Mundial, el capital fue expropiado en Europa del Este.

El retraso y las derrotas de la revolución proletaria han aislado a la revolución rusa. Aislada la URSS, el proletariado de la URSS agotado, una burocracia parasitaria y contrarrevolucionaria sembró sobre el terreno que la revolución rusa había labrado. Más

tarde, esta burocracia sojuzgó a los países de Europa del Este, acabando de expropiar allí al capital para colocar en correspondencia las relaciones de producción de esos países y las de la URSS. Las relaciones políticas que existen en la URSS y en Europa del Este son la negación de las relaciones de producción, las contradicen. La planificación sobre la base de la propiedad colectiva de los medios de producción exige la plena participación de los productores en la elaboración y realización de esta planificación. Es decir, el pleno ejercicio por las masas, y en primer lugar por el proletariado, del poder político, la democracia proletaria más profunda y más extendida, el total ejercicio de las libertades en todos los dominios de la vida cotidiana, de la ciencia, el arte y la cultura.

Revolución social y revolución política: misma base objetiva

Pero, por otra parte, recordemos lo que Trotsky escribía:

“El marxismo parte del concepto de la economía mundial, no como una amalgama de partículas nacionales, sino como una potente realidad con vida propia, creada por la división internacional del trabajo y el mercado mundial, que impera en los tiempos que corremos sobre los mercados nacionales.

Las fuerzas productivas de la sociedad capitalista rebasan desde hace mucho tiempo las fronteras nacionales. La guerra imperialista fue una de las manifestaciones de este hecho. La sociedad socialista ha de representar ya de por sí, desde el punto de vista de la técnica de la producción, una etapa de progreso respecto al capitalismo. Proponerse por fin la edificación de una sociedad socialista nacional y cerrada, equivaldría, a pesar de todos los éxitos temporales, a retro-traer las fuerzas productivas deteniendo incluso la marcha del capitalismo.” (Trotsky, *La revolución permanente*, Ruedo Ibérico, Alençon, 1972, páginas 2-3, <http://www.1j4.org/trotsky/revperm/rp0.htm>)

“*La guerra imperialista fue una de las manifestaciones de este hecho*”, manifestación negativa. Otra manifestación de este hecho, manifestación positiva, es la revolución proletaria. Las relaciones de producción salidas de la revolución de Octubre, las fuerzas productivas que se han desarrollado en el marco de esas relaciones se ahogan en los límites de la URSS y de los países de Europa del Este; en Europa del Este, los límites que se le imponen profundizan todas las dificultades, no solo a causa de la estrechez de la base económica de cada país, de la ruptura de sus lazos anteriores, que el auge de las fuerzas productivas hace más sensible, sino también a causa del espolio de la burocracia del Kremlin. La partición de Europa en dos hace intolerables esas contradicciones. Los vínculos milenarios del proceso viviente con los otros países de Europa, de los que se nutrió su identidad nacional, han sido rotos en esos países. El metabolismo económico, social, político y cultural entre Europa del Oeste y la del Este está profundamente herido.

“En realidad las particularidades nacionales representan en sí una combinación de los rasgos fundamentales de la economía mundial.” (Trotsky, *La revolución permanente*, Ruedo Ibérico, Alençon, 1972, página 4; <http://www.1j4.org/trotsky/revperm/rp0.htm>)

El caso extremo es, evidentemente, Alemania cuya carne ha sido desgarrada en vivo.

En la URSS, en Europa del Este, las burocracias distorsionan, roban, dilapidan las fuerzas productivas. El corsé de la burocracia, sin embargo, es mucho más intolerable cuanto más se desarrolla ésta. Las fuerzas productivas se rebelan contra la burocracia. El proletariado crece y se refuerza desde todos los puntos de vista.

Constituye la principal de esas fuerzas productivas. La revuelta positiva de las fuerzas productivas se desarrolla en el plan político: se llama la revolución política.

La marcha de la historia no se acomoda a la lógica formal; por una parte, en Europa del Este y en la URSS la revolución política es una candente necesidad *porque las fuerzas productivas crecen*; por otra parte, la revolución social es una candente necesidad *porque el capital ya no es capaz de desarrollar las fuerzas productivas*. En realidad, se trata de un único y mismo proceso. La revolución política es necesaria en Europa del Este y en la URSS porque la conquista de la revolución social tropieza con la reacción burguesa que las burocracias parasitarias encarnan. La revolución social en Europa del Oeste retomará y acabará, conjuntamente con la revolución política, lo que comenzó la revolución de Octubre. Así se romperán los corsés que se oponen al desarrollo de las fuerzas productivas, o las limitan o deforman. Así, las condiciones políticas y sociales de la constitución de los Estados Unidos Socialistas de Europa se realizarán. La necesidad de la unidad europea es una de las más potentes palancas de la revolución social y de la revolución política que constituyen la revolución europea.

El estallido de la revolución social, su victoria en Europa del Oeste, es una imperiosa necesidad para las masas de Europa del Este y de la URSS. La revolución política y su victoria son una necesidad no menos imperiosa para los proletariados de los países capitalistas europeos. El imperialismo y las burocracias parasitarias colaboran estrechamente para mantener el orden europeo establecido en Yalta y Potsdam. La burocracia del Kremlin, perfectamente con el hecho de la ligazón orgánica entre la revolución social y la revolución política, defiende incondicionalmente el orden burgués, las mismas formas de dominación política de la burguesía que existen en cada uno de los países capitalistas europeos. El imperialismo lleva su ataque contra las masas de la URSS y de Europa del Este por mediación de las burocracias parasitarias. Las ayuda, y las ayudará, a contener y reprimir la revolución política. Además de la perspectiva histórica, en el plano político inmediato, y éste es una función de aquella, los proletariados del conjunto de Europa tienen los mismos enemigos: el imperialismo, las burocracias parasitarias, la burocracia del Kremlin que constituye el centro de aquellas, su aparato internacional, los PC. Revolución social y revolución política están, pues, unidas íntimamente desde todos los puntos de vista, el objetivo de los Estados Unidos Socialistas de Europa les es común.

La revolución proletaria y la unidad de la nación, del pueblo, del proletariado alemán

De estas tesis consagradas a la revolución mundial puede que lo más chocante sea la ausencia total de referencia a Alemania, al pueblo alemán, al proletariado alemán, a la revolución alemana.

Sin embargo, la victoria de la revolución proletaria en Alemania, será la quasicerteza de la victoria de la revolución proletaria en Europa, si no su punto final, y un inmenso paso hacia la victoria de la revolución proletaria mundial. Las grandes potencias imperialistas lo saben, la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites lo saben.

En 1943-1945 decidieron proseguir la guerra hasta la ocupación militar completa de Alemania para prepararse de cara a la eventualidad de la revolución en Alemania. Temían que el hundimiento del aparato militar, del aparato de estado nazi, abriese de parte a parte todas las compuertas al desencadenamiento de la revolución proletaria en Alemania si no se levantaba una potente fuerza represiva. A pesar de ello, el proletariado alemán no se mantuvo pasivo al final de la guerra: surgieron comités

obreros, el proletariado en el Este y en el Oeste comenzó a expropiar al capital, a gestionar las fábricas. El fenómeno fue particularmente marcado en la zona de ocupación rusa, los capitalistas y agricultores huyeron mayoritariamente al Oeste. La represión se abatió pesadamente sobre las masas alemanas, sobretodo en el Este, al mismo tiempo que las fábricas eran en gran parte desmanteladas y las riquezas robadas. Partes enteras del pueblo alemán fueron deportadas y debieron huir de sus provincias natales, cazadas por la burocracia del Kremlin: de Prusia Oriental, de Silesia, de los Sudetes. Así, las potencias imperialistas y la burocracia del Kremlin, jugando ésta el principal papel, impidieron que en 1944-1945 se produjese la revolución alemana. La expropiación de los capitalistas alemanes en el Este es un subproducto de las iniciativas del proletariado alemán. Es poca cosa en comparación con el salvamento del conjunto del capitalismo alemán que fue posible gracias a la división de Alemania, de la política contrarrevolucionaria de aplastamiento y espolio de las masas alemanas.

La división en dos de Alemania, de la nación alemana, del proletariado alemán, la política de la burocracia del Kremlin, le es indispensable a la burguesía alemana, teniendo en cuenta las relaciones entre las clases, para mantener la estabilidad social y política en Alemania. Al mismo tiempo, el imperialismo alemán tiene una necesidad orgánica de invertir y recuperar económicamente el Este de Alemania, y que se abra a la libre circulación de mercancías y capitales la Europa del Este. Intrínsecamente, la burguesía alemana es políticamente débil, muy débil. Su fuerza política proviene de la confluencia de la política de la burocracia del Kremlin y del apoyo del imperialismo USA. Lo que trava políticamente al proletariado alemán es la política del Kremlin de división de Alemania, el miedo al estalinismo.

La fuerza política de la burguesía inglesa sigue siendo considerable. Proviene de un secular enraizamiento, de una estabilidad de sus instituciones políticas igualmente secular. Apuntalada por el Labour Party y el aparato de las TUC, está en condiciones de soportar el peso de una larga decadencia, manteniendo un relativo equilibrio entre las clases. Sin embargo, la combinación del hundimiento de la economía capitalista inglesa y del ascenso de la revolución en Europa abriría en Inglaterra una crisis revolucionaria. Las relaciones sociales y políticas en Inglaterra devienen ya más difíciles. Se orientan hacia una creciente inestabilidad a través de la cual la revolución proletaria abrirá una vía. La burguesía alemana nunca ha tenido instituciones políticas estables, que ella dirigiese directamente. Llegada tarde, no realizó por sí misma la unidad alemana y las tareas democráticas burguesas. Entre 1918 y 1933 estuvo amenazada casi constantemente por la revolución proletaria. Para evitar la revolución y superar la crisis económica preparando la guerra e intentando asegurarse por segunda vez la hegemonía en Europa, abandonó el poder político y confió el estado burgués a las bandas hitlerianas, que fue incapaz de desalojar del poder, para evitar el desastre, a causa del miedo al demonio de la revolución proletaria. El estado burgués alemán fusionado a las bandas hitlerianas se hundió al final de la guerra. En 1945 estaba hecho trizas. Solo gracias a la política estalinista, bajo la tutela y protección de las armas de ocupación imperialista y el soporte y ayuda directa del imperialismo USA, pudo ser reconstruido trozo a trozo.

La aceleración de la marcha hacia la crisis, la dislocación del mercado europeo y mundial, conjugada con la revolución proletaria abierta en España, Italia y Francia, revelará esta debilidad política de la burguesía alemana y de su estado. Por el contrario, mostrará la potencia del proletariado alemán y su capacidad para renovar su gloriosa tradición revolucionaria. El partido burgués más importante después del fin de la guerra, el CDU-CSU, está ya en crisis. El partido liberal solo es una sombra. Las bases de un nuevo hitlerismo ya no existen en Alemania Occidental: el imperialismo alemán no

tiene el necesario vigor. Solo al final de un largo proceso político hecho a base de una sucesión de muy duras derrotas del proletariado, no solo en Alemania Occidental sino en Europa, podría renacer y postularse para el poder un neofascismo. La única solución política que la burguesía tiene para contener al proletariado alemán, cuando la tensión económica y social es todavía limitada, es dejar a la socialdemocracia y al espectro del estalinismo en el gobierno. El imperialismo USA lo ha entendido perfectamente: ha “enredado” a Strauss en el escándalo “Lookheed” justo antes de las elecciones y, así, ha votado socialdemócrata.

Pero Alemania no acaba en el muro de Berlín, o en el Elba. No hay dos naciones alemanas ni dos pueblos alemanes.

En verdad no hay ni incluso dos estados alemanes. Sean cuales sean sus debilidades, aunque quedó hecho añicos en 1945, el estado burgués alemán tiene orígenes históricos y representa una determinada continuidad. Es el estado de una clase de la nación alemana: la burguesía. Es, pues, un estado alemán. El estado instalado en Alemania del Este, que la encorseta, no tiene ninguna raíz en el pueblo alemán. Es el instrumento de opresión que la burocracia del Kremlin ha construido en Alemania del Este. Es un cuerpo extraño al pueblo alemán y que éste rechaza. Si la burocracia del Kremlin no tuviese el dominio sobre el Este de Alemania, este estado se desvanecería. La expropiación del capital en el Este de Alemania, a la que el proletariado alemán está vinculado, se mantendrá y esto produce escalofríos a la burguesía alemana, al imperialismo y a la socialdemocracia. Los recientes acontecimientos muestran que lo único que hace levantar la hipoteca estalinista es acelerar la marcha hacia la revolución en Alemania.

En Alemania, la revolución social y la revolución política se juntan directamente. Al peso tradicional del proletariado alemán, al rol decisivo clásico que tiene que jugar en el proceso de la revolución proletaria, se une esa relación particular. Es pues inconcebible que unas tesis consagradas a la “revolución mundial” enmudezcan sobre la revolución alemana.

Cuanto más al orden del día estén conjuntamente en Europa la revolución social y la revolución política, más se comprometerá el proletariado alemán en el proceso revolucionario europeo y el punto de unión de éste será Alemania.

Actualidad de la revolución política

La tesis 20 es formalmente inversa a las que conciernen a la revolución social en los países capitalistas avanzados de Europa; no es, sin embargo, más justa: la revolución política en Europa del Este, la lucha contra la opresión nacional en esos países, no será posible mientras que no estén maduras y a punto de estallar en la URSS. De seguir la lógica del camarada Ernest Mandel, que resguarda tras los sentimientos prestados a las masas de los países de Europa del Este, sería necesario incluso que comenzasen en la URSS. ¡Helas! Desde el doble punto de vista objetivo y subjetivo no se estaría lejos: “*la falta de conciencia y de perspectivas políticas en el proletariado soviético [...] el aumento lento pero regular del nivel de vida de los obreros en la URSS*” se oponen a ello.

La omisión a propósito del impasse económico, social y político de la burocracia del Kremlin y de las burocracias satélites no es una omisión: este impasse no existe, nos deja suponer el camarada Ernst Mandel. No ve las causas objetivas que empujan a la revolución política en la URSS y en los países de Europa del Este.

Insistimos de nuevo: una de las características del nuevo período de la revolución que se abre es la confluencia, la fusión, de la revolución social y de la

revolución política, sus lazos potentes y estrechos, de una gran vitalidad. Los acontecimientos que se desarrollan en Polonia desde 1970 lo confirman. La llama de la revolución brilla en Polonia. Su fuego late en Europa del Este y en la URSS.

La burocracia del Kremlin lo sabe y lo teme más que nadie. Para intentar detener las contradicciones económicas, sociales y políticas en Polonia, acaba de conceder mil millones de rublos de préstamo a la burocracia polaca. Las grandes potencias imperialistas lo saben y lo temen igualmente; la burocracia polaca les debe ocho mil millones de dólares, le concederán otros créditos. Polonia es la parte más visible, en razón de la actividad revolucionaria abierta del proletariado (las contradicciones insolubles de la burocracia polaca se ven a la luz del día), de una situación que afecta a todos los países de Europa del Este y de la URSS. La economía de todos esos países depende de los créditos que el imperialismo le concede. En todos lugares se tensan los mismos antagonismos sociales y políticos.

Es necesario invertir por completo la oración del punto a) de la Tesis 20 y escribir:

“La actitud cada vez más prudente de la burocracia del Kremlin frente al proletariado polaco es la prueba que en los países de Europa del Este los mismos procesos sociales y políticos están en marcha y pueden, de forma brutalmente sorprendente, manifestarse a la luz del día. La posibilidad de aislar la revolución política a tal o tal otro país y de aplastarla deviene incierta. La burocracia del Kremlin está particularmente alarmada porque en la URSS el proletariado opone su fuerza de inercia a su política. Muy rápidamente, bajo el efecto del soplo de la revolución política desarrollándose en Alemania del Este, Polonia, Hungría y Checoslovaquia, la resistencia del proletariado puede transformarse en lucha activa contra la burocracia de la URSS. Igualmente, la resistencia de las nacionalidades de la URSS, especialmente Ucrania, pero también otras nacionalidades oprimidas, puede activarse rápidamente también. Estas son causas fundamentales de crisis y discordias en la burocracia del Kremlin, de las burocracias satélites y entre ellas.”

La dictadura de hierro de la burocracia del Kremlin, de las burocracias satélites, el monopolio del poder y de los medios políticos que ejercen, obliga a los procesos políticos a caminar subterráneamente. En consecuencia, es más difícil dar fe de ellos que del de los países capitalistas de Europa donde se expresan a la luz del día. Ello no quiere decir que no existan. Son las burocracias las que, por su política, por las contradicciones que dejan aparecer, dan fe. Pero una vez abiertas las primeras brechas, las primeras grietas en el seno de las burocracias, la experiencia prueba que las masas afluyen rápidamente.

Cuando el camarada Ernest Mandel invoca Europa del Oeste, acantona la revolución proletaria a algunos países, y ello para un período que aparenta ser relativamente largo. Pero para él, en Europa del Este, la revolución política debe ser global o no ser, sin lo que será aplastada. En los dos casos, no se puede estar de acuerdo. La revolución proletaria comenzará en un país determinado tanto en el Oeste como en el Este. Interferirá con la lucha de clases en los otros países; se extenderá más o menos rápidamente a los otros países. Por otra parte, la burocracia del Kremlin, las burocracias satélites, el aparato internacional del Kremlin, sufren una profunda crisis que proviene de su incapacidad para definir una política eficaz contra la revolución en ascenso en Europa. Al fuego de la revolución social y política esta crisis solo puede acentuarse, desgarrar más profundamente a las burocracias parasitarias y contrarrevolucionarias, los PC, hacer más difícil la represión brutal. La actitud del Kremlin cara a Polonia lo prueba. Naturalmente nada está decidido de antemano: el

enfrentamiento de las fuerzas vivas decidirá. Además, no está excluido que la revolución política no comience en España, Italia o en Francia. Puede que la revolución social y la revolución política estallen simultáneamente en un país de Europa del Oeste y en otro de Europa del Este.

Son posibles numerosas combinaciones y relaciones. No sirve de nada especular. Lo importante es saber que en todos los casos se trata de la revolución europea.

Este conjunto de razones hacen que el proletariado alemán en su conjunto se encuentre en el corazón de la revolución proletaria en Europa. La consigna de los Estados Unidos Socialistas de Europa está de actualidad porque traduce muy estrictamente la naturaleza de la revolución europea que se adelanta, las tareas que tiene que realizar, su unidad orgánica.

Es preciso recordar que Trotsky escribió en alguna parte:

“La consigna de los Estados Unidos Socialistas de Europa es una consigna transitoria, de la misma forma que la del gobierno obrero y campesino.”

Con otras palabras, esta consigna es central, capital, igual que la del Gobierno Obrero y Campesino. La relación entre la consigna del Gobierno Obrero y Campesino y la de los Estados Unidos Socialistas de Europa que Trotsky establece da cuenta del carácter nacional e internacional de la revolución permanente.

¿Es preciso oponer el todo a la parte?

El camarada Ernest Mandel encuentra razones morales inspiradas en el más puro internacionalismo para, “*desde el punto de vista programático*” rechazar la consigna de los Estado Unidos Socialistas de Europa, que en la tesis 16 acepta desde punto de vista táctico pero limitado a Europa Occidental.

“24.- Desde un punto de vista programático, la consigna de los Estados Unidos Socialistas de Europa ha sido ahora superada por la necesidad de luchar por los Estados Unidos Socialistas del Mundo. Los problemas clave de la política y de la economía mundiales, el subdesarrollo, el hambre, la necesidad de evitar un destrucción nuclear, la necesidad de evitar la destrucción de los recursos naturales, etc., solo pueden resolverse por una *economía mundial planificada*. El crecimiento del número de estados obreros y la necesidad de superar toda relación de egoísmo nacionalista entre ellos, conduce a la misma conclusión. Toda noción que, desde un punto de vista programático, conceda la prioridad a una planificación común con los estados obreros “ricos”, la URSS y Europa del Este, contra los “pobres” de Asia, sería monstruosa. Toda estrategia mundial por el socialismo que no tenga en cuenta los problemas específicos y la sensibilidad de los países subdesarrollados, llevará al desastre.

En tanto que partido mundial de la revolución socialista, la IV Internacional debe expresar conscientemente la necesidad de esta planificación mundial, y debe construir una dirección mundial manteniendo este objetivo presente. Todas las prioridades continentales o regionales deben estar subordinadas a esta prioridad estratégica.”

La tesis 24 deja perplejo: oponer una “*economía mundial planificada*”, los “*Estados Unidos Socialistas del Mundo*” a “*los Estados Unidos de Europa*” significa oponer a la revolución en Francia la revolución europea. Incluso cuando la revolución haya vencido a escala mundial, las naciones, las relaciones económicas, sociales y políticas en un continente, sobre tal o cual espacio geográfico, no desaparecerán. Se puede prever que se constituirán estados unidos socialistas en América Latina, África,

el Medio Oriente, Asia. La necesidad de tales consignas se deduce de las exigencias de la lucha política por la revolución proletaria. Concretan el contenido internacionalista de la revolución proletaria y responde a exigencias económicas, sociales, políticas e incluso culturales. Levantar contra la consigna de los Estados Unidos Socialistas de Europa la de los Estados Unidos Socialistas del Mundo es puramente artificial y superficial. La “*solidaridad con las secciones clave del mundo [¿?] colonial y semicolonial*” no se cuestiona, bien al contrario. Volveremos sobre el asunto.

Este artificio impide dar las respuestas convenientes a la actualidad de la revolución social y de la revolución política a la que responde la perspectiva de los Estados Unidos Socialistas de Europa. Hay que dar un contenido a esa consigna para hacer de ella una perspectiva concreta. Ahora bien, aquello que le da ese contenido nos conduce, precisamente, a Alemania, al pueblo alemán, a la revolución alemana. Los Estados Unidos Socialistas de Europa son, evidentemente, incompatibles con el mantenimiento de la división de Alemania, de la nación alemana, del pueblo alemán. No respetan el tabú de la neutralización del proletariado alemán, del mantenimiento del muro de Berlín y de las alambradas electrificadas que dividen Alemania. Hay que anular el acto reaccionario que la división de Alemania fue y sigue siendo. La perspectiva de los Estados Unidos Socialistas de Europa exige pronunciarse por la unidad incondicional de Alemania, de la nación alemana, del pueblo alemán, por tanto del proletariado alemán. Para realizar la dictadura del proletariado, constituir la república alemana de los consejos, el proletariado alemán necesita la unidad alemana. Es uno de los primeros objetivos de su lucha de clases.

Igualmente, dar un contenido concreto a la consigna de los Estados Unidos Socialistas de Europa exige que sean integradas en el programa de la revolución proletaria tareas democráticas, de la unidad e independencia nacionales, que la decadencia del modo de producción capitalista ha cuestionado; o bien que la burguesía no ha sido capaz de cumplir hasta el final; o que el reparto de Europa ha hecho surgir; o, por fin, que resulten de la opresión que la burocracia del Kremlin ejerce sobre la Europa del Este y en la URSS. Son candentes. Alemania plantea tales problemas. Pero en Europa del Este y en la URSS, la cuestión de las libertades en todos los dominios de la vida social, en política, en las artes y en la literatura es una de las más importantes cuestiones de la lucha por la revolución política. Las de la unidad y la independencia nacional hasta el derecho de separación (cf. Trotsky sobre Ucrania) no lo es menos. Dar un contenido a la consigna de los Estados Unidos Socialistas de Europa exige denunciar todos los acuerdos y los pactos imperialistas: OTAN, Pacto Atlántico, CEE, etc., exigir la retirada de las tropas extranjeras imperialistas de allí donde se encuentren (en Alemania, por ejemplo) pero también la denuncia del pacto de Varsovia, de la COMECON, y de todos los acuerdos impuestos por el Kremlin o firmados entre las burocracias parasitarias, exigir la retirada incondicional de las tropas del Kremlin de Alemania del Este y de todos los países de Europa del Este. La defensa de la URSS y de las relaciones de producción que existen en Europa del Este pasa por la revolución política.

El camarada Ernest Mandel, tras haber considerado que “*la revolución política no era una perspectiva inmediata*”, escribe al final de la tesis 20:

“El papel clave jugado por el ascenso y la victoria de la revolución socialista en Europa Occidental para superar esos obstáculos ya ha sido señalado. Ha sido confirmado de manera embrionaria por la experiencia limitada de la Primavera de Praga y por el pánico que ella provocó en los burócratas que temían que se desatase un movimiento *universal* a favor de la autogestión y de la democracia socialista en Europa del Este y en la Unión Soviética a causa de la

“experiencia checa”. Los efectos de un ejemplo todavía más avanzado en Europa del Oeste excluyendo la intervención militar del Kremlin serían más profundos, incluso si eran menos rápidos que los de la Primavera de Praga.”

No se trata de “autogestión” sino de restablecer o establecer el poder de los soviets, la dictadura del proletariado que condicione la posibilidad para las masas de controlar la elaboración y realización del plan y de controlar toda la actividad social y política. Se trata de levantar la democracia soviética que dará los medios de un desarrollo sin ejemplo de la cultura. Se trata de retomar y acabar aquello que la revolución rusa comenzó. Tales son las tareas de la revolución europea, que incluye la revolución política.

Confirmación de una hipótesis teórica

La forma en que el camarada Ernest Mandel trata sobre la revolución en los países coloniales o semicoloniales, más o menos directamente sometidos al imperialismo, no es menos satisfactoria:

“La razón fundamental de esta larga cadena de derrotas de la revolución colonial reside en la adhesión de su dirección a la concepción de la revolución por etapas, por razones ante todo sociales (en los casos en los que la dirección es principalmente burguesa o pequeño burguesa).”

Los términos de “revolución colonial” solo pueden introducir confusión. La burguesía y la pequeña burguesía son incapaces de llevar a bien la lucha antiimperialista, en consecuencia de su pertenencia al modo de producción capitalista que, en la fase del imperialismo, depende de esas grandes potencias. Las relaciones entre las clases a escalas internacional y nacional ponen, en la época actual, al orden del día la revolución proletaria. La revolución en los países coloniales tiene tareas específicas que cumplir. Las relaciones de clases son particulares, pero es parte de la revolución mundial. No es más exacto que esto sea: *“por razones principalmente ideológicas (en los casos en los que es de predominancia estalinista pro-Moscú o pro-Pekin)”*.

La ideología no tiene nada que ver en esto. La burocracia del Kremlin y la de Pequín están a favor de la coexistencia pacífica, contra la extensión de la revolución proletaria en el mundo. Cada vez más, actúan directamente al servicio del imperialismo estadounidense. Es suficiente con recordar lo que acaba de pasar en el Medio Oriente y Líbano. No podemos analizar aquí el curso de los acontecimientos, la intervención de Siria, los acuerdos de Riyadh. Pero qué terrible ilustración de lo que significa la Santa Alianza contrarrevolucionaria a la que han cooperado los estados feudales burgueses de la pretendida “nación árabe”. La “ideología”, ni por parte del Kremlin ni por parte de los dirigentes de los estados árabes, no tiene nada que ver con todo esto: es la lucha contra la revolución en el momento en que acaba de abrirse el nuevo período de la revolución mundial. Cada uno se une claramente al campo de clase al que pertenece.

La última parte de esta tesis afirma:

“Lo que ha sido confirmado negativamente por esas derrotas (y positivamente confirmado por las victorias china, cubana y vietnamita), son las concepciones fundamentales correctas de la teoría de la revolución permanente, es decir que bajo la presión de un levantamiento revolucionario de masas de los obreros y campesinos en los países coloniales y semicoloniales, la burguesía de esos países está obligada a pasar masivamente al campo de la “burguesía nacional”. Toda subordinación del proletariado a su dirección política, al aparato

del estado burgués, al ejército, desarma inevitablemente al proletariado frente al asalto de la contrarrevolución.”

La “*burguesía nacional*” está, en efecto, obligatoriamente ligada y finalmente subordinada al imperialismo. La independencia de clase del proletariado es indispensable pues solo el proletariado puede resolver las tareas democráticas burguesas, realizar la unidad e independencia nacional que forman parte, obligatoriamente, de su propio programa. En este sentido, es el jefe nacional que la burguesía, incluso “nacional”, no puede ser, y dirige la revolución. Dirigiendo la revolución, apoyado en todas las capas explotadas de la ciudad y el campo, toma el poder por su propia cuenta y comienza a realizar tareas revolucionarias que le son propias, conjuntamente a las tareas democráticas. Escribir “*las victorias china, cubana y vietnamita confirman positivamente la teoría de la revolución permanente*” es un poco rápido. Confirman, sobretodo, una posibilidad teórica incluso en el programa de fundación de la IV Internacional:

“No obstante no es posible negar categóricamente a priori la posibilidad teórica de que bajo la influencia de una combinación muy excepcional (guerra, derrota, crack financiero, ofensiva revolucionaria de las masas, etc...). Los partidos pequeño burgueses sin excepción a los stalinistas, pueden llegar más lejos de lo que ellos quisieran en el camino de una ruptura con la burguesía.” (Trotsky, *Programa de Transición*, Akal, Madrid, 1977, página 39; <http://www.marxists.org/espanol/trotsky/1938/prog-trans.htm>)

Las revoluciones china, vietnamita y cubana se explican en razón de circunstancias excepcionales que revelan la podredumbre generalizada del sistema imperialista, de condiciones específicas a los países, de la lucha de clases mundial.

Pero la naturaleza de las direcciones china, vietnamita y cubana no ha sido modificada por el hecho que hayan ido más lejos de lo que ellas querían ir en la vía de ruptura con la burguesía. Siguen siendo direcciones burocráticas y pequeño burguesas. Se olvida muy a menudo citar hasta el final este pasaje del programa de la IV Internacional:

“En cualquier caso una cosa está fuera de dudas: aún en el caso de que esa variante poco probable llegara a realizarse en alguna parte y un “gobierno obrero y campesino” - en el sentido indicado más arriba- llegara a constituirse, no representaría más que un corto episodio en el camino de la verdadera dictadura del proletariado.” (Trotsky, *Programa de Transición*, Akal, Madrid, 1977, página 39; <http://www.marxists.org/espanol/trotsky/1938/prog-trans.htm>)

La transición es más larga de lo que estaba previsto. Pero esto no es más que un episodio. Por más lejos que hayan ido el Partido Comunista Chino, el Partido Comunista vietnamita, el Movimiento del 26 de Julio, en la ruptura con la burguesía, no han ido hasta el final: hasta el final, es decir hasta la revolución proletaria mundial. El dilema siguiente sigue planteado: o bien la reacción burguesa acabará triunfando en esos países o bien se establecerá la dictadura del proletariado, y esto en relación con la revolución mundial.

La política de la burocracia china lo confirma plenamente, tanto en China como internacionalmente. La de Castro la ha llevado a sostener contra las masas la intervención de la burocracia del Kremlin en Checoslovaquia, De Gaulle en mayo de 1968, la junta militar peruana, la Unidad Popular en Chile; a substituir la lucha de clases por el foquismo en América Latina. Ni en China, ni en Vietnam ni en Cuba, las conquistas de la revolución están aseguradas. La revolución no está acaba. Contra las burocracias en el poder, contra la claqué pequeño burguesa de Castro, el proletariado debe hacer una nueva revolución: tomar el poder, instaurar la dictadura del proletariado.

La victoria final depende de esta nueva revolución, de la construcción del partido revolucionario basado en el programa de la IV Internacional, de la conjunción con la revolución proletaria en los países económicamente desarrollados.

Sin embargo, la posibilidad teórica que el *Programa de Transición* formulaba sigue siendo muy actual. La crisis conjunta del imperialismo y de la burocracia del Kremlin, la descomposición del sistema imperialista, pueden crear, sobretodo en los países económicamente atrasados en los que las raíces de la burguesía son débiles, situaciones del tipo de las que se produjeron después de la Segunda Guerra Mundial.

A este respecto, habría mucho que decir a propósito del crecimiento del proletariado en numerosos países económicamente atrasados. Pero pasemos.

La burocracia china, la del Kremlin, la revolución mundial

Las Tesis 22 y 23 son bastante remarcables. Así:

“Las raíces ideológicas del nacionalismo pequeño burgués reaccionario que domina la dinámica de este conflicto tanto en Moscú como en Pequín, encuentran sus orígenes en la teoría del “socialismo en un solo país”; no sigue siendo menos válido que la autonomía que ha tomado este conflicto en un nivel estatal, su impacto reaccionario sobre la lucha de clases internacional y la revolución colonial, y la manera en que el imperialismo ha sido capaz de sacar ventaja de él, supera de lejos su aspecto ideológico inicial.”

Entonces, se trataría, al principio al menos, de “*un conflicto ideológico*”. La “*ideología*” tiene buenas espaldas: lo que está en el origen del conflicto son intereses materiales contradictorios de las burocracias de la URSS y de la burocracia china. Igualmente, la pseudo “teoría” de la “*construcción del socialismo en un solo país*” no es más que un vulgar disfraz, camuflaje, de los intereses conservadores de las burocracias parasitarias, y en primer lugar de los intereses de la del Kremlin. Desde siempre, la burocracia del Kremlin ha intentado estrangular la revolución china. Durante los años sessenta se esforzó en hacer de China un objeto de mercadeo entre ella y el imperialismo estadounidense. La burocracia china se mantenía en el terreno de la defensa de sus privilegios. Buscaba establecer entre ella y el imperialismo una “coexistencia pacífica” que respetase sus intereses particulares de casta privilegiada. La base de un acuerdo solo se podía encontrar en detrimento de los del proletariado mundial, contra la revolución y, eventualmente, a costa del Kremlin. El imperialismo solo podía que “*sacar ventaja*”.

El balance entre los aspectos “positivos” y “negativos” de las políticas recíprocas de las burocracias china y del Kremlin no es muy convincente.

“Durante la primera fase del conflicto, principalmente durante los años sesenta, el Kremlin jugó, incontestablemente, el papel más reaccionario. Se alió con la India burguesa contra el estado obrero chino, apoyó *gobiernos reaccionarios* en diversos países semicoloniales, contra los partidos comunistas locales, y rechazó toda ayuda militar y política a la República Popular de China cuando se encontraba en una crisis seria. De forma más general, introdujo en las filas de los partidos comunistas, en particular en los partidos comunistas de estados obreros ellos mismos, prejuicios absolutamente reaccionarios, como la “necesidad de defender la civilización occidental contra el peligro amarillo” o el menosprecio chovinista hacía los “campesinos que quieren construir el comunismo a partir de un bol de arroz”. No es sorprendente que la corriente maoísta o las tendencias semimaoístas hayan sido capaces, durante este período, de ganar un amplio apoyo entre las capas oprimidas en revuelta en los países

semicoloniales, e incluso en los países imperialistas, contra tales ideologías fundamentalmente reaccionarias y contrarrevolucionarias.

Durante la segunda fase de este conflicto, esencialmente después del fin de los años sesenta y el principio de la década siguiente, los términos del debate se invirtieron de manera radical. Hoy en día, la burocracia maoísta desarrolla una ideología y política de lejos más reaccionaria que la del Kremlin o de los partidos comunistas oficiales. Para empezar, con la concepción de las “dos superpotencias” consideradas como igualmente nocivas, una racionalización ideológica por Pequín de las maniobras diplomáticas en la URSS y en determinados países de Europa del Este, Mao ha resbalado gradualmente hacia la concepción del “socialimperialismo” presentado como el peligro principal. Esto ha llevado al renacimiento de la OTAN y del rearme nuclear del imperialismo europeo, a la defensa de la “patria” capitalista en Europa Occidental contras “amenazas militares de Moscú”, a intervenciones abiertamente contrarrevolucionarias en las revoluciones angoleña y portuguesa y a alianzas con fuerzas abiertamente procapitalistas, no solo contra partidos comunistas sino, incluso, contra movimientos de masas independientes del proletariado.”

Poner todo en el mismo saco es siempre un error que puede tener importantes consecuencias políticas negativas: confundir el PCCh y el PCUS, la burocracia china y la burocracia del Kremlin, participa de este tipo de error. Distinguir lo que le es específico es indispensable. El PC chino, tuvo que romper con la burocracia del Kremlin para tomar el poder: en este sentido, no es un partido estalinista. Es el partido de una burocracia cuyo embrión ha tomado directamente el poder y que se ha constituido, reforzado, sin tener que destruir los soviets (no existían), sin tener que destruir un partido bolchevique que no existía y transformarlo en partido de la burocracia victoriosa: este partido existía ya, era el mismo PCCh.

Para llegar al poder, para reforzar ese poder, la burocracia china no recurrió, pues, a las terribles e inmensas purgas a las que tuvo que recurrir la del Kremlin. Pero después de tomar el poder, la burocracia china va de crisis en crisis. No es necesario recordarlas aquí.

Tomada como entre tenazas entre la burocracia del Kremlin y el imperialismo estadounidense, sufriendo las consecuencias a largo plazo de la política aventurera del “gran salto hacia delante”, la burocracia china se dividió profundamente. Una de sus alas enraizadas en el partido, en la economía, en el estado, estaba presta a capitular ante el Kremlin y Washington y a volver, más o menos, a las leyes del mercado como regulador de la economía. Otra ala, reagrupada tras Mao Zedong, combatió esta capitulación. Debió llamar a una movilización controlada y deformada de las masas contra el ala presta a aliarse con el Kremlin y Washington, y tuvo que romper el aparato del estado, del partido y de la economía. Fue la “revolución cultural”. Había grupos intermedios, sin duda. Las posiciones de unos y otras no eran claras. La batalla se desarrollaba a partir de temas totalmente “ideológicos” y a menudo sorprendentes que ocultaban los verdaderos problemas. Los trotskystas no podían mantenerse neutrales: contra la capitulación ante el Kremlin y Washington, es decir contra el cuestionamiento de las conquistas de la revolución, debían apoyar incondicionalmente la defensa de esas conquistas. Incondicionalmente, es decir sin ponerle a Mao la condición que adoptase el programa de la revolución política. Pedirle al ala maoísta que adoptase el programa de la revolución política significaba que Mao podía convertirse en trotskysta, partidario de la IV Internacional, en resumidas cuentas: significaba negar la necesidad de la revolución política o utilizar una simple marrullería para mantenerse “neutrales”.

Durante la “revolución cultural”, los maoístas continuaban defendiendo a la capa burocrática privilegiada y a sus intereses. Reaccionaron violentamente contra las tentativas de superar los límites de la “revolución cultural”, tendencia natural de las masas. Desde el momento en que se perfiló la amenaza de la revolución política tras la “revolución cultural”, reprimieron violentamente al movimiento y pusieron todo en obra para reconstruir el aparato burocrático dislocado. En el mismo curso de la “revolución cultural”, la política internacional del ala maoísta no dejó de ser una política tendente a la “coexistencia pacífica” a la china. Seguía siendo reaccionaria. Los temas que Lin Biao desarrollaba, el cerco de las ciudades por el campo, del imperialismo por los países atrasados, pretendían encontrar aliados en el seno de las “burguesías nacionales” para hacer presión sobre el imperialismo, combatiendo la revolución proletaria al mismo tiempo, tanto en las metrópolis imperialistas como en los países coloniales o semicoloniales. Igualmente hay que recordar qué dramas provocó esta política: el Partido Comunista indonesio, que Pequín inspiraba directamente, paralizó a las masas, sostuvo sin descanso a Sukarno y la claqué militar. Así permitió que se preparase el golpe de estado militar y la masacre de cientos de miles de obreros, campesinos y militantes.

“Durante la segunda fase de este conflicto, esencialmente después del fin de los años sesenta y el principio de la década siguiente, los términos del debate se invirtieron de manera radical. Hoy en día, la burocracia maoísta desarrolla una ideología y política de lejos más reaccionaria que la del Kremlin o de los partidos comunistas oficiales.”

¿En qué se invirtieron los términos del debate? La defensa de los intereses de la burocracia china solo podía llevar a la represión de las masas en China y a buscar un acuerdo con el imperialismo estadounidense contra la revolución proletaria que amenazaba en el mundo. Su participación en la nueva alianza contrarrevolucionaria no hacía más que confirmar el carácter profundamente reaccionario de la burocracia China. En ningún caso se trata de “debate” entre el Kremlin y Pequín. ¿En qué y por qué habría devenido “*más reaccionaria que la del Kremlin o de los partidos comunistas oficiales*”?

Bajo la égida del imperialismo estadounidense, las burocracias china y del Kremlin han estado de acuerdo para imponerle al pueblo vietnamita los acuerdos de París en enero de 1973. Si esos acuerdos se han hundido, esta burocracia lo lamenta profundamente, y ello no dejará de plantearle algunos problemas. Están de acuerdo en ser los agentes de la política del imperialismo USA en el Medio Oriente. Están de acuerdo en cerrar la vía a la revolución proletaria en Europa: los frente populares que practican los PC a instigación del Kremlin equivalen a la política de la burocracia china de apoyo a las burguesías europeas, la OTAN, etc.”*El acuerdo sobre la seguridad y la Cooperación en Europa*”, que los imperialismos europeos, el imperialismo USA, la burocracia del Kremlin y las burocracias de la Europa del Este signaron en Helsinki, en julio de 1975, defiende el orden europeo actual que integra el Pacto Atlántico, la presencia de USA en Europa, así como el pacto de Varsovia. Sobre esta base se apoya la cooperación contrarrevolucionaria. El PCI, que apoya al gobierno demócrata cristiano, no cuestiona a la OTAN, ni el PCF, ni el PCE, ni el PCP. Las burocracias china y del Kremlin son también adversarias completamente resueltas de la revolución política en Europa del Este, y bien seguro que en la URSS. Es suficiente con recordar la brutal reacción de Pequín contra la revolución húngara de los consejos, los virulentos reproches dirigidos al Kremlin acusado de “debilidad”.

No hay que “meter todo en el mismo saco”, pero hay que analizar las relaciones que existen entre los fenómenos y las fuerzas sociales y políticas. El PCCh ha roto con el Kremlin, la burocracia china no es identificable con la del Kremlin. El PCCh no es

menos un producto de la degeneración de la Komintern y de la revolución rusa, la existencia de la burocracia china depende de la existencia de la del Kremlin. El papel contrarrevolucionario mundial de la burocracia del Kremlin no pudo impedir la revolución china, pero la deformó. El PCCh, formado con los métodos estalinistas, la dirigió. En cada crisis de la burocracia china, que la desgarró, se ve brotar la revolución política. Ello señala que esta burocracia depende históricamente de la del Kremlin, tanto en su origen como en su futuro. Su existencia depende de un equilibrio mundial en el que el Kremlin es una clave de bóveda. La suerte de la burocracia del Kremlin está ligada también a la de la burocracia de Pequín: si la revolución política se extendiese en China y la sumergiera no se pararía en la frontera entre China y URSS. La interdependencia de las burocracias parasitarias es una de los más importantes elementos de las relaciones mundiales. Pero el centro histórico de éstas sigue siendo la burocracia del Kremlin.

Así es muy pertinente hablar de la “*reciente degeneración del maoísmo*”. El “maoísmo” no ha degenerado más que el estalinismo. No tiene más valor teórico. Es también extraño al marxismo. Sirve de oropel ideológico que no tiene otra función que la de maquillar, vestir una práctica política de defensa de los intereses de una burocracia parasitaria y reaccionaria.

Dialéctica de la revolución, de la contrarrevolución, de la IV Internacional

La ausencia en las tesis sobre “la revolución mundial” de referencia y análisis de la nueva Santa Alianza contrarrevolucionaria le es perjudicial. La nueva Santa Alianza se ha levantado contra el nuevo período de la revolución mundial que se abrió en 1968. Washington es el centro y fuerza motriz. Moscú y Pequín constituyen sus alas. Los intereses del imperialismo estadounidense en particular y del imperialismo en general prevalecen en el seno de la nueva Santa Alianza. Todas las fuerzas sociales y políticas en el mundo que temen a la revolución proletaria tienden a alinearse con él: las potencias imperialistas de Europa, pero también las burocracias vietnamita, coreana, yugoslava, Castro, las burguesías de los países económicamente atrasados, las organizaciones y partidos burgueses y pequeño burgueses de esos países. De ello no resulta que la nueva Santa Alianza forme un todo homogéneo. Por el contrario, está desgarrada por los antagonismos. La lucha contra la revolución proletaria la cementa. Las contradicciones internas pueden dislocarla; por ejemplo, una crisis económica que disloque el mercado mundial. En un determinado punto de su desarrollo, la revolución la dislocará.

La ausencia de referencia a la Santa Alianza contrarrevolucionaria es simétrica con las insuficiencias y debilidades del análisis del encaminamiento, de la progresión contradictoria de la revolución proletaria mundial después de 1917, y también después de 1943. Deviene entonces imposible dar fe de hasta qué punto de concentración ha llegado la crisis conjunta del imperialismo y de las burocracias parasitarias, ante todo de la del Kremlin. La concentración de la unidad de la lucha de clases no aparece. La fusión de la revolución social y de la revolución política queda negada. La lucha de clases mundial queda reducida, en el mejor de los casos, a una especie de puzzle, cuyas piezas están separadas.

La revolución mundial se desarrolla de forma desigual. Pero esta desigualdad es la forma que reviste su unidad orgánica e histórica. La marcha hacia la revolución no se desarrolla a la misma velocidad, la revolución no está en el mismo punto de madurez en los diferentes países de Europa, pero es una. La lucha de clases en los USA se retrasa

respecto a la que se desarrolla en Europa. Pero la marcha a la revolución incluye el actual impasse del imperialismo estadounidense, que intenta hacer soportar al proletariado USA las consecuencias de su podredumbre; la exigencia que la afirma en tener que transformar las relaciones entre las clases y en el interior de las clases, liquidar un sistema político de dominación de clase heredado del pasado y que ha devenido inadecuado para el ejercicio de su papel mundial; la necesidad de poner en pie un sistema político que concentre los poderes en manos del estado fuerte y centralizado, y le dé los medios para movilizar todos los recursos del imperialismo USA. Es decir, todo un período de gigantescas luchas de clases y de cambios políticos en los USA que sufrirá la influencia del desarrollo mundial de la lucha de clases. El nuevo período de la revolución mundial comprende el desarrollo de una nueva fase de lucha y revoluciones contra la dominación imperialista, que pondrá fin a los juegos de equilibrio entre las clases y las fuerzas políticas nacionales e internacionales de la “burguesía nacional” y de las organizaciones pequeño burguesas, y resaltaré la hegemonía del proletariado en la lucha contra el imperialismo. Incluso si, lo que es muy posible, se concreta de nuevo la famosa hipótesis teórica del *Programa de Transición*, citada más arriba, ésta no será más que “*un corto episodio hacia la verdadera dictadura del proletariado*”.

Durante el nuevo período de la revolución mundial que ya se ha abierto, la marcha hacia la revolución y su desarrollo no serán, ciertamente, de un riguroso orden. En ciertos momentos, Europa y el mundo podrán parecer un calidoscopio. Podrán parecer completamente caóticos. La marcha hacia la revolución y su desarrollo estarán llenos de alternancias, de flujos reflujos, que se extenderán verosímilmente durante un largo período. Se producirán situaciones confusas, de formas confusas. Ello no resulta de la insuficiente madurez de las condiciones objetivas, por el contrario: están ultramaduras, la potencia social y política del proletariado mundial, a consecuencia del vuelco en 1943 del curso de la lucha mundial de clases, no ha sido nunca tan grande. Es la consecuencia de la contradicción entre la madurez de las condiciones objetivas y el retraso acentuado en la solución de la crisis de la humanidad que “*se reduce a la crisis de la dirección revolucionaria*”. Resolver esta contradicción es la tarea de las organizaciones que se reclaman de la IV Internacional, de sus orígenes, de su programa. Para lograrlo es aún necesario que aprehendan la profunda unidad de lo que ahora está diferenciado y que mañana puede parecer caótico.

Como lo escribe el camarada Ernest Mandel, hay que captar “*de forma adecuada la dialéctica de los factores objetivos y subjetivos*” (Tesis 6). El nuevo período que acaba de abrirse deja y dejará al desnudo el papel contrarrevolucionario de las burocracias parasitarias, en el centro de las cuales se sitúa la del Kremlin, la de los PCE, engranajes del aparato internacional del Kremlin, de los partidos socialdemócratas, de los aparatos de las organizaciones sindicales, de las direcciones pequeño burguesas en los países dependientes del imperialismo. Hará una realidad concreta de todos los días esta frase del *Programa de Transición*: “*Las leyes de la historia son más fuertes que los aparatos burocráticos*”. Pero las leyes de la historia enseñan la necesidad de los partidos revolucionarios y de la Internacional que las traduzcan concretamente en el curso de su acción política. Ello forma parte de las leyes de la historia. Aun hay que aprehenderlas y comprenderlas. En el fondo de esta discusión hay un interrogante al que es indispensable responder: ¿el *Programa de Transición*, “*la agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional*”, programa sobre el que se fundó la IV Internacional, es todavía actual?

Jamás no lo ha sido más que ahora según nosotros: sintetiza, bajo forma de programa, es decir de línea estratégica de combate político por la revolución, la expresión consciente de todo el primer período de la revolución proletaria que se

extiende de 1914 a 1938, en el que todos los problemas de la revolución proletaria mundial fueron planteados; el nuevo período de la revolución que se ha abierto en 1968 concentra justamente todos esos problemas. Para asentar su validez aún hay que respetar sus fundamentos, la unidad orgánica de la lucha de clases mundial, de la revolución proletaria mundial.

Llegamos al aspecto determinante de la actividad de las organizaciones que se reclaman de la IV Internacional, de su programa, cuyo origen remonta a su fundación: el de la actividad por la IV Internacional y sus partidos. ¿Sobre qué base, a partir de qué política, de qué programa, hay que construirlos y reconstruirla? ¿no es la única forma de captar “*de forma adecuada la dialéctica de los factores objetivos y subjetivos*” y, sobretodo, asumir activa y conscientemente esta dialéctica?

Las 25 *Tesis* del camarada Ernest Mandel sobre la “revolución mundial” tienen el interés cierto de exigir una discusión profunda de todos los problemas de la revolución mundial.

7 diciembre de 1976

Edita:



Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es
Visita nuestra página web: www.grupgerminal.org